



TOLSTOY

EL SUPREMO
INSTANTE

PG3367

.S5

S9



1020025781



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EL SUPREMO INSTANTE

Núm. Clas. N 7654
Núm. Autor _____
Núm. Arg. 3491.5
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69.

LEON TÓLSTOY

EL SUPREMO INSTANTE

Traducción de J. F. Luján



Provenza, 66

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

100740

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Tip. Lit. de Per tierra, Bartolí y Ureña

Provenza, 61 y 63

1902

34915



P63367
.55
59

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año. 1825 MONTENREY, MEXICO

La muerte en el Campo de Batalla

Recuerdos de Sebastopol.—Fragmento

...Habían conseguido ponerse Praskoukine y Mikhaïlov en sitio no tan expuesto, y cuando aquél empezaba á tranquilizarse, deslumbróle un resplandor rojizo, que centelleó rápidamente á sus espaldas, y oyó gritar al centinela:

—¡Bom... ba!

Un soldado, dijo festivamente:

— Esa llega hasta el baluarte próximo. El punto luminoso de la bomba, lo mismo que si se hubiera detenido en el zenit de su trayectoria, dificultaba el adivinar qué dirección tomaría al caer. Fué cosa de un segundo; rápidamente la bomba se precipitó. Veíase sobre las cabezas, volar las chispas de la mecha, y se oía también el silbido fatal: iba á reventar en medio del batallón.

— ¡A tierra! — gritó un soldado.

Mikhaïlov y Paskoukine obedecieron; tumbáronse. El último, cerrando los ojos, oyó como chocaba la bomba, cerca de él, contra la tierra arenosa. Transcurrió un segundo, que le pareció interminable; la bomba no estallaba. Praskoukine tuvo miedo. Acaso hacía mal en asustarse. Habría ido el proyectil mucho más lejos, y era tonto que se imaginara oírlo silbar á su lado. Abrió los ojos, y la satisfizo ver á Mikhaïlov echado á dos dedos de distancia, junto á sus pies; pero, más allá, muy cerca, su mirada tropezó con la encendida mecha de la bomba que rodaba dando tumbos.

Glacial era el terror que, amilanándole, invadiendo todo su sér, paralizándolo su sangre y su pensamiento á una, le mantuvo brevemente en posición de estatua con el rostro oculto entre las manos.

Y pasó otro segundo, un segundo en que sin moverse, por natural reacción del pensamiento, pasó un mundo de vida, de ideas, de recuerdos, de esperanzas, de emociones, por su temeroso espíritu.

—¿A quién matará? ¿á mí? ¿á Mikhaïlov? ¿á entrambos? Y si á mí me toca: ¿dónde? Si es en la cabeza, todo habrá concluído; si en

la pierna ó en el pie, será preciso que el miembro me amputen... En este caso, pediré cloroformo, y cuando menos, podré vivir. Acaso le toque la china á Mikhaïlov. Siendo así, contaré luego las peripecias del combate: que caminábamos juntos, que murió de ésta ó de la otra manera, que me salpicó de sangre... ¡Pero, no tanto! La bomba está de mí más cerca: á mí me hiere.

Recordó entonces que debía doce rublos á Mikhaïlov; vínole también al pensamiento otra deuda contraída en San Petersburgo, y que debía haber satisfecho mucho atrás; zumbóle en el cerebro un aire trigio que cantó la víspera. Representósele su amante cubierta con un gorrillo que adornaban cintajos de color lila, y también la imagen del hombre que le había insultado cinco años atrás, sin que tomara satisfacción de la ofensa; pero estos recuerdos, barajados con otros muchos, no desvanecían la conciencia de lo presente, pavorosa y terrible: la muerte que le amenazaba, que sobre su cabeza se cernía, inevitable, fatal. «¿Quién sabe? Es posible que apagada la mecha, no reviente», pensó; y á punto estaba de abrir los ojos, envalentonado por la misma desesperación, cuando á través de sus párpados, caídos aún, hirió

sus pupilas un brillo siniestro; en seguida vino la explosión, algo había tropezado contra su pecho, á la par que ensordeció sus oídos un estrépito espantoso. Se puso en pie; á la ventura corrió, hasta que, á los pocos pasos, enredósele entre las piernas el sable, vaciló, dió traspiés como un beodo, y cayó de costado.

—¡Bendito sea Dios! Una contusión, no hay más.

Tal fué su impresión del momento. Quiso tentarse el pecho, pero sus manos estaban agarrotadas; y parecíale que la cabeza se la oprimían con un tornillo; delante de él corrían algunos soldados que contaban maquinalmente:

«Uno, dos, tres individuos... y aquí un oficial con su capa hecha girones».

Otra luz le deslumbró, y se dijo: «¿con qué han disparado? ¿mortero? ¿cañón? Cañón, sin duda». Y nuevamente retumbó el tronar terrible, y nuevamente oyó: «cinco, seis, siete de tropa». Pasaban junto á él con vertiginosos movimientos. Tuvo miedo, un miedo cerval, de morir aplastado. Gritar quiso; empeñóse en hacer patente que no estaba sino contuso; pero en su boca seca, pegábase la lengua al paladar, devorábale la sed, y

sentía el pecho húmedo, y la sensación de semejante humedad, poníale en el apuro de que, deseando ardientemente que le trajeran agua, el ansia febril le incitase á beber del mismo líquido que se escapaba de su cuerpo.

—Me he herido al caer, según parece, y me he hecho sangre.

Y pensando así, cada vez más temeroso de que le aplastasen los soldados que galopaban haciendo evoluciones en su redor, reunió sus fuerzas para gritar:

—¡Llebadme! ¡cogedme!

Pero de su garganta no salió más que un gemido tan horripilante, que hasta él quedó amedrentado oyendo el singular eco de su voz. Resplandores rojizos danzaron fantásticamente delante de sus ojos, y tuvo la sensación de que algunos soldados amontonaban piedras y más piedras sobre su cuerpo inmóvil.

Los fulgores extraños fueron apagándose; pero parecía que aquellas piedras le aplastaban cada vez más, cortándole la respiración; hizo un esfuerzo supremo para echarlas de sí, para sustraerse á su peso; se estiró, quedó rígido: y ya nada vió, ni oyó, ni sintió, ni pensó. Le había matado una bomba al estallar, dándole en mitad del pecho.

Mikhaïlov, al verla caer, se echó como Praskoukine en la tierra dura, y lo mismo que él, sintió poblarse de imágenes y pensamientos su mente; rogaba durante aquellos segundos terribles á Dios, diciendo:

—¡Cúmplase tu voluntad!

Pensaba también:

—¡Y yo que he pasado al arma de infantería para tomar parte en esta guerra! ¿Por qué habré salido de mi regimiento de hulanos, de la fuerza acantonada en T****? Ahora estaría junto á mi querida Natacha, y no que ¡cuidado con la que se me espera!

Púsose á contar: «uno, dos, tres, cuatro», diciéndose que si la bomba reventaba en llegando á número par, salvaría el pellejo, y si era impar podía contarse con los difuntos.

—Todo está acabado: ¡muerto soy!—se dijo al oír el estampido, sin acordarse cual era el número que tenía en boca, si el impar ó el par. Sintió un choque horrible en la cabeza, y un dolor atroz por lo cruel.

—¡Señor, perdóname las culpas—murmuró juntando las manos.

Tuvo fuerzas aun para levantarse, pero cayó en seguida boca arriba, de espaldas, sin sentido.

Al volver en sí, la sensación primera fué

que le fluía la sangre á lo largo de las narices; habíase mitigado el dolor de cabeza.

—Es el alma que se escapa. ¿Qué habrá por ahí arriba? ¡Dios mío, recíbeme en la paz de tu seno!

Y bruscamente razonó:

—¡Cosa más singular! He muerto, ó estoy muriendo, y sin embargo oigo claramente los pasos de la tropa, y los disparos de los fusiles.

Reconoció la voz del tambor Ignatiev, que gritaba:

—¡A ver! Nos han matado al jefe de la compañía... ¡Pronto! Una camilla para aquí.

Alguien le levantó por los hombros; abrió penosamente los párpados, y vió brillar sobre su cabeza un cielo sombrío, de azul opaco, varios grupos de estrellas, y dos bombas que revolaban en el aire, como persiguiéndose. Distinguió á Ignatiev, á su gente cargada de fusiles y parihuelas, las trincheras y los fosos: de improviso adquirió la conciencia, la certidumbre de que vivía aún.

Habíale herido ligeramente una piedra en el cráneo. La primera impresión fué penosa, de sentimiento, de pesadumbre: había hecho el tránsito *allá abajo*, tan bien, con tanta

dulzura, de una manera tan cómoda, que la vuelta á la realidad, la vista de las bombas, de los campos atrincherados, y de la sangre, produjéronle invencible disgusto, repugnancia más bien; la segunda fué un goce involuntario, el júbilo de sentirse vivo, y la tercera, el ansia de abandonar el baluarte de prisa y corriendo. Vendóle la cabeza el tambor y le condujo en brazos á la ambulancia...

* * *

Centenares de cuerpos, ensangrentados, fríos; cuerpos que dos horas antes animaba la voluntad en sus múltiples formas, que alentaban esperanzas sublimes, ó deseos bastardos y mezquinos, yacían, rígidos los miembros, sobre el valle verdoso, que el rocío esponjaba, entre el baluarte y las trincheras, ó en el liso y duro suelo de la capilla levantada en la necrópolis de Sebastopol. Centenares de hombres, maldiciendo unos, orando otros, con la garganta abrasada, febriles, arrastrábanse, se retorcían, gimoteaban, perdidos éstos entre los cadáveres de la campiña floreciente y olorosa, aquéllos estirados sobre las camillas, ó sobre el suelo infecto, humeante del hospital de sangre. Y

sin embargo, como todos los días, como los días tranquilos que se habían deslizado en aquel horizonte, iluminábase el cielo con resplandor de aurora, por encima del monte Sapoun; palidecían las reverberantes estrellas, y la neblina sutil cerníase sobre la superficie del mar sombrío, cuyas olas murmuraban sordamente. Teñía la aurora con sus matices de púrpura y ópalo el oriente; abigarrados y encendidos nubarrones corrían por el espacio vaporoso, azul; y como siempre, como en el despertar de otros días más felices, prometiendo placeres, dichas, amores, á la tierra reanimada, la antorcha magnífica, el astro radiante, se elevaba majestuoso.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
1925 MONTERREY, MEXICO

TRES MUERTES

(NOVELA)

Llegó el otoño. Por la carretera corrían dos carruajes preparados para una travesía larga. Iban en el primero dos mujeres; una, la Señora, flaca, sin carnes, perdida la color; otra, la camarera, gordinflona, fresca, sonrosada la tez. Los cabellos ásperos, raros, se escapaban, no los podía sujetar el sombrero descolorido, de forma inconcebible; arrancábalos nerviosamente su mano, calzada con un guante roto; su pecho exhuberante, abrigado con una manteleta de época dudosa, era nuncio de vida, de salud. Sus ojos negros, volubles, fijábanse un momento en la dama, paseaban la mirada por la verde campiña, por los prados que parecían pasar corriendo, ó registraban inquietos todos los rincones del vehículo. Enfrente balanceábase so-

bre una red de malla, el sombrero de la señora; con el hocico entre las piernas, dormitaba en su regazo un perrillo; y los paquetes y envolturas apilados á los pies le ponían en el caso de estar cambiando constantemente la posición, que siempre resultaba incómoda. Con las sacudidas formaban raro concierto el rumor de los bultos que saltaban en el fondo, el rechinar de los muelles del diván y el estrépito que á los vidrios arrancaba la trepidación.

Las manos caídas sobre las rodillas indolentemente, entornados los ojos, fruncido el ceño, saltaba la señora como un junco sobre los almohadones, hostigada por la tos que en las entrañas le mordía. Llevaba atado al cuello, un pañuelito azul. La raya que partía su peinado, perdíase bajo la gorra blanca, separándole los cabellos rubios, aplastados por la pomada sobre el cráneo y sobre las sienes, y la blancura de aquella línea hacía daño á los ojos, porque, más que servir de gala, descubría no sé qué de agostamiento. La piel marchita, rugosa, amarillenta, del semblante delicado y gracioso, encendíase ligeramente hacia las rosetas de las mejillas. Sus labios temblones estaban secos, pálidos. Sobre su pecho lacio, perdida toda gracia en

la curva, caían los pliegues rectos, perpendiculares, de una capilla de lana, propia para el camino. Aunque sus ojos cerrados quitasen fuerza á la expresión, leíase en su fisonomía, no sé qué sello de fatiga, de cansancio, de inquietud, de sordo é inacabable sufrir.

Dormitaba el lacayo con la cabeza entre las manos y de codos en su asiento; el postillón azuzaba con sus gritos á cuatro caballos jadeantes, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el zagal que iba canturreando en el estribo. Las ruedas dibujaban en los barrizales, prolongados rastros paralelos. El aire era frío, la atmósfera estaba encapotada y gris; una neblina húmeda limitaba el horizonte cayendo sobre los campos y sobre el camino. En el interior del carruaje se respiraba un ambiente pesado, y los olores del agua de colonia confundíanse con el polvo que se colaba libremente. Echó su cabeza hacia atrás la enferma y abrió con marcada displiscencia los ojos. Brillaban las pupilas y eran de un tinte obscuro, magnífico.

—¡Aun no llegamos!—murmuró, apartando con su mano linda, pero descarnada, el abrigo de pieles de su camarera que le ro-

zaba las rodillas. Sus labios se contrajeron penosamente.

Recogió Matriocha con ambas manos el abrigo, y apoyándose en sus robustas piernas, separóse un poco de la dama. El rostro fresquísimo se coloreó vivamente. Los ojos apagados, tan bellos, de la enferma, seguían los movimientos de la doncella con ansiosa mirada. Apoyando sus manos en el asiento, intentó la señora levantarse para ponerse en más cómoda postura, pero sus fuerzas le flaquearon. De nuevo la mueca amarga se dibujó en su boca y descompuso sus facciones con expresión de abatimiento y de ironía á la vez.

—¡Y si á lo menos me ayudases! Pero no, no, quieta; no quiero que me toques; yo sola... puedo valerme aún. Lo que te suplico es que no pongas esas almohadas á mi espalda... No, no, quieta, déjalo, no sabes ¡qué torpe eres!

La dama cerró los ojos; en seguida abriendo los párpados, entretúvose en mirar fijamente á Matriocha, la cual, sin volver la vista, mordíase el encarnado labio. Hondo suspiro se escapó de su seno triste y doliente, y acometióle un golpe de tos. Volvió el rostro ceñudo y apretó con sus manos el pecho.

Calmado que se hubo aquel acceso violentísimo, volvió á cerrar las pupilas y permaneció inmóvil.

Entraron los carruajes en el pueblo. Matriocha, levantando la mano sobre su frente, hizo la señal de la cruz.

—¿Qué es eso?—preguntó la dama.

—El relevo del tiro, señora.

—Pregunto por qué te santiguas.

—Una iglesia, señora.

La enferma volvió la cara, y lentamente se fué persignando, los ojos muy abiertos, fijos en la hermosa iglesia del lugar, á que daba la vuelta el carruaje.

Detuviéronse casi al mismo tiempo ambos coches en el punto de parada, y del segundo se apearon el marido de la enferma y el doctor, aproximándose al que les precedía.

—¿Cómo se encuentra usted?—preguntó el médico, tomándole el pulso.

—¿Qué tal, amiga mía? ¿no te has fatigado gran cosa, eh?—dijo en francés el esposo

—¿Quieres bajar un rato?

Apartó Matriocha los paquetes, y se agazapó en un ángulo, para no estorbar la conversación.

—No tengo nada; siempre lo mismo —replicó la enferma.—No bajo.

El marido se alejó de allí á poco, metiéndose en la posada. Bajóse Matriocha de un salto y se encaminó corriendo de puntillas sobre el barrizal hacia la puerta cochera.

—Que yo no esté bien, no es razón para que usted no almuerce—advirtió sonriendo la enferma al doctor, que continuaba de pie junto al estribo.

«Nadie se molesta por mí». añadió mentalmente viendo que el médico se alejaba con pausada lentitud, y subía después en dos saltos los peldaños de la puerta. «Como están buenos, lo demás no les preocupa. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!»

—Hola, Eduardo Ivanovitch—gritó el marido saliendo al paso del doctor y frotándose las manos.—He mandado que traigan mi bolsa de viaje. ¿Qué le parece á usted?

—Perfectamente.

—¿Y ella?—añadió el marido, exhalando un suspiro, en voz baja, y frunciendo el ceño.

—Ya le he dicho que no resiste, que no llega ni á Moscou; sobre todo con este tiempo tan horrible,—replicó el médico.

—¿Y qué partido tomar, pues? ¡Ah, Dios santo! ¡Dios santo!

Y el caballero se cubrió con la mano los ojos.

—¡Venga!—añadió dirigiéndose al que le llevaba el maletín.

—Lo prudente era no emprender este viaje—observó el médico, encogiéndose de hombros.

—¿Pero qué quería usted que hiciera?—replicó el marido.—He agotado todos los medios para disuadirla; he pretextado que nuestra situación no era muy próspera; que no convenía abandonar á los niños; que me ataban los negocios; y nada le ha hecho mella. Todo se le vuelve hacer proyectos para lo porvenir; habla de la vida que llevará en el extranjero como si estuviese gozando de entera salud. Hablarle de su estado habría sido matarla.

—¡Muerta! ¿Y qué, no está muerta, acaso? Tenga usted entendido, Wassili Dmitritch, que no puede vivirse sin pulmones, y los pulmones no retoñan. Es triste, tristísimo, pero ¿qué vamos á hacerle? Nuestra misión se reduce á dulcificar sus últimos momentos, de la mejor manera posible; lo que ella necesita es un médico del alma, un sacerdote.

—¡Ay, Dios mío! Póngase usted en mi caso, y verá que es imposible indicarle, ni siquiera indicarle tal cosa. No; ocurra lo que

ocurriere, no le diré nada. Ya ve usted si es bondadosa...

—Procure usted retenerla hasta que estén más despejados los caminos—concluyó el doctor, haciendo un gesto significativo.—¡Por que puede ocurrirle algo durante el viaje y...!

—¡Aksioucha! ¡eh, Aksioucha!—gritó la hija del administrador, echándose un manto sobre la cabeza, pisoteando y saltando por encima del lodo, que se amontonaba junto á la portezuela del edificio.—¡Vamos, ven! Lleguémonos hasta el coche; veremos á la baronesa de Schirkinsky. Dicen que la llevan al extranjero para curarla de una enfermedad del pecho. No he visto nunca de cerca á un tísico.

Aksioucha franqueó el dintel, y cogidas de la mano las dos, salieron por la puerta cochera. Después, moderando el paso, deslizáronse junto al carruaje, y miraron á través de la ventanilla. El vidrio estaba corrido, y la paciente volvió la cara hacia los curiosos; pero notando que la contemplaban, frunció las cejas, y se ocultó.

—¡Ma-adre!—dijo la hija del administrador, mirándola obstinadamente.—¡Tan hermosa como era! ¿En qué se ha convertido

la pobre? ¡Eso es horrible! ¿Has visto, has visto, Aksioucha?

—¡Sí, sí! ¡Y qué flaca!—replicó Aksioucha.—Vamos á verla otra vez; haremos como quien va hacia el pozo. ¿Ves? Ya se ha vuelto; la he visto la cara. ¡Dá compasión, Macha!

—¡Pero cuánto barro hay aquí!

Volviéronse corriendo hacia la puerta cochera.

«Estoy tal, que asusto, sin duda—pensó la enferma.—¡Pronto, al extranjero, pronto! Allí me restableceré».

—¿Qué, cómo va eso, querida?—preguntó el marido aproximándose al coche, con el último bocado en la boca.

«Siempre la misma pregunta—pensó la paciente irritada.—¡Y come... puede comer!»
—replicó entre dientes:

—No vale la pena; bien.

—Temo, amiga mía, que este viaje, estando el tiempo tan duro, no te perjudique. Eduardo Ivanovitch teme también que se agrave tu estado. Acaso sería prudente volver atrás.

Guardó silencio la dama; se leía el despecho en sus ojos.

—Abonanzará el tiempo; los caminos estarán más firmes; y entre tanto, irás mejo-

rando tú, y para entonces podremos partir todos juntos.

—Perdona; si no te hubiese escuchado, en Berlín me hallaría ya, y completamente restablecida á estas horas.

—¿Pero cómo evitarlo, angel mío? Bien sabes que era imposible. Y aun, si esperaras un mes más, seguro que te restablecerías, mientras yo ultimaba todos mis asuntos; podrían acompañarnos nuestros hijos también...

—Los niños no están enfermos, y yo sí.

—Pero no quieres comprender que con este tiempo... si empeoras por el camino... ¡Cuándo menos si nos coje en casa!

—¿Y de qué me serviría estar en casa...? ¿Morir en casa?—replicó irritada la enferma.

La palabra *morir*, le desconcertó visiblemente, llenándola de espanto y susto. Fijó en su marido una mirada suplicante é interrogadora. Y él bajó los ojos y permaneció mudo.

La boca de la paciente se contrajo de pronto, como la de un niño que vá á romper en sollozos, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. El marido se cubrió el rostro con el pañuelo y se alejó sin decir palabra.

—No, no. ¡Vaya si iré!—dijo levantando

los ojos al cielo; después juntó las manos y pronunció frases incoherentes. — ¡Dios mío! ¿Y por qué ha de ser así?—decía.

Y las lágrimas corrían cada vez más abundantes, inundándole la faz.

Oró mucho rato fervorosamente; pero sentía en su pecho terrible y dolorosa opresión; grises, sombríos, se extendían á lo lejos, el cielo, el camino, los campos; la misma niebla de otoño caía sin tregua sobre el lodo, sobre las techumbres, sobre el carruaje, sobre el abrigo de piel de carnero que llevaban los postillones, los cuales hablando con voz recia, sonora y jovial, engrasaban y engrasaban el carruaje...

II.

Estaba el coche preparado, pero el postillón no tenía, por lo visto, maldita la prisa en arrancar. Entró en la cuadra de los cocheros; respirábase allí un ambiente tibio, pesado, triste; olía fuertemente aquella habitación; adivinábase, sin verlo, el pan cocido, las berzas y la piel de carnero. Se

hallaban conversando varios cocheros, y la cocinera se revolvía junto á la estufa, casi pegado á la cual, reposaba un enfermo medio oculto entre pieles.

—¡Tío Fedor! ¡eh, tío Fedor!—gritó al valetudinario un postillón joven, que acababa de introducirse en la cuadra con su capote enfundado, y el látigo sujeto á la cintura.

—¿Qué se te pudre, Schabala? ¿Para qué buscas á Fedka? (1)—gritó una voz.—¿Por qué dejas abandonado el coche?

—Quiero... quiero ver si me da sus botas. Las mías están gastadas—respondió el joven apartando los cabellos hacia la nuca y retorciendo distraído sus manoplas de cuero que pendían del cinto.—¿Duerme? ¡Eh, tío Fedor!—repitió acercándose á la estufa.

—¿Qué hay?—murmuró una voz débil, fría.

Y asomó un semblante enflaquecido y tostado junto á la estufa. Una mano huesosa y pálida, recubierta de pelos, levantó el caftan sobre los hombros que asomaban bajo la camisa sucia.

—Dame qué beber, hermano, y dime que deseas.

(1) Diminutivo de Fedor.

El postillón le tendió un cántaro de agua, y dijo, dando patadas en el suelo:

—El caso es, Fedor... ¿tú no necesitas para nada las botas nuevas? Digo, cuando menos por ahora. Dámelas. Probablemente no te las volverás á poner.

Bajando la cansada cabeza al nivel del cántaro pintarrajeado, y humedeciendo sus bigotes ralos, caídos, en el agua turbia, bebió el enfermo penosamente y con avidez. Su barba enmarañada, se resentía de la misma falta de aseo que toda la persona. Esforzábbase por fijar en el joven sus ojos empañados, hundidos ya. Cuando acabó de beber quiso pasar su mano por la boca húmeda, pero faltándole fuerza, se enjugó con la manga. Silencioso, abatido, miró fijamente al cochero, pugnando por reunir sus energías.

—¿Si será que las prometiste á otro?—Continuó diciendo el joven... ¡Bah! no importa... Hay mucha humedad por esos caminos, y tengo que correr de firme. Entonces me he dicho: «Pediré á Fedka sus botas; me parece que no ha de necesitarlas nunca». ¿Acaso las necesitas? dílo...

Oíase algo así como un estertor en el pecho del paciente: sofocado por una tos que

no acababa de arrancar, dobló el cuerpo.

—¿Y que hará de ellas, qué?—exclamó la cocinera encolerizada.—Ya van dos meses que no baja de la estufa. ¿Ves como se ahoga? Sólo con oírlo se siente uno mismo enfermo. ¿Que hará con ellas? pregunto. ¡No le enterrarán con sus zapatos nuevos! Y ya es tiempo de que lo entierren, Dios me perdone. ¿Ves cómo se ahoga, no te digo? Convendría transportarle á otra cuadra, ó á cualquier sitio. Creo que en la población hay hospitales... ¡También es mucho que se apodere de nuestra choza, sin preocuparse del derecho que asiste á los demás! No tenemos lugar para ello, y aun nos exige limpieza.

—¡Eh, Serioga! vamos, muévete; la baronesa aguarda—gritó el starosta desde la puerta.

Serioga se dispuso á salir sin esperar la contestación del enfermo; pero éste, sin dejar de toser, hizole un signo con los ojos, indicándole que iba á decir algo.

—Coge las botas, Serioga—articuló conteniendo la tos, y tomando aliento para respirar.—Sólo que... te ruego que compres una losa para mi tumba.

Y esto último salió confundido con una especie de estertor.

—Gracias, tío. ¿Quiere decirse que las cojo? Pues bien, te juro que compraré la piedra.

—Ya lo habéis oído, muchachos—pudo articular aún el enfermo, que volvió á encorvarse de nuevo, ahogado por la tos.

—Está bien, lo hemos oído,—contestó uno de los cocheros;—véte, Serioga, pues vienen de nuevo á buscarte. Ya has visto que la baronesa de Schirkinski está muy mala.

Quitóse Serioga en un abrir y cerrar de ojos sus botas destrozadas y las echó debajo del banco. Las nuevas del tío Fedor le iban que ni hechas de encargo; volviéndose todo ojos para ver como las lucía, se dirigió al carruaje.

—¡Hola, qué zapatos más lindos! Déjame que te los limpie—díjole un zagal echando mano de un cepillo, en tanto que Serioga se encaramaba en el pescante y empuñaba las bridas.—¿Las habrás sacado por cualquier cosa?

—¿Qué, tienes envidia?—replicó Serioga levantándose para sujetar entre las piernas

las faldas de su levitón. Y hostigó á los caballos, gritándoles:

—¡Arriba, pequeños! ¡arre!

Restalló la fusta, y los dos coches, con sus pasajeros y sus equipajes, se perdieron en la bruma gris de otoño, rodando rápidamente por el camino que regaban la lluvia y la humedad.

El enfermo, que había vuelto á esconderse entre pieles, sobre la estufa, respirando el aire enrarecido de la cuadra, no conseguía espectorar. Cambió como pudo de posición, y se apaciguó.

Todo era movimiento en la casa. Continuo el trasiego de gente. No se oía respirar al viejo. Aun no anochecía, cuando la cocinera se encaramó á la estufa, y estiró el abrigo que cubría las piernas del infeliz.

—No te incomodes, Nastassia—murmuró como pudo él.—Pronto te dejaré libre este sitio.

—¡Bueno va! ¿Acaso molestas? No será nada, ¿eh?—gruñó Nastassia—¿Dónde te duele, tío? Explicáte.

—Tengo las entrañas comidas. ¡Sólo Dios sabe lo que hay aquí, sólo Dios!

—¿Es qué también te molesta la garganta cuando toses?

—Todo me molesta, todo me duele. Es la muerte que se aproxima, ni más ni menos.

Y gimió:

—¡Ah...! ¡ah...! ¡ah...!

—Tápate las piernas... ¡Así!—dijo Nastassia, arreglándole el capote.

Y se bajó de la estufa.

Con débiles resplandores iluminaba una lamparilla durante la noche la cuadra. Nastassia y unos diez cocheros, que roncaban á pierna suelta, dormían echados en el duro suelo, ó sobre los bancos. El enfermo era el único que se agitaba, sin dejar de toser, en su cubil. A eso de la madrugada enmudeció para siempre.

—Es raro, muy raro—contaba al día siguiente desperezándose, confundido su busto en la penumbra.—He creído ver á Fedor bajar de su escondrijo y dirigirse á cortar leña. En esto que él me dice: «deja, Nastia, voy á ayudarte», y yo que le digo, yo: «¿pero tú podrás cortar leña?» Y él que coge el hacha, y ¡madre! que se pone á cortar, pero con tanto brío, con tanto brío, que no veríais más que astillas que saltaban. Y yo que le digo, yo: «pero ¿cómo puede ser? ¿no estabas malo?» Y él que me dice: «ahora estoy muy bien». Y entonces, mira que blande

el hacha, y mira que me coge tanto miedo que me pongo á gritar: y es cuando me he despertado. ¿Habrá muerto? ¡Tío Fedor! ¡eh, tío!

Fedor no respondió.

—¿Habrá muerto de veras? ¿será posible? —exclamó uno de los postillones despertando á los gritos.

El brazo enflaquecido y velludo que colgaba fuera del envoltorio, estaba lívido, helado.

—Es preciso avisar al administrador. Me parece que está bien muerto—dijo uno.

Fedor no tenía parientes. Llegó allí desde muy lejos. Enterrósele al otro día en el cementerio nuevo, detrás de una alamedita de álamos. Y durante muchos días Nastassia estuvo contando, á todo el que quería oírle, la pesadilla que tuvo, y cómo había sido la primera en dar la voz de alarma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO..."
p. de LOS MONTESEY, MEXICO III.

Acababa de florecer la primavera. Sobre el piso húmedo del pueblo formábanse ría-

chuelos de los últimos copos de nieve, que corrían con suave murmurio; veíase á la multitud que se movía yendo á sus negocios vestida con trajes claros; era risueño también el eco de su voz. Detrás de los vallados, en los huertecillos, rompían las yemas de los árboles, cuyas ramas se balanceaban dulcemente, acariciadas por el oreo de la brisa. Donde quiera iban destilando transparentes gotas, que parecían brillantes perlas de rocío... Chillaban los gorriones descomedidamente, á porfía, volando de aquí para allá. Al sol, á la sombra de los setos, sobre los aleros de las casas, y en el ramaje de la arboleda, todo era animación, bullicio, vida. La alegría, la luz, encendían la tierra y enardecían el corazón del hombre.

En una de las calles principales, enfrente de un edificio señorial, habían recubierto el suelo de paja. Agonizaba allí aquella moribunda, tan deseosa de pisar tierra extranjera.

Cerca de la cerrada puerta de su habitación estaban sentados su marido y una señora de edad. Con los ojos bajos, humildes, ocultando algo, disimuladamente entre su estola, veíase sobre el sofá á un sacerdote. En una silleta, rendida y postrada, una an-

ciana, la madre de la paciente, que lloraba á lágrima viva. Junto á ella una mujer de servicio, iba renovando los pañuelos para uso de la doliente dama; otra le frotaba las sienes, haciendo aire sobre su cabeza, en sus cabellos grises.

—¡Jesucristo la bendiga á usted, amiga mía!—insinuaba el marido á la señora de edad.—Tiene tanta confianza en usted, sabe usted hablarle de un modo tan persuasivo... Decídala usted, querida... Inténtelo usted.

Iba á abrirle la puerta, pero la prima le contuvo; llevóse varias veces el pañuelo á los ojos, y haciendo un mohín:

—Me parece que no conocerá si he llorado—dijo. Y abriendo entonces, entró.

El marido estaba medio loco, completamente desconcertado. Dirigióse de pronto hacia la vieja, pero á los pocos pasos, volvió grupas, y atravesando la habitación, se encaró con el sacerdote. Miróle éste con gesto de piedad, levantó los ojos al cielo, y suspiró. Su barbilla gris pareció moverse al mismo compás. Luego recobró su gravedad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el esposo.

—Conformidad—suspiró el sacerdote, cuyos párpados y cuya barbilla, se movieron

de abajo para arriba, y de arriba para abajo otra vez.

—¡Y la pobre madre aquí en estas circunstancias!—añadió casi desesperado el marido.—No resistirá este golpe, nó. La quiere tanto, la quiere tanto, que... no sé, no sé. ¡Si á lo menos, pudiera usted, padre, confortarla, y persuadirla de que convendría que saliese de aquí!

El cura se levantó y se aproximó á la vieja.

—Cierto, que nadie puede apreciar lo que atesora el corazón de una madre, nó—dijo.

—Sin embargo, Dios es misericordioso...

Alteróse el rostro de la vieja, sintiendo en su sér un movimiento convulsivo.

—Dios es misericordioso, sí—continuó el sacerdote, viéndola respirar con fuerza.—Puedo asegurar que en mi parroquia conocí un caso mucho más desesperado y grave que el de María Dmitrievna. ¿Y querrá usted creerlo? Un sencillo boticario, vamos, un herborista, la ha curado en un abrir y cerrar de ojos con sus drogas. El tal se halla ahora en Moscou. Le he dicho á Wassili Dmitricht que podría probarse. Siempre serviría de consuelo y de esperanza para la enferma. Todo lo puede Dios.

—Nó; digo que nó vivirá, nó—objetó la vieja.—¿No habría sido mejor que, en lugar de ella, hubiese dispuesto Dios de mí?

El hipo espasmódico le acometió ahora con tal fuerza, que perdió el conocimiento.

El marido se cubrió el rostro con las manos y salió apresuradamente de la estancia.

Tropezó en el corredor con un chiquillo que perseguía corriendo y alborotando á la hermana pequeña. La niñera le dijo:

—¿Dispone usted que entren los niños, que vean á su mamá?

—Nó, no quiere verlos; su presencia la transtornaría.

El pequeño se detuvo un instante, miró curiosamente el rostro de su padre, y haciendo como si soltara un par de coces, y gritando con alborotada voz, emprendió de nuevo su carrera.

—Ella hace de caballo, papá—exclamó el chiquitín señalando á su hermanita.

Entre tanto, dentro de la habitación próxima esforzábase la prima, sentada junto á la enferma, en prepararla, usando de hábiles rodeos, para que se conformase su espíritu con la idea de la muerte. El médico preparaba junto á la ventana una poción.

—¡Ah, querida! no te molestes—inte-

rumpió la enferma de repente.—No me trates como á un niño. Soy cristiana, y no se me oculta que estoy á las puertas de la muerte. Bien sé que si mi marido me hubiera escuchado cuando era tiempo aún, me hallaría ahora en Italia, y quizás ¿qué digo quizás? restablecida del todo, seguramente. Todo el mundo lo decía; pero ¿qué se le va á hacer? Dios lo ha dispuesto así, sin duda. Todos somos pecadores, ya lo sé, pero espero firmemente en la misericordia divina. Será perdonado cada cual; debe ser perdonado cada cual. Procuro ver claro en mi conciencia; también yo tenía muchas culpas, muchas, pero ¿no las he redimido con mis sufrimientos? He hecho lo posible para sobrellevar pacientemente mis pruebas... mi cruz.

—¿De modo que puedo decir al sacerdote que entre? Te encontrarás más aliviada después de esta ceremonia—replicó la prima.

La enferma bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Oh, Dios! perdona á la pecadora—murmuró.

La prima salió é hizo signo al sacerdote.

—Es un angel—dijo al marido enjugándose las lágrimas que temblaban en los párpados.

El marido rompió en sollozos. El sacerdote traspuso el umbral; la vieja seguía desmayada; reinó pavoroso silencio en la habitación. Cinco minutos después se presentaba de nuevo el cura, y quitándose la estola, arregló los cabellos que se habían despeinado.

—¡Gracias á Dios! Ya está más tranquila—dijo.—Desea verle á usted.

La prima y el marido pasaron. Lloraba mansamente la enferma, y tenía los ojos puestos en el crucifijo.

—Te felicito, amiga mía—exclamó su esposo.

—Gracias; ¡qué bien me encuentro ahora! ¡Qué inefable dulzura siente mi espíritu!

Débil sonrisa vagó por los finos labios de la enferma.

—¡Qué misericordioso es Dios! ¿verdad? Es misericordioso y omnipotente.

Y otra vez, deshecha en lágrimas, contempló la redentora imágen, con expresión ansiosa, de súplica.

Luego, bruscamente, como acordándose de algo importante, hizo signo á su esposo para que se aproximara.

—¡Nunca quieres hacer lo que te pido...!

—exclamó con apagada voz, con acento de disgusto.

El marido, alargando el pescuezo, escuchaba curiosa y sumisamente.

—¿Qué deseas, amiga mía?

—¡Cuántas veces no te he dicho que esos médicos son unos tontos ignorantes! Hay mujeres rústicas y humildes que curan... el padre me decía... un herborista, un curandero... mándalo traer.

—¿Pero, cuál, quién... querida?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡no quiere comprenderme!

Y sombría, taciturna, la enferma entornó los ojos.

Acercóse el médico y le tomó el pulso, comprobando que se debilitaba rápidamente. Hizo un gesto al marido. Sorprendiólo la enferma y miró desolada en torno suyo. La prima volvió la cabeza para que no la viese llorar.

—¡No llores! No te atormentes... no me tortures así; porque me quitas el valor... me falta valor...

—¡Eres un ángel!—contestó la prima, besándole la mano.

—Nó, nó; bésame de otro modo: no se besa

la mano más que á los muertos. ¡Dios mío!
¡Dios mío!

Por la noche la enferma era cadáver. Su cuerpo tendido sobre el féretro, yacía en un salón de la inmensa casa. Veíase sólo en aquella pieza vastísima, al lado de la muerta, á un sacristán, que leía con voz gangosa los salmos de David. La luz de los cirios plantados en altos candeleros de plata, caía sobre la frente pálida de la difunta, sobre sus manos exangües, de cera, y sobre los pliegues del sudario, que marcaba lúgubrememente las rodillas y los pulgares de los pies.

El sacristán, mascullando las palabras, sin fijarse en lo que rezaba, iba diciendo con ritmo monótono los versículos, y en la cámara silenciosa, resonaba y se apagaba con ecos fatídicos, extraños, su voz. A veces de una habitación lejana, subía el rumor de voces infantiles y de los pataleos de los niños.

«Cuando Tú apartas Tu rostro—decía el Salmo—entra en ellos la turbación; cuando Tú dejas de animarlos con Tu soplo, mueren; en polvo se convierten. Pero Tu soplo los reanima; Tu soplo renueva el mundo... ¡Qué Dios sea bendito!»

La faz de la muerta era grave y magestuosa. Ni una arruga plegaba su frente fría,

ni una mueca sus labios glacialmente mudos: parecía prestar solemne atención á la lectura. Pero ¿comprendía ahora por lo menos palabras tan sublimes?

IV

Se elevaba sobre la tumba de la muerta, un mes más tarde, una capilla de granito. Sobre la del viejo postillón no se veía losa alguna; en su sepulcro crecía la yerbecilla verde, esmaltando la especie de colina que formaba la tierra amontonada, única señal de que allí yacía un hombre.

—Cometes sacrilegio, Serioga—dijo cierto día la cocinera del Relevo de tiros,—si no pones una piedra á Fedor. Antes te excusabas con que era invierno y los tiempos malos; pero hoy ¿qué te impide cumplir la palabra?... Lo has prometido en mi presencia. Ya ha venido el viejo una vez á pedirte su losa; si no la compras, volverá para estrangularte.

—¿Cómo? ¿Pero, por ventura lo niego?—respondió Serioga.—Ya compraré esa pie-

dra, conforme lo he dicho. La compraré en rublo y medio. No lo he olvidado; pero es preciso que la traigan. La primera vez que vaya á la ciudad, la adquiriré.

—Cuando menos deberías poner una cruz sobre la tumba—observó un mayoral viejo—pues no está bien lo que haces. Aun llevas sus botas...

—¿Pero de dónde quieres que saque la cruz? No se le puede hacer una con el primer pedazo de madera que viene á la mano de uno.

—¿Qué música es esa de que no puedes hacer una cruz con cualquier trozo de madera? Coge tu hacha, vete al bosque temprano, y madera y cruz tendrás. Cortas un fresno, y el fresno te dará lo que necesitas. Pues si no lo haces así, será preciso que pagues la vodka al guarda bosque, y no vale la pena de pagar por una bagatela tal... Ayer se me rompió el balancín de la lanza de mi coche, y fui y corté lo que se me antojó, y nadie me ha dicho por ahí te pudras.

Muy temprano, en efecto, al rayar el alba, Serioga cogió su hacha y se encaminó al bosque. Una niebla fría, espesa, oscura, que el sol no penetraba aún, envolvía el ambiente, ocultando todos los objetos. El orto

se iba encendiendo con suaves resplandores, reflejando sus luces pálidas en la bóveda del cielo, velada por ligeras nubes. Ni un tallo de hierba se movía, ni una hoja en los árboles. De cuando en cuando algún aleteo, que se oía zumbiar entre el ramaje, ó algún rumor sordo, furtivo entre las breñas, turbaba el silencio y la quietud.

De pronto resonó y fué á expirar en las lindes un eco insólito, extraño, fuerte. Y se apagó y se repitió cadencioso al pie de uno de los troncos inmóviles. Una de las copas del árbol comenzó á oscilar violentamente. Las hojas, llenas de savia murmuraron; la curruca que había abatido su vuelo sobre una de sus ramas, describió dos círculos en torno, silbando y moviendo su cola, y por fin se refugió en otro árbol.

Los golpes de hacha resonaban cada vez más embotados; caían sobre el musgo astillas blancas, húmedas, jugosas, y de golpe á golpe se oía un débil crujido. Estremecía-se el árbol de arriba abajo; inclinóse y se hircuó vivamente, bamboleándose como espantado sobre sus raíces.

Hubo una pausa. El árbol se inclinó de nuevo; rechinó, sintiendo desgarrarse su tronco; y rompiendo sus brotes, aplastando

sus ramas, se desplomó con toda pesadumbre sobre la tierra bañada de rocío.

Los golpes de hacha y el ruido de pasos se perdieron. La curruca silbó volando á un ramaje más alto. Rozó al pasar una verdasca, y la ramilla balanceó un momento sus hojas y luego quedó inmóvil como las demás. Y en el espacio que el tronco caído había dejado libre, los árboles extendían sus ramas tranquilas, resplandecían esponjados, gozosos.

Los primeros rayos del sol, atravesando las nubes, brillaron en el azur del horizonte, y encendieron los cielos y la tierra. La neblina ondulaba vaporosa en las cumbres, ó irisada, recreábase en bañar los matorrales de verdura; nubes blancas, sutiles, cruzaban con vertiginoso impulso la atmósfera; revoloteaban los pájaros en la umbría, entonando himnos de júbilo. Arriba, en las cimeras, las hojas, llenas de jugo, murmuraban placenteramente movidas por el aura, y las ramas de los árboles vivos se agitaban con solemne lentitud, con soberana majestad, sobre el árbol abatido, muerto.



BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1905 MONTEPREGY, MEXICO

Muerte de Nicolai Levine

(De Ana Karenina.—Fragmento)

**

«Se ha ocultado á los sabios lo que se revela á los niños y á los humildes». Así pensaba Levine, de su mujer, recordando este versículo del Evangelio; no era que se considerase sabio, pero sí más inteligente, imposible desconocerlo, que su mujer y su criada, una vieja ladina; y sabía muy bien, que algunos intelectuales, con ser espíritus viriles cuyos escritos había leído, no tenían la centésima parte de la experiencia de ambas mujeres. A pesar de todas sus diferencias, que no eran pocas, estaban conformes en este punto: conocían las dos, con entera seguridad, lo que era la vida y lo que era la muerte; y aun cuando no hubiesen podido explicar ni resolver las cuestiones que impor-

34915

tunaban á Levine, no abrigaban la menor duda, en lo referente á la idea de estos fenómenos, concordando con millones de seres humanos, que era lo curioso. Prueba de ello que sabían cuidar á los moribundos, sin que les amedrantara el triste espectáculo, mientras que Levine y los otros, que podían disertar largo y tendido, sobre el hecho de la muerte, no sabían palabra de lo que venía á ser, puesto que les asustaba el morir, ni tenían la menor idea de lo que convenía hacer en casos tales.

Si se hubiera encontrado solo en aquel momento con su hermano Nicolaï, habríase limitado Levine á mirarle sobrecogido de espanto y de miedo, y aguardar con más susto aún, sin saber cómo producirse.

Ni siquiera sabía lo que era conveniente decir, ni cómo mirar, ni cómo colocarse. Hablar de cosas indiferentes, parecía importuno; de la muerte, de tristezas, imposible; guardar silencio más imposible aún. «Mirándole... se figurará que le examino; no mirándole... creerá que pienso en otra cosa; si ando de puntillas, se enfadará; andar como si nada ocurriera, sería brutal».

Todo lo contrario Kitty, su mujer: no pensaba en nada, y no tenía tiempo de pensar

en sí misma: sólo pensaba en el enfermo. Todo cuanto hacía, de que estaba bien hecho tenía la conciencia. Hablaba de su matrimonio, de sí propia; sonreíale, le compadecía, le cuidaba mimosamente; citábale casos de curas maravillosas, y todo sin herirle jamás. Evidentemente, sabía mucho. Probaba que su actividad, como la de su criada, no era puro instinto animal, ni rustiquez, era que aparte de los cuidados meramente materiales, se preocupaban de un asunto de otra índole y, á lo que parecía, de trascendentalísima importancia para el moribundo... Desde el primer día inculcaron en el ánimo del enfermo la idea de recibir los Santos óleos, sin perder de vista sus pociones, sus unturas, y su ropa blanca.

...Recibió al día siguiente Nicolaï la extremaunción; rezó fervoroso durante la ceremonia; y se leía en sus ojos una súplica ardorosa y confiada dirigida á la imagen del crucifijo que habían puesto sobre una mesita recubierta por un mantel bordado.

Espantóle á Levine verle de tal modo, pues comprendía que el transtorno de abandonar una existencia que tan grata le era, sería mucho más terrible y cruel. Conocía á su hermano, estaba al cabo de sus ideas; sa-

bía que era incrédulo empedernido, no porque le fuese más fácil vivir sin religión, sino porque la explicación que daban los sabios modernos á los fenómenos de la naturaleza, habían quebrantado poco á poco sus creencias religiosas: estaba, pues, seguro de que su nueva inclinación á la fe, no era cosa natural: debida á un movimiento del cerebro sobreexcitado por la esperanza loca de curarse, no podía ser sino efímera, fugaz. Constábale también que Kitty había avivado dicha esperanza, contándole historias de milagrosas curaciones.

Sí; sabía todo esto Levine, y aumentábase su pena, mirando el rostro confiado de su hermano, su mano enflaquecida y débil que levantaba con mucho esfuerzo hasta la frente para hacer el signo de la cruz, sus hombros descarnados y su pecho jadeante que no podía retener ya aquella vida que imploraba el enfermo. Durante la ceremonia hizo Levine lo que él, incrédulo, había hecho tantas otras veces. Decía, dirigiéndose á Dios:

—Haz, si es que existes, que este hombre cure, y salvarás su alma y la mía.

Después de haber recibido al Señor, sintióse el enfermo reanimado; pasó más de

una hora sin que tosiera una sola vez. Sonriendo, y besando la mano de Kitty, que humedecía con lágrimas de reconocimiento, decíale que se encontraba bien, que no sufría, que recobraba las fuerzas y el apetito.

Trajéronle la sopa, sentóse él mismo sin ayuda de nadie, y pidió una chuleta. Por imposible que pareciera la mejoría, Levine y Kitty pasaron aquella hora agitadísimos; el temor de equivocarse se confundía con su júbilo.

Cuchicheaban sonriendo:

—¿Va mejor?

—¡Mucho mejor!

—¡Es admirable!

—¿Y admirable, por qué?

—Está ciertamente mejor.

Pero la ilusión duró poco. Durmió penosamente el enfermo una media hora, y le despertó un acceso de tos. De improviso, brutalmente, desvaneciése toda esperanza para ellos y para él. La punzante realidad de sus sufrimientos hacíale olvidar las risueñas ideas acariciadas poco antes. Quiso aspirar un frasco de yodo, y Levine se lo trajo, lanzándole aquella misma mirada fervorosa que el enfermo dirigió á la imagen, como para provocar la confirmación de las palabras del

doctor, que atribuía al yodo virtudes maravillosísimas.

—¿No está Kitty por ahí?—murmuró con voz apagada el enfermo, esforzándose, en hablar.—¿Nó...? Entonces puedo hablarte... He fingido por darle gusto; porque ¡es tan buena...! Pero nosotros ya es distinto; ni tú ni yo podemos engañarnos; en esto es en lo único que tengo fé,—concluyó, estrechando con sus manos flacas el frasco y aspirando el yodo.

Estando, á eso de las ocho de la noche, Levine y su mujer, tomando el té en su cuarto, vieron correr desolada hacia ellos á María Nicolaevna (la amante del enfermo). Estaba lívida; temblábanle los labios.

—¡Se muere!—balbuceó.—¡Tengo miedo! ¡Va á morir!

Precipitáronse los dos hacia la habitación de Nicolaï: hallábase sentado, apoyándose de costado sobre el lecho, su espalda encorvada, y la cabeza hundida.

—¿Qué tienes?—preguntó Levine cariñosamente, después de un instante mudo.

—¡Comprendo que me voy!—murmuró Nicolaï emitiendo con mucha pena los sonidos de su garganta, pero articulando con claridad aún.

Sin levantar la cabeza, volvió la vista hacia su hermano, cuyo rostro ya no podía distinguir:

—¡Katia, vete!—murmuró.

Levantóse Levine diligentemente, y haciendo un gesto imperativo, mandó salir á su mujer.

—Me voy—repitió el moribundo.

—¿Y en qué te fundas?—preguntó Levine por decir algo.

—En que me voy—continuó Nicolaï, como si se hubiese encariñado con esta frase.—Es el fin...

Acercóse María Nicolaevna y le dijo:

—Acuéstate; estarás mejor.

—No tardaré en estar echado tranquilamente, muerto—repuso con sorda irritación, con ironía sutil.—Pero, no importa; acostadme si queréis.

Levine reclinó á su hermano, se sentó junto á él, y conteniendo el aliento, contempló su rostro. El moribundo permaneció quieto, con los ojos cerrados; pero los nervios de su frente parecían agitarse, como cuando nos absorbe profunda y penosa meditación. Instintivamente, trató Levine de comprender lo que podía pasar en el espíritu del agonizante; aquel rostro adusto, el juego

de los nervios más arriba de las cejas fruncidas, parecían indicar que entreveía su hermano los misterios ocultos para los vivos.

—Sí, sí; ¡eso es!—dijo lentamente el moribundo...—¡Esperad!

De nuevo se calló.

—¡Eso es!—repitió de pronto, como si acabaran de iluminarse las tinieblas de su espíritu.—¡Oh, señor!

Y exhaló un profundo suspiro.

María Nicolaevna le tocó los piés.

—Se va enfriando—observó en voz baja.

Largo el tiempo, le pareció á Levine muy largo; el enfermo permanecía inmóvil, pero vivía aún y suspiraba á intervalos. Levine estaba abrumado, fatigábale la tensión de su ánimo, sintiendo que, por más que hacía, esforzabase inútilmente en comprender lo que era *aquello*; no tenía ni aun fuerza para pensar en el fenómeno de la muerte; é inconscientemente, acometíale la preocupación de lo que debería hacer de allí á poco: cerrarle los ojos, vestirlo, encargar el féretro. ¡Y, cosa extraña! Considerábalo todo frío é impasible; no se compadecía de su hermano, y menos aun le tenía piedad; si algún sentimiento se apoderaba de su corazón, era sentimiento de envidia, por aquella certidumbre

que poseía ya el moribundo, y que le estaba vedada á él.

Continuó mucho rato cerca de su hermano, esperando siempre el fin; y el fin no llegaba. Abrióse la puerta, y apareció Kitty. Levantóse él para detenerla, pero en aquel instante se movió el moribundo.

—No te vayas—murmuró, extendiendo la mano.

Levine estrechó aquella mano entre las suyas, y mirando á su mujer, hizo una mueca de desagrado como para obligarla á salir.

Y así, con aquella mano cogida, esperó Levine media hora, una hora, y luego otra hora más. No pensaba ya en la muerte, pensaba en lo que haría Kitty. ¿Quién se hallaba en el cuarto próximo? ¿El doctor tenía casa propia? Después sintió hambre y sueño. Apartóse suavemente para tocar los piés de su hermano: estaban fríos, pero Nicolaï respiraba todavía. Levine intentó levantarse de puntillas; el enfermo se movió y repitió:

—¡No te vayas!

**

Al amanecer, la situación era la misma. Levine se levantó con sigilo, soltó la mano

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

del paciente, y sin mirarlo, entró en su habitación, se acostó y se durmió. Al despertar, en vez de la noticia que aguardaba, dijosele que su hermano había vuelto á su estado normal. Incorporábase, tosía, hablaba, aunque no de la muerte, y manifestaba de nuevo su esperanza de curar; sólo que parecía más irritado, más triste y sombrío que de costumbre. Nadie logró calmarle, ni su hermano ni Kitty; echaba en cara á todo el mundo sus padecimientos; pedía que le trajesen á un célebre doctor de Moscou, y á cuantas preguntas se le dirigían, interesándose por su salud, contestaba en el mismo tono de reproche:

—Sufro atrocemente; de un modo intolerable.

Padecía, en efecto cada vez más, y no podía aliviársele ni ofrecérsele consuelo. Se irritaba contra los suyos, por el más leve motivo, y les reprochaba que no quisieran ir en busca de aquel médico que era ahora toda su ilusión.

Ni la misma Kitty lograba apaciguarlo y Levine notó que también ella sufría y padecía, aunque se obstinaba en decir que no. Constándoles á todos que era inevitable el fin, casi llegaban á desear un desenlace tan

rápido como fuese posible. No dejaban de administrarle las pócimas, ni de molestar al doctor, pero no hacían más que engañar al enfermo con estas cosas, y á sí mismos: era la mentira vil, mortificante; mentira y sacrilegio que Levine por la entereza y rectitud de carácter y por el vivo afecto que profesaba á su hermano, sufría más que otro alguno.

* * *

Pasaron así tres días crueles, angustiosos; y el moribundo seguía igual. Todos los que le rodeaban, el mozo de la fonda, y el dueño, y los viajeros, y el médico, y María Nicolaevna, y Levine, y Kitty, no tenían más deseo que uno: que sobreviniera el fin; el único que no experimentaba semejante ansia era él, el moribundo; todo lo contrario, seguía lamentándose de que no buscaran al doctor, tomaba sus remedios, y hablaba de vivir. Sólo en raros momentos, medio alérgado por el opio, olvidaba un instante sus dolores, para proferir lo que sentía más que los otros:

—¡Ah, si llegase el fin!

O bien:

—¿Cuándo acabará esto?

Se acercaba, padeciendo, á la muerte; en cualquier posición sufría, y no había miembro en su cuerpo que no le torturase; hasta las memorias, las impresiones, los pensamientos de aquel cuerpo, como el cuerpo mismo, le repugnaban, le molestaban. La vista de los concurrentes, sus palabras, hasta el recuerdo de ellos en la ausencia le hacían daño: y no había quien no lo comprendiese así, por lo que nadie osaba á moverse, casi ni á respirar. Para todos se concentraba la vida en los sufrimientos del paciente, y en el fervoroso deseo de verle de ellos liberado.

Tocaba, pues, al supremo instante en que la muerte había de parecerle ya el único bien, la postrera ventura.

Antes, los mismos deseos, provocados por la dolencia ó por la necesidad, como el hambre, la fatiga, la sed, le procuraban, cuando se satisfacían, cierto goce; pero ya no era posible apaciguarlos de la misma manera, y sus tentativas y esfuerzos no hacían sino irritar el mal. Así sus deseos se concentraban en uno sólo: quedar libre de todos sus sufrimientos y de su origen, el cuerpo. Sólo que no hallaba palabras con qué expre-

sar esta ansia febril; y por eso no hablaba de tal cosa, y ya por rutina solicitaba la satisfacción de necesidades que en manera alguna podían satisfacerse.

—Echadme del otro lado—decía.

Y acababan de volverlo, cuando quería volver á su postura primitiva.

—Traedme caldo... llevároslo... Contad algo, en lugar de permanecer silenciosos.

Y en cuanto hablaban, reflejábanse en su rostro no sé qué expresión de cansancio, de indiferencia y de disgusto.

Cayó Kitty enferma diez días después de su llegada, y declaró el médico que era á consecuencia de las emociones y de la fatiga; prescribió calma y reposo. Levantóse no obstante, después de comer y se dirigió con sus bordados, según tenía por costumbre, al cuarto del enfermo. Nicolaï la miró severamente y sonrió desdeñoso, cuando dijo ella que se encontraba mal. No cesó en toda la velada de sonarse las narices él, ni de quejarse con lastimeros gemidos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Kitty.

—Peor, mucho peor—respondió fatigosamente.—Sufro.

—¿Dónde?

—En todo mi cuerpo.

—Ya veréis como acaba hoy—dijo María Nicolaevna en voz baja, pero de modo que el enfermo, atento y receoso, según observó Levine, debía oírle.

La hizo, pues, callar éste; y volvió la cabeza hacia el moribundo, que había oído, efectivamente, pero sin que le impresionaran aquellas palabras, pues su mirada continuaba hosca y fija.

—¿En que te fundas para creer eso?—preguntó Levine á María Nicolaevna, llevándola hasta el corredor.

—Se despoja.

—¿Qué quiere decir se despoja?

—Esto—repuso ella, pellizcando en los pliegues de su vestido de lana.

Y recordó, en efecto, Levine que estuvo el enfermo arañando sus cobertores como para despojarse de ellos.

Había adivinado María Nicolaevna.

Por la noche ya no tuvo fuerza Nicolai para levantar el brazo, y su mirada inmóvil era de atención concentrada, sin que se conmoviera cuando su hermano y Kitty se inclinaron sobre él para que pudiese verles. Kitty llamó al sacerdote, á fin de que recitara las oraciones de agonizantes.

No dió ningún signo de vida durante la ceremonia el enfermo; rodeábanle Levine, Kitty y María Nicolaevna; pero antes de concluir las plegarias, dió de pronto un suspiro, se extendió y abrió los ojos. El cura puso la cruz sobre su frente helada, y cuando hubo terminado sus rezos, envolvió lentamente el cuerpo con el sudario. Permaneció aun dos minutos de pie silencioso, cerca de la cama, oprimiendo la mano fría y exangüe del moribundo.

—Todo ha acabado—dijo por fin.

Y ya iba á alejarse, cuando los bigotes aplastados de Nicolás se agitaron débilmente como movidos por un soplo fugaz, y del fondo de su pecho se exhalaban claras y distintas estas palabras:

—Aun no... ¡Pronto!

Un minuto después su faz se iluminó; dibujóse ténue sonrisa en la boca, y las mujeres se apresuraron á vestirlo.

El horror que á Levine causaba el terrible enigma, despertóse tan agudo y sutil en él, como durante la noche de otoño en que su hermano le había visitado. Y se reconoció impotente, más impotente que nunca para sondear el misterio de la muerte, y el terror.

de sentirlo tan cerca de sí, y tan inevitable...

Y acababa de ver cumplido este misterio de muerte cuando se descubrió otro misterio junto á él, no menos insondable, misterio de vida y amor.

Declaró el doctor que Kitty estaba en cinta.



La muerte de Ivan Iliith

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MORALES"
Apto. 1026 MONTGOMERY, MEXICO

I.

Acababa de suspenderse la vista del pleito conocido entre la curia con el nombre de Melvinsky, y jueces y abogados, los más de los que se hallaban en el Palacio de Justicia, fueron congregándose en el despacho de Ivan Egorovitch Schebek.

La conversación rodó acerca del ruidoso litigio de Krassovsky, y era de ver á Fedor Wassilivitch discutiendo acaloradamente una tesis en que no estaba muy seguro, por lo cual suplía con sobra de vehemencia la falta de razón. Llevábale la contraria sin excitarse, calmoso, Ivan Egorovitch. Ageno á la disputa, sin hacer caso de los contendientes, leía Pedro Ivanovitch la *Gaceta de*

los Tribunales. Interrumpió la discusión, diciendo:

—¡Eh, señores, ha muerto Ivan Iliitch!

—¿De veras?

Ofreció el periódico, húmedo todavía, á Federico, rogándole que leyese en voz alta.

La esquila, entre filetes negros, rezaba así: «Prascovia Fedorovna Golovine tiene el sentimiento de participar á sus parientes y amigos la muerte de su idolatrado esposo, Ivan Iliitch Golovine, miembro de los tribunales, fallecido el 4 de Febrero de 1882. El cortejo fúnebre saldrá de la casa mortuoria el viernes, á la una de la tarde».

Todos aquellos señores apreciaban á su colega Ivan Iliitch. Hacía algunas semanas que éste se hallaba postrado, y aun cuando todo el mundo estaba persuadido de que la enfermedad era incurable, reservábasele la plaza hasta que sobreviniera el momento fatal. Le sucedería Alexiev, ó á lo menos así estaba previsto. El empleo de este último husmeábanlo Vinnikov y Schtabel, los cuales al oír la noticia fúnebre, pensaron, como era natural, en las consecuencias que para sí y para sus amigos traerían, con la muerte de Ivan Iliitch, las deseadas promociones.

«Segura tengo ya la plaza de Schtabel ó la de Vinnikov», pensaba Federico Wassilivitch. «Prometida me la tienen no hace poco, y este ascenso, sin contar los gastos de utensilio, cargará sobre mi sueldo la suma de ochocientos rublos».

Pedro Ivanovitch meditaba: «Bonita ocasión para conseguir que nombren juez á mi cuñado de Kalonga; mi mujer quedará satisfecha; así me quito de que vuelva á decirme que no hago nada por sus gentes».

—Me daba el corazón que no se levantaría ya—continuó en voz alta Pedro Ivanovitch.

—¿Pero se sabe qué enfermedad era la suya?

—Cada médico ha dado un dictamen distinto, y con tanto explicarse la dolencia, ninguno acertó dónde estaba el mal. Sin embargo, la última vez que le ví parecióme que curaría.

—Queriendo ir, queriendo ir, se me ha pasado el tiempo. La postrera visita que le hice fué por las fiestas.

—¿Deja fortuna?

—Creo que su mujer disfrutaba de una renta insignificante.

—Será preciso ir por allá. ¡El caso es que viven tan lejos!

—¿Y qué hay cerca de la casa de usted?

—¡Demonio de hombre! No puede perdonarme que habite á la otra parte del río— exclamó Pedro Ivanovitch, dirigiendo á Schebek una mirada risueña.

Hablóse de lo inmensas que resultan las distancias en las urbes populares, y á poco volvieron á entrar en el salón de sesiones.

Como ocurre en estos casos, la desgracia del buen amigo no inspiraba sólo egoístas reflexiones acerca de los cambios que debía producir, sino la agradable idea acariciada con oculta satisfacción de que *aquello* hubiese ocurrido á otro y no á ninguno de los presentes.

«Abí tienes, él muerto, y yo vivo aún», pensaba ó sentía cada cual.

Y los conocimientos, los amigos de Ivan Iliitch, considerados tales, reflexionaban también maquinalmente que se les echaba encima un deber engorroso, impuesto por los convencionalismos: las exequias; la visita de pésame á la viuda.

Eran los más íntimos Federico Wassilovitch y Pedro Ivanovitch, y el último se consideraba, por haber sido condiscípulo de

Ivan Iliitch en la facultad de derecho, singularmente afecto al difunto.

Comunicó, por tanto, durante la comida esta nueva á su mujer, no sin esperanzarla acerca del nombramiento que perseguía el cuñado y de las probabilidades de tenerlo en su propia jurisdicción, y perdonando la sobremesa, enfundóse el frac y se encaminó al domicilio de Ivan Iliitch. En la puerta vió un carruaje de la casa y dos birlochos.

Al pasar por el vestíbulo distinguió junto á la percha, y apoyado contra la pared, el cierre del féretro, tapa guarnecida con bellotillas y ribetes plateados, que acababan de fregotear.

Dos damas vestidas de negro despojábanse de sus abrigos de pieles; reconoció á una de ellas, la hermana de Ivan Iliitch, pero á la otra no la había visto nunca. Fijándose en el recién venido, Schwartz, colega de Pedro Ivanovitch, que bajaba la escalera, se detuvo y le hizo un guiño, como diciendo: «¡qué mal lo ha entendido Ivan Iliitch, bien al revés de nosotros!»

Schwartz, con sus patillas inglesas, con su cuerpo escuálido, ceñido por el frac, conservaba en el rostro, como de ordinario, su expresión grave; y aquella mueca aparatosa

que chocaba con su carácter risueño, era en tales circunstancias singular, significativa. Así lo pensó Pedro Ivanovitch, quien dejando que pasaran las señoras delante, subió lentamente tras ellas los escalones. Esperábale Schwartz en el rellano, y Pedro Ivanovitch comprendió desde luego que deseaba comprometerle para jugar la partida de wist (1) de la noche.

Entraron las mujeres en la habitación de la viuda, y Schwartz, serio y mudo, por más que le bailaban los ojos, indicó, con leve movimiento de cejas, la cámara ardiente á Pedro Ivanovitch, el cual se introdujo, vacilante, y como ocurre en tales casos, inseguro de la actitud que debía adoptar. Sabía, sin embargo, que nunca huelga la señal de la cruz. Por lo que toca á los saludos, compuselas de modo que, ignorando las reverencias que debía hacer y los cumplidos que estaría bien omitir, salió del paso con una simple inclinación en que no comprometía el cuerpo ni la cabeza, santiguándose para disimular mejor. Procuraba entre tanto fijarse en lo que tenía delante de sí.

Salían en aquel instante dos jóvenes, por

(1) Especie de juego de naipes.

las señas sobrinos del difunto. Tenía uno de ellos todas las trazas de colegial. Doblaron la rodilla reverentemente antes de abandonar la estancia. A una vieja que parecía estatua por lo inmóvil, hablábale al oído su señora. Un sacristán, revestido, leía en alta voz, como de memoria, el oficio, seguro de que nadie le iba á tachar las palabras que se comiese para concluir más pronto. Guera-sim, el viejo, el criado de confianza, el que servía á los señores, pasaba, iba y venía por delante de Pedro Ivanovitch, arreglando aquí y allá, con solemne parsimonia. Parecían desprenderse de él no se qué olores como de cadaver que entra en descomposición.

Figurósele esto á Ivanovitch, porque durante la última visita hecha á Ivan Iliitch, había observado que éste profesaba singular afecto á su enfermero, oficio que desempeñaba el rústico á la sazón. Pedro seguía persignándose, haciendo leves movimientos, que tanto era posible considerar dirigidos al levita y á todos los que hipócritamente le escuchaban, como al que yacía. Púsose por fin á contemplar al último, temiendo exagerar sus cumplimientos y sus cru-

Caída la cabeza glacialmente, livido el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA
"YES"
MEXICO

restro, lacios los mechones sobre las hundidas sienes, tan abultada la nariz que á poco obscurecía la línea del labio superior, hallábase el muerto, rígido, perdido el aire, cuerpo postrado, figura tiesa, arrecida, como todos los que quedan sin soplo vital. ¡Qué cambio! ¡qué cambio! Estaba mucho más apergaminado que la última vez en que tan flaco le vió Pedro Ivanovitch; pero eso sí, la cara tenía no sé qué imponente y misteriosa belleza; parecía indicar en aquellas facciones que había cumplido estrictamente con su deber; leíase un mudo «¡acuérdate!» dirigido á los vivos que le rodeaban.

Parecióle importuna esta imprecación á Pedro Ivanovitch, y la rechazó, imaginando que no rezaba con él. Sintióse, sin embargo, tan inquieto, que se apresuró á persignarse y á salir. Volvió la espalda descortesmente y ganó la puerta.

Le aguardaba Schwartz en la habitación próxima, muy estiradas las piernas, á la espalda las manos cuyos dedos jugaban distraídamente con el clac. Abarcando de una ojeada el perfil elegante, la figura pulcra, el aire despreocupado de su compañero, se tranquilizó. Schwartz no se rendía al influjo de aquellas emociones enervantes; era supe-

rior, comprendiólo así, á las circunstancias, y bien denunciaba el tranquilo aspecto de su persona que el incidente del entierro de Iliitch, no podía en manera alguna considerarse como excusa para «suspender la partida», ó sea para impedir que en breve, aquella misma noche, cortase las cartas de un paquete nuevo, en tanto que los lacayos colocaban cuatro bujías sobre la mesa... «Resueltamente, este contratiempo no es tal que nos prive de pasar con agradable distracción la velada»; concluyó diciendo en voz baja á Pedro Ivanovitch, indicándole que asistiera á casa de Federico Wassilivitch.

Pero no quería el destino, sin duda, que Pedro jugase al whist aquella noche.

Praskovia Federovna, mujer menuda y regordeta, por mucho que se esforzara en aparentar lo contrario, (se iba ensanchando desde los hombros hasta su base), enlutada, cubierta la cabeza con una toquilla de blonda, tan hirsutas las cejas como las de la dama que se mantenía de pie frente al túmulo, salió de sus habitaciones con otras señoras, y empujándolas hacia el cuarto mortuario, dijo: «el oficio de difuntos va á empezar; pasen ustedes».

Plantóse Schwartz, saludando vagamente,

sin hacer que aceptaba ni rehusaba la invitación. Praskovia Federovna se fijó en Pedro Ivanovitch, y acercóse á él suspirando y tendiéndole la mano con triste solicitud.

—Ya sé que era usted verdadero amigo de Ivan Iliitch—exclamó.

Y le miraba, esperando la respuesta oportuna.

Constábale á Pedro que, así como poco antes lo indicado era hacer el signo de la cruz, ahora debía estrechar la mano que se le alargaba, suspirar y decir: «¡Puede usted creerlo!» Y eso hizo. Cumplimentado el programa, comprendió que el efecto apetecido se lograba: hallábase conmovido, y ella también.

—Acompáñeme—añadió la señora.—Tenemos que hablar antes de que el rezo empiece. Déme usted el brazo.

Obedeció Ivanovitch; dirigiéronse á las piezas del fondo, rozándose levemente al pasar con Schwartz, quien guiñó el ojo á su amigo, mirándole con aire de conmiseración.

«Ha naufragado el wist; pero no lo sienta usted; ya encontraremos otro jugador; puede que lo arreglemos entre cinco, hasta que usted concluya», decía su mirada jovial.

Pedro Ivanovith exaló un suspiro, más pro-

fundo y más triste que el primero, y se lo agradeció, estrechándole el brazo, Praskovia Federovna.

Una vez dentro del salón, colgado de cretona rosa, en que resplandecía la ténue claridad de una lámpara, sentáronse cerca de la mesa; en el sofá ella, y él en una butaca baja, cuyos muelles rotos rechinaron desagradablemente á su peso. Praskovia quiso indicarle que se acomodara en otro sitio, pero le pareció impropio de tan solemne caso. Al sentarse, recordó el hombre que Ivan le había pedido su opinión, cuando amueblaba los salones, acerca de aquella cretona de tonos claros, rameada.

Pasando la viuda por delante de la mesa para tomar asiento, enganchóse el encaje de su abrigo en la entalladura del mueble. Se levantó Ivanovitch queriendo desenredar la seda, y la butaquita, aligerada del peso, osciló, repeliéndole. Procuró la dama salir por sí misma del paso, y Pedro volvió á sentarse, aplastando con su pesadumbre los pujos revolucionarios de la poltrona. Pero como la viuda no conseguía su propósito, nuevamente se levantó Pedro, y otra vez gimió la butaquita, recobrando los muelles su fuerza elástica. Cuando todo estuvo en orden, rompió

á llorar la desconsolada mujer, no sin que sacara previamente el pañuelo de orlan, digno de las circunstancias, en tanto que él, Ivanovitch, se mantenía ceñudo, y gracias al cómico episodio, en hosca actitud. Sacóles de aquel embarazo Sokolov, el repostero de la casa, quien se presentaba para anunciar que costaría doscientos rublos, el panteón escogido por Praskovia.

Contuvo ésta las lágrimas, y fingiendo un aire de víctima dispuesta al sacrificio, manifestó á Ivanovitch cuán penoso le era tratar de asuntos tales. Contestóle él, haciendo una inclinación muda, que no había más remedio que resignarse con el destino.

—Fume usted, se lo ruego—añadió la dama generosamente, sin bajar el tono quejumbroso y sin perder el aire abatido.

Y se enfrascó en el examen del asunto que le presentaba Sokolov. Oíale el buen Ivanovitch (mientras se distraía encendiendo el cigarro), pedir precios de diferentes terrenos, y escoger el que más convenía á sus intereses. Dió las órdenes oportunas para el funeral. Retiróse luego Sokolov.

Apartando los catálogos que habían quedado sobre la mesa, murmuró:

—Como usted vé, yo misma lo arreglo todo.

Y fijándose en que la ceniza del cigarrillo estaba á punto de ensuciar la mesa, acercó diligentemente el cenicero al alcance de su interlocutor:

—Creo pura hipocresía—continuó,—decir que la pena no me permite pensar en estos pormenores nimios; más bien me parece disculpable hacer lo que hago, porque, si no me consuela, lo cual es imposible, distrae ó engaña mi dolor.

Enjugóse en esto con el pañuelo los ojos, como disponiéndose á derramar otro torrente de lágrimas; pero pareció querer castigar la flaqueza de su espíritu, pues hizo un esfuerzo y se contuvo, agregando con entera tranquilidad:

— El caso es que tengo algo que decirle.

Se inclinó Ivanovitch con toda la prudencia posible para evitar los chirridos del revoltoso asiento.

—Pasó los últimos días sufriendo horriblemente.

— ¡Ah! Es decir que... ¿sufrió mucho?

—No puede usted imaginarse... Aun me espanta el pensarlo. Acabó las últimas horas —no me atrevo á decir sus momentos últi-

mos,—en un ¡ay! gritando continuamente, sin respiro, tres días, tres, de veinticuatro horas completas. Le digo á usted que aquel suplicio era atroz, inaguantable. Ni sé cómo pude resistir. Se le oía más allá de tres puertas cerradas. ¡Lo que yo he sufrido no tiene ponderación!

—¿Y conservó el conocimiento?

—Sí—agregó la viuda en voz baja;—hasta el instante fatal. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de fenecer, rogándonos que sacásemos de la habitación á Volodia.

Pensó entonces Pedro en los padecimientos de aquel hombre á quien había conocido y tratado desde la infancia, compañero de estudios en la adolescencia, y más tarde compinche de wist; y el mútuo juego de hipocresía, en que ambos embotaban su ternura, no impidió que se sintiera sobrecogido de lúgubre terror.—«¡Tres días y tres noches de inacabable tormento, sin más descanso que la muerte! ¡La muerte! ¡Y es cosa que puede ocurrirme, ahora, mañana, en cada segundo que transcurre! ¡y á mí como á él!»

—pensaba. El espanto transtornó todas sus energías. Pero la crisis fué breve, porque á poco, sin saber él mismo cómo, sintió alivio

pensando que *aquello*, (pasándole á Juan Iliitch, y á él nó) *aquello* no debía á él, sucederle, no era posible que le ocurriera. Pensando, pues, de distinto modo, no hacía sino dejarse aniquilar por las impresiones enervantes, contra las cuales había que fortalecer el ánimo, como lo hacía Schwartz.

Estas reflexiones tranquilizaron á Ivanovitch; preguntó con interés los permenores de la muerte de su amigo, como si la tal muerte fuera cosa peculiar á Ivan, y en ningún modo pudiera afectarle á él con amenazas más ó menos remotas.

Acabado el relato de los sufrimientos exageradamente atroces que tuvo que soportar Ivan Iliitch, y que no producían otra emoción en su ánimo que la que más ó menos intensamente excitaba los nervios de Praskovia Federovna, pensó la viuda que era tiempo ya de abordar el objeto primordial de aquella entrevista.

—¡Ah, Ivanovitch; qué penoso! ¡Terriblemente penoso... terriblemente penoso...!

Y volvió á los llantos y suspiros.

Suspiró él por su parte, esperando que la dama se sonara. Cuando esto sucedió, díjole:

—¡Puede usted creerlo...!

No le dejó ella concluir, apresurándose á

ponerle en autos por lo que tocaba á sus más fuertes angustias. Tratábase de ver qué medios eran más eficaces para obtener una renta del Estado, que la indemnizase de la pérdida de su marido. Fingía consultar á Ivanovitch, considerando cuán útil podía serle su consejo; pero en el fondo, tenía de tal manera estudiada y meditada la cuestión, que sabía ya, cosa que él mismo ignoraba, el expediente más seguro para exprimir la ubre del tésoro. Deseaba obtener nuevos datos, informes autorizados y seguros. Los que había recogido parecíanle poco aún.

En vano procuró Ivanovitch dar con un procedimiento que mejorase la situación; reflexionó breves segundos, y luego, no sin protestar, por pura fórmula, de la sordidez de «nuestro gobierno», declaró que era imposible conseguir mayores ventajas. Entonces suspiró la viuda y buscó un pretexto, con manifiesta desenvoltura, para despedir á su interlocutor. Comprendiólo en seguida éste, y apagando su cigarrillo, se levantó, estrechó la mano de la dama y salió.

Al pasar por el comedor reconoció el péndulo que compró Ivan Iliitch en un baratillo y de cuya adquisición se mostraba tan orgulloso; entre los circunstantes vió varias

personas conocidas y el cura, que acababan de presentarse para asistir al oficio fúnebre, y se fijó en la hija del muerto, una señorita muy bella. El traje negro daba mayor realce y delicadeza á su talle finísimo. Tenía el aire sombrío, resuelto, casi casi irritado y displaciente. Saludó á Pedro Ivanovitch, como si fuera él digno de lástima. Detrás de la joven, y no menos huraño que ella, veíase á su prometido, un juez de instrucción, rico, galán, á quien Ivanovitch trataba superficialmente. Dirigióles un saludo melancólico, triste, y ya iba á meterse en la cámara mortuoria, cuando distinguió el perfil del colegial, que recordaba, con extraordinario parecido, el de su padre Ivan Iliitch. Sí, sí: era el pequeño Ivan, el Ivan que Pedro Ivanovitch conoció en la Escuela de Derecho. Acababa de presentarse el mozo, surgiendo del lado de la escalera, y tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, y tales como todos los grandullones desastrados, á los trece ó catorce años.

Enarcó las cejas el muchacho con aire serio y vergonzoso á la vez, viendo á Ivanovitch, quien pasó por delante de él haciendo un leve saludo y dirigiéndose á la habitación del difunto.

Empezaba la ceremonia. Cirios humeantes, mucho incienso, muchos suspiros, y lágrimas, y sollozos, esto era en conjunto.

Pedro Ivanovitch permaneció de pie y miraba sus plantas melancólicamente, y sin levantar los ojos una sola vez hacia el cadáver, procurando resistir hasta la postre el aplanante influjo del medio ambiente. Fué de los primeros en escapar.

Con nadie tropezó en el vestíbulo. Guerasim salió precipitadamente de la sala mortuoria, revolvió de arriba á abajo con sus brazos vigorosos todos los abrigos, buscando el de Ivanovitch, y se lo entregó.

—¡Ay, amigo Guerasim—dijo, por no estar callado,—qué desgracia!

—¡Es la voluntad de Dios! Todos pasaremos por ese trance—contestó Guerasim enseñando sus blancos y apretados dientes de rústico. Con el aire del hombre agobiado por sus tareas, apresuróse á abrir y á llamar al cochero; ayudó al señor á montar, y volvió á la escalinata de un salto, como aguijoneado por el recuerdo de lo mucho que debía hacer aún.

Sentíase Ivanovitch satisfecho ahora, respirando el aire fresco, libre de aquellas ema-

naciones de incienso, de cadáver y de ácido fénico.

—¿Dónde vamos?—interrogó el cochero.

—No es muy tarde; puedo llegarme hasta casa de Federico Wassilivitch.

Y allá se fué. Encontró todavía á los jugadores y tuvo tiempo sobrado para hacer el quinto.

II

El pasado de Ivan Iliitch era sin duda vulgar y sencillo, pero terrible á la vez.

Murió á los cuarenta y cinco años, siendo miembro del Tribunal de apelación. Era hijo de un funcionario que hizo su carrera de ministerio en ministerio, sin salir de Petersburgo, logrando una de esas posiciones respetadas por todos, gracias á los muchos servicios y ascensos, aunque el favorecido no sirva para cosa útil; plazas ficticias que proporcionan sueldos, no ficticios ciertamente, desde seis á diez mil rublos, y en las cuales se vegeta hasta la más avanzada edad. Tal el consejero áulico, miembro inútil de diferentes administraciones no menos inútiles, Iliá Efimovitch Golovine.

Tuvo éste tres hijos: Ivan Iliitch era el

segundo. Seguía el primogénito la misma carrera que el padre, aunque en otro ministerio, y rayaba ya en esa edad del funcionario en que empiezan á llover gratificaciones sólo por virtud de la velocidad adquirida. El tercer hijo habíase malogrado. Fracasó, por su culpa, en varios empleos; trabajaba, por fin, en ferrocarriles, y los suyos, especialmente sus cuñadas, procuraban no tropezarse con él, afectando haberse olvidado de que en el mundo existía.

La hermana casó con el barón Gref, empleado petersburguense como el suegro.

«El fénix de la familia», llamaban á Ivan. No tan impasible ni meticuloso como el mayor, ni tan indomable como el pequeño, representaba verdaderamente el término medio entre sus dos hermanos. Viva inteligencia, carácter abierto, cortés, cursó con aprovechamiento sus estudios en la Escuela de derecho. Al propio tiempo que él los empezó el menor, pero no pudo concluirlos, porque se le expulsó de la quinta clase.

Condújose Ivan en la Escuela tal como fué luego hasta el fin de su vida. Despierto, alegre, buen muchacho, sociable, pronto á cumplir con estricta diligencia lo que él consideraba su deber. Y este deber para él era

todo lo que le ordenaban sus superiores gerárquicos.

No había sido nunca rastrero ni adúlador, pero desde su más tierna infancia sentíase atraído, como una mariposa por la luz, hacia los personajes superiores, ó que picaban alto, asimilándose sus costumbres y sus tendencias, y procurando conseguir su amistad.

No dejaron en su espíritu sensible huella los apasionamientos y sugestiones de la infancia y de la adolescencia. Algo de vanidad y de sensualismo sí picó en su carácter, y aun en la última clase, sintió, como los más, ciertos pujos revolucionarios de buen tono, aunque todo ello en la medida propia de su naturaleza bien equilibrada.

Actos cometió en la escuela, que le parecieron por entonces repugnantes bellaquerías, hasta el punto de despreciarse y sentir asco de sí mismo cuando ocurría tal; después, observando que muchas gentes de arraigo hacían otro tanto, sin avergonzarse de su conducta, ya que no se jactase de su proceder, por lo menos trataba de olvidarlo, para que el recuerdo no turbara en lo sucesivo su existencia.

Salió de la Escuela con el grado de la dé-

cima clase, (1) y su padre le envió dinero para que se hiciera el uniforme. Vistióse en casa de Scharmer, juntó á los dijes la medallita con la inscripción «respice finem»; despidióse del Príncipe protector y del Director de la facultad y estuvo de banquete con sus camaradas en la tienda de Donon; y provisto de maletas flamantes, de ropa blanca, de vestidos nuevos, de navajas barberas y de otros objetos de tocador, comprado ó encargado todo en los comercios y bazares más lujosos, partió para la provincia que se le había designado con una comisión extraordinaria cerca del gobernador, gaje que debía á los buenos oficios del padre. Llevaba también preparado su primer discurso.

Arreglóse Ivan Iliitch en su provincia, de modo que no se alterara gran cosa la vida agradable y ligera que había llevado hasta allí.

Sacaba jugo á sus tareas, iba adelantando camino, y su existencia se deslizaba dulce y reposada, tranquila. De tarde en tarde solían delegarle los jefes para visitar los distritos, en que desempeñaba su papel con dignidad,

(1) Los funcionarios civiles de Rusia están subdivididos en catorce grados que se equiparan próximamente á los de la milicia.

tan respetuoso con los superiores como atento con los subordinados: cumplía, pues, su misión, y especialmente en lo que se refería á los asuntos de los *raskolniks* (viejos sectarios ortodoxos), con tanta rectitud y prudencia, que bien podía envanecerse de ello.

En actos del servicio, con ser tan joven y de tan jovial carácter, su reserva officiosa rayaba en austera y le hacía parecer áspero. Pero en sus relaciones particulares veíasele á menudo franco y expansivo, agudo, discreto, y «buen muchacho», como decían ponderando sus cualidades el jefe y su mujer, en cuya casa era recibido cordialmente.

Sostenía también trato amistoso con cierta dama, que había procurado captarse las simpatías y la confianza del elegante curial. Contaba además con el afecto de no sé qué modista. No faltaban tampoco devaneos en que le acompañaban los edecanes de paso, ni excursiones á las calles más apartadas y ocultas, después de cenar. Pero todo ello con tan prudente medida, que no se le podía echar en cara, disculpándolo con la máxima de que es preciso dar á la juventud lo suyo.

Hacíase el juego con manos limpias, irreprochable la pechera, y hablando francés, y sobre todo entre gentes distinguidas, y por

consiguiente con la aprobación de la alta sociedad.

Así vivió Ivan Iliitch cinco años, hasta que sobrevino el cambio de empleo. Dióse á los tribunales una institución nueva, y hacían falta, por tanto, hombres nuevos también. Ivan fué considerado como uno de los tales.

Ofreciósele una plaza de juez de instrucción. Y la aceptó, no obstante el sacrificio que le suponía, y la necesidad de romper con las amistades hechas y la molestia de procurarse otras.

Acompañáronle sus íntimos. Retratáronse en grupo y se le regaló una cigarrera. Después de lo cual corrió á tomar posesión de su cargo.

El juez de instrucción no fué menos pulcro y acomodaticio, ni menos fino tampoco que lo había sido el funcionario, durante el desempeño de su misión especial. Así, procurando cuidadosamente no confundir los deberes de su cargo con la conducta privada, logró conquistarse las mismas consideraciones.

Por lo que toca á su nuevo oficio, tenía para Ivan mayores encantos que el otro. Cierto era que antes le recreaba pasar airoosamente (luciendo su uniforme, cortado en

casa de Scharmer), por delante de los procuradores y de los funcionarios que esperaban temblando la hora de audiencia, y que le envidiaban el privilegio de penetrar, sin anunciarse, en el despacho del gobernador, y beber té y fumar con él. Pero en cambio, contadas personas eran las que sentían el peso de su autoridad: sólo los *ispravniks* (comisarios de policía), y los *raskolniks*, cuando iba en comisión del servicio. Le gustaba tratar atentamente, casi como si fuesen camaradas suyos, á los pobres diablos que de él dependían; complaciase en demostrarles que, pudiendo aniquilarlos, los trataba amigablemente, con llaneza y sencillez.

Ahora nó; con su cargo de juez, todos sin excepción, todos estaban bajo su férula; hasta los más encopetados señores tenían que rendírsele; bastábale escribir algunas palabras en un pliego de papel sellado, para que se presentara á aquel caballero tan presumido, tan orgulloso, en calidad de reo ó de testigo, y que siendo lo uno ó lo otro, debía contestar de pie, si él no le mandaba sentarse, á cuantas preguntas le dirigiera.

Pero no abusaba Ivan nunca de estas facultades; procuraba, por lo contrario, que no pareciera enojoso su poder. Bastábale con la

certidumbre de que estaba en sus manos, y la omnívota voluntad de regularlo á su capricho, constituía el principal interés, la más fuerte sugestión de aquel empleo.

En lo que respecta á la instrucción de sumarios, se excedía á sí mismo; era hábil; descartaba con singular maestría todas las circunstancias que no afectaban al proceso; aclaraba en los escritos los negocios más arduos y oscuros; ponía en sus informes un sello tan impersonal que siempre quedaba anulado su propio juicio, y se llenaban cuidadosa é imparcialmente todas las formalidades de rúbrica.

Procedimientos enteramente nuevos, en fin. Fué uno de los primeros entre los llamados á aplicar el Código de 1864.

Con el cambio de residencia, Iliitch renovó sus afecciones y observó otra línea de conducta. Hizo que se mantuvieran á respetuosa distancia las autoridades provinciales, y procuró intimar con los magistrados y con las nobles familias del contorno. Murmuró discretamente contra el gobierno, y adoptó una máscara de liberalismo templado, imitando los alardes cívicos de occidente.

Nada había cambiado en punto á la elegancia de su persona: no hizo más que su-

primir el afeitte y dejar que le creciera la barba.

Deslizábase, pues, su existencia gratamente, bien quisto entre la sociedad elegante y mordaz, cuyos miembros se mantenían en estrecha y sincera unión. Para colmo de satisfacciones los rendimientos eran más crecidos, y entre otros recreos con qué matar el ocio, se aficionó al wist, que jugaba con notable tino, de modo que no perdía nunca.

Después de llevar dos años semejante vida, dió con la que más tarde debía ser su esposa. Praskovia Federovna Michel, era la joven más seductora y más espiritual de los salones que frecuentaba Iliitch, quien distraía sus aburrimientos de magistrado, haciendo discretamente la corte á la doncella.

Gustóle mucho el baile mientras estuvo desempeñando su misión extraordinaria; ascendido á juez no bailó sino de tarde en tarde, y cuando esto ocurría, era para demostrar que podía ser partidario de la nueva escuela y magistrado de quinta clase, y aventajar al mismo tiempo en tan noble ejercicio á los más incansables danzarines. Tanto, que ciertas noches servía de pareja á Praskovia hasta el fin de la velada, aprovechán-

dose de estos discreteos para hacer su conquista. La joven se enamoró de él.

Ivan no tenía precisamente el firme propósito de casarse; pero viendo á la doncella apasionada, hízose él la siguiente pregunta: «¿Y por qué motivo no tomar estado?»

Pertenecía Praskovia Federovna á una distinguida familia, noble de abolengo, y era de agraciado rostro. Tocábanle algunos bienes de fortuna. Ciertamente que podía él aspirar á un partido más brillante, pero no dejaba de convenirle éste. Contaba el hombre con su sueldo y los gajes: «además, pensaba; no dejará ella de traerme otro tanto. Parentela lucida tiene; es adorable, linda, virtuosa...» Decir que se casó enamorado de su prometida, y que encontró en su carácter la más remota afinidad con el propio, fuera tan injusto como sostener que se casó únicamente para halagar á los suyos.

Se decidió Ivan á las nupcias por dos motivos: complaciale la unión con dama de tales prendas, y al mismo tiempo realizaba un acto que la buena sociedad, pareciéndole prudente, había de ver con buenos ojos.

Ivan Iliitch contrajo, pues, matrimonio. Mientras duraron los regocijos de la boda y aun en los días que siguieron, gracias á las

tiernas caricias de la desposada, á los muebles nuevos, á la vajilla, á la ropa blanca... todo fué bien. Hasta los primeros síntomas de embarazo no hubo contratamiento grave ni leve. Empezaba ya á persuadirse de que el casamiento no sólo le permitía continuar aquella vida suya que le era tan grata, ligera, agradable, voluptuosa, y á todas luces cómoda y alegre, que nadie le censuraba, sino que venía á aumentar sus encantos y atractivos. Pero sobrevino que en los primeros meses de preñez se reveló el obstáculo, algo que él no sabía bien qué cosa fuese, insólito, inesperado, desagradable, penosísimo, y lo que es peor, algo que era imposible prever y evitar.

Injustamente, según le parecía á Iliitch, sin motivo y con intención deliberada de mortificarle, su mujer empezaba á turbar la satisfacción y la dulzura de su existencia; mostrábase celosa, sin causa para ello; exigía que la colmase de nimias atenciones; y le buscaba quisquillas á cada instante, sin venir á qué ni para qué, agobiándole con insultos groseros.

Pensó, al principio, poder endulzar sus pesadumbres engolfándose de nuevo en las distracciones de su vida pasada; quiso no hacer

caso de los desplantes irritados de su cónyuge; invitó á sus amigos reuniéndolos en su propia casa, donde se jugaba fuerte, y cuando esto nó, íbase al círculo ó al domicilio de sus íntimos. Pero le injurió ella cierto día con tal arrebatado de cólera, y amontonando tan soeces expresiones; multiplicó ya con tal encarnizamiento sus insultos y sus disputas, cada vez que se obstinaba el marido en no doblegarse á las exigencias de la mujer; la vió tan decidida á redoblar su furor mientras no quisiera él someterse, ó sea, consentir en no apartarse de su lado y aburrirse en su compañía, que ya no pudo contener su espanto y su inquietud.

Comprendió que la unión entre dos, sobre todo en lo que á su esposa se refería, no aumenta precisamente el encanto y la delicia de vivir, sino que antes bien rompe la armonía y produce un horrible desconcierto, de que á todo trance es preciso escapar.

Ivan se aplicó á buscar el remedio: lo único que infundía respeto á Praskovia Fedorova era su cargo: escudóse, pues, en los deberes de él dimanantes para resistir á la dama y recabar su independencia.

Nació el hijo, y las tentativas infructuosas para amamantarle; las dolencias reales ó

imaginarias de la madre y del hijo, que reclamaron la intervención de Ivan Iliitch, sin que supiera él lo que debía hacerse, junto con otros trastornos y complicaciones que le abrumaban á cada paso, forzaronle imperiosamente á huir del hogar.

Cuanto más irritable y exigente era su mujer, tanto más iba convirtiendo el centro de gravedad de su existencia hacia las funciones de su empleo. Enfrascábase solícitamente en las tareas profesionales, y fué ambicioso como no lo había sido nunca.

Pronto, á poco de cumplirse el año de matrimonio, echó de ver que la vida casera, con ofrecer algunas ventajas, era en verdad, cosa complicadísima, excesivamente molesta, y que para mantenerse en el cumplimiento de su deber, es decir, para observar una conducta concorde con su estado y con los convencionalismos de la sociedad, era imprescindible sujetarse á una norma como en los trabajos de su profesión.

No tardó en aplicarla al trato y correspondencia entre marido y mujer: desempeñaría ella sus funciones de dueña de casa; cuidaría que no le faltasen regalos en la mesa, ni comodidades en la alcoba, y respetaría sobre todo, las apariencias de que tan celoso

se muestra el público. Regulada así su intimidad, aprovechaba y agradecía cualquier expansión que se le brindase, y al menor peligro de que sobreviniese un choque, al oír la más leve censura, corría á refugiarse en el ejercicio de su cargo, que le devolvía la calma y la quietud.

Teníase en tanta estima al magistrado, que tres años después se le nombró suplente. La importancia de sus nuevas atribuciones; la facultad de requerir por un simple auto y meter en la cárcel á quien mejor le pareciese; la resonancia de sus discursos, y los aplausos que obtuvo, todo ello sirvió para que se aficionase más y más á su carrera.

Sucedieron los hijos; y su mujer tenía cada vez más áspero el carácter y más ruín; pero con la regla establecida para el gobierno de su casa, sentíase casi invulnerable Ivan.

A los siete años de residencia en el mismo pueblo se le envió, con la investidura de fiscal, á otra provincia. Trasládronse allá, pero escaseaba el dinero, y el nuevo destino tenía disgustada á su mujer. Verdaderamente, el sueldo había aumentado, pero las necesidades también; la vida era más cara. Y para

colmo, murieron allí dos niños. La intimidad pesó sobre su alma más aún.

Como todas estas desgracias ocurrieron en la nueva población, echaba Praskovia la culpa á su marido. No podían hablar los cónyuges, sobre todo, tratando de la educación que debía darse á los hijos, sin que el palique degenerara en disputa.

De cuando en cuando reverdecía el amor en sus espíritus; pero estos períodos de ternura eran efímeros y fugaces: á manera de islotes en que se detenían de arribada, sentíanse á poco perdidos en un océano de reconcentrado odio, odio que no se adivinaba sino por el alejamiento en que vivían; por la división cada vez más honda.

No le causaba pesadumbre á Piitch este divorcio triste de dos almas, porque lo creía irremediable, fatal. Habíase acostumbrado á semejante situación, que ahora le parecía no sólo normal, pero muy favorable para poner en juego todas sus energías morales, para ejercitar libremente las luces de su entendimiento. Propendía á ahogar hasta el germen de todas aquellas inquietudes domésticas, que eran para él ya de orden inferior, desviándolas de sí, dándoles un giro inofensivo y cómodo: y lo conseguía mermando, ha-

ciendo más raros de hora en hora los instantes y las atenciones que dedicaba á los suyos. Si no podía eludir el compromiso de acompañar á su mujer, componíaselas de modo que no faltasen nunca en la tertulia personas extrañas.

Lo primordial, lo importante, lo que constituía todo el encanto de su existencia, absorbiendo todos los bríos de su alma, era la profesión.

El convencimiento de que tenía un poder entre las manos, con el cual podía decretar la pérdida del más alto al más humilde; su propio prestigio, que bien á ojos vistas estaba cuando penetraba en el tribunal, donde tenía tantos subordinados; el aprecio de los jefes, el respeto de los inferiores, motivos suficientes eran de satisfacción. Añádase á ésto la charla con los colegas, los convites y banquetes, el wist, y se comprenderá cómo su existencia iba deslizándose tal cual él la apetecía: cómoda y agradablemente.

Así transcurrieron siete años más. La hija mayor frisaba á la sazón en los dieciséis; habían perdido otro hijo, y no les quedaba otro muchacho que un colegial, interminable objeto de apasionadas discusiones. Ivan Iliitch deseaba que entrase en la Escuela de

Derecho, y Praskovia Federovna, por darle en la cabeza, puso á su hijo en el colegio. La hija, educada en casa, estudiaba con ardor; el colegial no era menos aplicado.

III

De este modo vivió Ivan Iliitch durante diecisiete años de matrimonio; continuaba desempeñando su cargo de fiscal porque, en expectativa de conseguir destino de mayor importancia, habíase obstinado en rehusar las mejoras de traslado que se le ofrecían, cuando ocurrió un incidente enojoso que vino á perturbarle y á romper la dulce monotonía de su existencia. Confiaba él en que le nombrasen presidente de una audiencia, y sin que se sepa cómo se las compuso Hoppé, es lo cierto que le suplantó, ganándole la mano y la plaza. Irritóle ésto á Ivan, se desató en improperios contra su contendiente; se malquistó con los jefes, que le miraron desde entonces con el ceño fruncido; y en la primera combinación dejáronle fuera de turno.

Fué en 1880, año de prueba para él. Por

una parte, con lo que ganaba no tenía suficiente para cubrir sus gastos; por otra, mientras pensaba él que se le trataba con notoria é imperdonable injusticia, parecíale á los otros que aquello era lo más natural del mundo. Ni su padre estimó oportuno ayudarle en tal coyuntura. Lamentaba que le abandonaran sus amigos, á quienes parecía su situación (contando con tres mil quinientos rublos de sueldo), no sólo desahogada, sino brillante. Sólo él sabía que, devorando las tremendas injusticias que envenenaban su espíritu, mordido constantemente por el áspid de su mujer, obligado á contraer deudas para soportar un tren superior á sus recursos, sabía él solo que, ciertamente, aquella situación estaba bien lejos de ser normal.

Cuando llegó el estío, buscando economías solicitó una licencia y se trasladó al campo con los suyos, refugiándose en casa del hermano de Praskovia Federovna.

Pesábale el ocio, la inactividad en que allí vivía, y comprendiendo que le era imposible seguir cruzado de brazos, tras una noche de insomnio, pasada en pasearse por la azotea, determinó tomar un acuerdo radicalísimo: fué éste el de dirigirse á Petersburgo para intrigar, para vengarse de los

que no supieron ver sus méritos; pasaría á otro ministerio donde le apreciaran mejor.

Y al día siguiente, sin hacer caso de las objeciones de su esposa y de su cuñado, partió para la capital.

Sólo pensaba pedir un destino de cinco mil rublos, en cualquier parte, fuese en el ministerio que fuese, y aunque tuviera que sacrificar sus opiniones. No quería sino una plaza de cinco mil rublos, en administración, en hacienda, en ferrocarriles, en las fundaciones de la emperatriz María (1), en aduanas, donde quiera, con tal que los cinco mil pasaran á sus bolsillos. De todos modos, decidido estaba á saltar de un ministerio donde no se le hacía justicia.

Y es lo bueno que el viaje de Ivan tuvo un éxito admirable, inesperado.

Subió en Kursk al departamento de primera, uno de sus íntimos, Iliine, y le enseñó un telegrama que acababa de recibir el gobernador anunciando la próxima sustitución de su ministro. A Stepan Gregorievitch, sucedería Ivan Semionovitch. Este cambio, además de la importancia que tenía para Rusia, era de trascendente significación para

(1) Colegios para doncellas,

Iliitch, dado que llevaba al poder á un nuevo personaje, Piotr Petrovitch, y seguramente á un amigo del último, Zakhar Ivanovitch, camarada de Ivan: aquella circunstancia no podía serle más favorable, por tanto.

Confirmósele la noticia en Moscou. Y no hizo más que llegar á Petersburgo y avistar se con Zakhar Ivanovitch, quien le prometió la suspirada reparación sin que tuviera que abandonar el ministerio. Ocho días después telegrafaba á Praskovia: «Zakhar reemplaza á Muller; primera combinación, nombramiento seguro».

Ivan Iliitch, adelantó tanto en su carrera, gracias á esta crisis, que de golpe, quedáronse unos dos grados á la zaga sus compañeros de promoción: cinco mil de sueldo, y tres mil para utensilio. Templóse su rencor contra los enemigos de la víspera y contra el ministerio, y se consideró enteramente feliz.

Volvió al campo, despierto y alegre como no se le había visto desde mucho atrás. Praskovia Federovna participó de aquel gozo, y entre los cónyuges quedó restablecida la paz.

Contaba Ivan la honrosa acogida que se

le había dispensado en Petersburgo, y la confusión de todos sus enemigos que procuraban ahora congraciarse con él, y sus celos y sus envidias, y lo bien que le consideraban en altas esferas. Y Praskovia le oía atenta, fingiendo creerle, sin contradecirle en lo más mínimo, limitándose á formar proyectos y proyectos para su instalación en la ciudad donde se les destinaba.

Reconocía placenteramente Iliitch que las ideas de su mujer estaban de acuerdo con las suyas, y que su existencia un momento alterada, recobraría en breve su curso normal, con todas sus comodidades y distracciones.

No había regresado sino para poco tiempo. El 10 de Septiembre érale forzoso tomar posesión de su destino. Necesitaba también algunos días para levantar la casa en la provincia donde vivieron hasta entonces; para hacer infinidad de compras y de encargos; finalmente, para instalarse tal como estaba convenido entre su mujer y él.

Ahora que todo salía á pedir de boca y que tan bien se avenía con su compañera: ahora que su trato no era tan frecuente, sus relaciones cobraron un carácter de cordiali-

dad, que no habían tenido ni aun en las horas más felices de su matrimonio.

Ivan pensó de pronto llevarse á toda la familia; pero cediendo á las súplicas del hermano y de la cuñada, convertidos como por ensalmo en amables y cariñosos parientes, se marchó solo.

Partió, y ya no le abandonó un instante el buen humor que habían despertado en su alma el triunfo obtenido y la reconciliación amorosa á la par. Dió con una casa lindísima, justamente como la soñaran los dos: salones altos y amplísimos, conforme se construían antes; gabinete cómodo y despejado; cuarto para su mujer y para su hija; salita de estudio para el colegial; todo estaba distribuído como de encargo para ellos.

Ivan trabajó por sí mismo en el arreglo y decorado; escogió los colores, compró los muebles, casi todos de lance, aunque procuró imprimirles cierto sello de chabacana distinción. Poco á poco iba tomando aire el conjunto, y realizándose su ideal. A la mitad de la tarea ya sobrepujó el éxito á las esperanzas concebidas. Representábase el aspecto lucido, elegante, no del todo vulgar, que tendría su alojamiento una vez terminada su labor.

Cuando se metía en cama pensaba en su salón, y examinándolo, despierto, á medio concluir, veía ya en su sitio la chimenea, el biombo, el aparador, las butaquitas diseminadas aquí y allá, las porcelanas superpuestas en las paredes, y las estatuitas y los bronces que debían adornar los ángulos. Regocijábase pensando en la sorpresa que tendrían Pascha y Lisanka, las cuales, preciso era confesarlo, no carecían de gusto. «No esperan, de fijo, encontrarse con ésto; ¿cómo han de pensar que haya tenido la suerte de adquirir, en precios acomodados, muebles antiguos que dan á las habitaciones un aire particular de nobleza?» Hablaba en sus cartas de todo aquello con cierta expresión de disgusto, para que la sorpresa fuese más viva.

Absorbíanle de tal modo estos cuidados, que hasta sus funciones curialescas, con ser toda su pasión, le preocupaban mucho menos de lo que hubiera creído. Distraíase frecuentemente durante las audiencias, pensando qué juego de pabellones pondría á los cortinajes, de qué forma y de qué color. Estaba tan metido en el arreglo, que ponía muchas veces manos á la obra, colocando y removiendo los muebles y colgando las cortinas.

Hallábase cierto día subido sobre un escabel para indicar al tapicero como deseaba los repliegues de la colgadura; dió un paso en falso y poco faltó para que cayera de bruces; pero agil y vigoroso, logró sostenerse en pie. No hizo más que chocar de costado con la falleba de hierro. Resintióse del golpe algunos días, pero al cabo desapareció el dolor con la magulladura. Ni su salud ni su carácter variaron poco ni mucho. Escribía: «Siento que estoy quince años rejuvenecido».

Confaba terminar en Septiembre; pero se entretuvo hasta mediados de Octubre. Eso sí, todo estaba alhajado maravillosamente, y no era porque lo declarase él, que así opinaban cuantos lo veían. A decir verdad, la casa no ofrecía más particularidades que las de otras muchas, en que gentes de medio pelo se desviven por imitar á los ricos, y las cuales, con efecto, no consiguen sino imitarlos: colgaduras, ébanos, flores, tapices, bronce, de un tono entre sombrío y chillón; en fin, cuanto los individuos de una cierta clase se procuran para parecerse á los individuos de otra cierta clase. En aquellas habitaciones parecía todo tan bien, que nada

merecía fijar la atención, aunque á él todo se le antojara original.

Llegaron los suyos; fué á esperarles en la estación y les condujo en seguida al hogar limpio y resplandeciente. Abrióles la puerta del vestíbulo, adornado de flores, un lacayo con corbata blanca, y corrieron á ver el salón y el gabinete; admirándose á cada paso, todo se les volvía abrir la boca para decir: «¡ah!» y complacido de los elogios, Ivan les llevaba de un lado á otro, placentero, radiante de alegría.

Tomando el té, aquella misma velada, Praskovia Federovna le preguntó cómo había caído, y él soltó el trapo, y cuando hubo contenido la risa, explicó gesticulando el resbalón y el susto del tapicero.

—No me precio de ser gimnasta, pero para otro, la caída hubiera sido mortal; no hice más que magullarme un poco, aquí... cuando aprieto me duele, pero no vale la pena, ya se me marcha: nada, una rozadura.

IV

Y comenzó la vida en la nueva morada, donde faltaba una pieza—siempre al cabo de

algún tiempo se nota la falta de una habitación,—y con nuevos ingresos, en que faltaban también algunos rublos: con quinientos más, la dicha hubiera sido completa.

Al principio todo fué á pedir de boca. No estaba ultimado el arreglo: había que comprar ésto, que hacer aquel otro encargo, que afinar tal cosa, y poner en distinto orden lo de allí; surgían algunas diferencias entre marido y mujer, pero estaban tan encantados, y tenían tanto en qué ocuparse que no pasaban nunca á mayores.

Pero así que se les acabó la tarea, y el poner las cosas en ésto ó en el otro sitio, empezó el aburrimiento. Sentían que les faltaba algo. Sólo que entonces trabaron nuevas amistades, volvieron á sus costumbres, y ya hubo distracción.

Pasaba Iliitch las mañanas en el tribunal y volvía á la hora de comer. En los primeros días siempre estaba de buen humor, aunque no faltaban disgustos y rabietas, siempre por culpa de la casa. (Una mancha sobre la alfombra, sobre los tapices; un cordón de cortina roto; el más leve defecto, le irritaba. ¡Se había tomado tanta molestia, que el menor desorden le hacía

daño!) Pero, así y todo, su vida era lo que debía ser: regalada, dulce, risueña.

Levantábase á las nueve, tomaba café, leía el periódico, poníase su toga, y al tribunal. Y allí, su cabeza, acostumbrada al yugo, se doblaba fácilmente. Los abogados, los informes, los asuntos de su despacho, las audiencias públicas, las entrevistas para tratar asuntos administrativos, tantas y tantas cosas como pesaban sobre él, y para resolver las cuales era preciso ante todo desprenderse de toda preocupación que influyera en el ánimo, y lo perturbara, cuando tan sereno debía estar para resolver tan complicados negocios, atareábanle: no podía sostener y no sostenía, en efecto, otras relaciones con el público que las puramente oficiales.

Se presenta, por ejemplo, uno que pide datos sobre lo que en tal ó cual caso debe hacer; particularmente, Ivan Iliitch no ha de oponerle ninguna objeción; pero si el hombre se dirige al magistrado, en forma que entre éste y aquel medie la barrera del papel de oficio, entonces Ivan Iliitch, procederá como le dicte su conciencia de juez, sin que por ello pierda en el tono ni la ex-

presión su afable cortesanía, su indiscutible amabilidad.

No había otro que le sobrepujara en lo de mantener infranqueable la línea que separaba sus deberes profesionales, de los compromisos que pudiera adquirir como hombre privado. Y para probarse á sí mismo, solazábase no pocas veces en confundir su doble naturaleza, en repasar el límite, lo cual podía hacer impunemente por su experiencia y por su talento, ambas á dos cualidades indiscutibles. Y se complacía en este juego, siempre dejando á salvo su fama de hombre íntegro.

Fumaba, tomaba té, charloteaba, tratando de política; de cosas y negocios indiferentes; de los partidos jugados ó por jugar; y con preferencia, de los nombramientos hechos ó por hacer, durante el espacio que su tarea le dejaba libre y dueño de sí. A la postre, fatigado como un profesor de orquesta que acaba de ejecutar magistralmente su programa, retirábase á su domicilio. En él, madre é hija, cuando no recibían visitas, de visiteo andaban, mientras el zagalón, si no era hora de clase, repasaba con los auxiliares sus lecciones, que estudiaba con notable aprovechamiento.

Todo iba como una seda. Si no le importunaba nadie, presentándose en su casa después de comer, leía el libro que estaba en boga, y por la noche enfrascábase en sus estudios, ó lo que es lo mismo, hojeaba legajos y más legajos, compulsaba el código, desentrañaba ó comparaba deposiciones, y para cada asunto, bien podía ser complicado y distinto, daba con la aplicación que en ley merecía, razonable y justicieramente.

No le regocijaba, pero tampoco le aburría semejante ocupación. Claro, que hubiera preferido pasar el rato jugando al wist, pero no teniendo con quien concertar las partidas, preferible era entretenerse como queda dicho, es decir, con sus fojas y papeletes, que no estarse con las manos cruzadas, ocioso, ó animando la tertulia de su mujer.

Las comilonas entre íntimos eran su más vivo deleite: invitaba á los personajes de ambos sexos más distinguidos en sociedad. Estas distracciones recordaban las distracciones de las gentes distinguidas; del mismo modo que su estrado era mezquina copia de los estrados regios.

Ocurriósele cierta vez dar una velada con todos los honores de tal. Se bailó. La fiesta habría sido completa para Iliitch á no amar-

gársela una disputa que surgió entre los cónyuges con motivo de unos confites y unas empanadas. Sin hacer caso de la opinión de Praskovia, encargó él á un confitero muy caro todo el servicio de repostería, y en no despreciable cantidad: la cuenta subió á cuarenta y cinco rublos. La discusión fué viva y agria; tratóle ella de necio y de maniático, que no había por donde cogerle; y él, apretándose la cabeza con las manos, soltó, hosco y ceñudo, la palabra «divorcio».

Pero no por eso fué la velada menos deliciosa y agradable. Distinguida reunión llenaba sus salones, tanto, que Iliitch pudo bailar con la princesa Troufonova, hermana de la célebre fundadora de aquella sociedad que se conocía con este nombre sugestivo: «*Llévate mis penas*».

Hallaba en el ejercicio del cargo íntimas satisfacciones de amor propio, y en el trato de la gente encopetada motivos de vanidad y orgullo. Pero los goces más intensos procurábenselos las cartas. Confesaba que, después de una borrasca, de un disgusto intolerable, sentía placer sin límites, y aun se le serenaba y se le enardecía el espíritu, sentándose con probados jugadores y compañeros discretos á barajar un wist de cua-

tro (el de cinco no es tan divertido, aunque se responda por cortesía: «me gusta»); un juego formal é inteligente (cuando se está de vena) tiene sus encantos, sobre todo si al juego sigue la cena rociada con vinos exquisitos. Se retira uno entonces á dormir, satisfecho y alegre, y si va en el bolsillo alguna ganancia (corta, desde luego, porque el mucho ganar tampoco resulta muy agradable), miel sobre hojuelas.

De este modo pasaban sus días: era su sociedad de lo mejorcito y granado: reuníanse en su casa grandes personajes y jóvenes avispados. El padre, la madre, la hija, medían por el mismo rasero á sus relaciones, y los tres, sin ponerse de acuerdo, rivalizaban en la maniobra de alejar á parientes pobres y amigos humildes que iban á visitarles solícitos, melosos, derramando ternura en aquel salón tan cuco, tan lleno de porcelanillas japonesas: todos ellos se retiraban poco á poco, y al fin los Golvine no recibían más que á la flor de la sociedad.

Los mozos mariposeaban en torno de Lisanka; uno, especialmente, Petrichtchev, juez de instrucción, hijo de Dmitri Ivanovitch Petrichtchev, heredero único de su fortuna, la cortejaba con asiduidad; por lo que

Ilich decía á su mujer que acaso fuera oportuno pasear juntos en troika, ó si eso no, organizar una representación casera.

V.

Gozaban todos de excelente salud. Quejábanse de cuando en cuando Ivan, no se sabía de qué: mal gusto de boca: algo que le incomodaba en el lado izquierdo, hacia el vientre; pero, en suma, aquello no podía llamarse indisposición.

Sin embargo, el malestar aumentaba de día en día, y sin caracterizarse precisamente como dolencia, la pesadez en el costado iba siendo constante y fastidiosa, hasta el punto de quitarle el humor y agriarle el genio. Turbóse la buena inteligencia que reinaba entre los Golvine. Las disputas, cada vez más frecuentes, dieron al traste con aquella existencia plácida y risueña, y con mucho esfuerzo pudo conservarse el decoro ante el público.

Las cuestiones, no tenían fin; muy de claro en claro reaparecían las isletas en que

los cónyuges podían detenerse un momento á reposar sin sacarse los ojos. Decía, y no sin razón, Praskovia Federovna, que era insoportable el carácter de su marido, por su manía de exagerarlo todo; agregaba que aquello era el cuento de toda la vida, y que había necesitado de toda su bondad de alma para soportarle veinte años, sin tregua alguna. Verdad era que ahora las riñas partían de él.

Por lo común, refunfuñaba antes de sentarse á la mesa, y muchas veces, al empezar la comida y servirse la sopa; cuando no porque veía la vajilla desportillada, porque la salsa no le parecía bien; ahora porque su hijo se apoyaba de codos en la mesa, después por el peinado de su hija: y siempre, tuviera ó no culpa su mujer, recriminaba á Praskovia.

Al principio, Praskovia se las tuvo tiesas, y alzó el gallo. Pero le vió tan arrebatado y furioso, á la segunda vez que quiso contradecirle, que cambió de táctica: sometióse, comprendiendo que se trataba de una crisis nerviosa, y que influía en la irritación (se exacerbaba al ponerse á comer), el efecto producido en su organismo por los alimentos. Callábase, procurando acelerar la comi-

da, que las más veces se hacía á paso de carga.

Meritorio le parecía humillarse. Convino en que por su temperamento irascible, convertíala en víctima el marido, y pensando en su extrema desventura, de sí misma se condolió, entendiendo que tan amarga era su suerte como injusta. Pero con tanto compadecerse, ocurrió que vino á detestar á su esposo. Habría deseado que se muriese, si perdiéndole á él no perdiera á la par su sueldo. La necesidad de tenerle vivo hacía que le odiase con más fuerza. Teníase por la más infeliz de las mujeres, precisamente porque no le convenía que la muerte la liberase de aquella esclavitud: y se exasperaba, ahogando la sorda irritación que sentía y que era, por lo mismo, más terrible y más intensa.

Después de uno de aquellos arrebatos furiosos, en que la injusticia con que procedió Ivan fué más notoria que nunca, lo que reconoció él mismo, excusándose con los transitorios de sus achaques, Praskovia le aconsejó que, si estaba enfermo, consultara á un médico afamado.

Y fué. Y sucedió lo que él había previsto, lo que ocurre siempre en tales casos: la antesala, y el talante enfático del doctor, ges-

to que le era tan familiar, era su misma actitud de magistrado, y los golpecitos, y la auscultación, y las preguntas que desde luego provocan respuestas precisas, inútiles y por lo tanto oídas como quien oye llover, y el aire de gravedad, que indica con bien claro pensamiento: «anda, cliente, déjalo por mi cuenta: aquí se pondrá la cosa en claro: de antemano sé á qué atenerme, y nadie ignora como se arreglan estos asuntos: siempre igual, aunque no sea igual la complexión. Nada nos importa el temperamento».

Hubiérase dicho que estaban en el tribunal. Los ademanes que él empleaba ante los acusados, empleábalos el doctor ante los enfermos.

El médico, decía:

«—Ésto y ésto, descubre que padece usted ésto y ésto; pero si resultara lo contrario, entonces, según los descubrimientos de tal ó cual, tendríamos que admitir que se trata de aquello ó de lo otro, y si se supone lo de más allá, entonces...»

Y así sucesivamente.

Sólo un punto interesaba á Iliitch: ¿su estado era grave, sí ó nó? Pero el médico no hizo caso de esta pregunta á todas luces in-

conveniente. Para su criterio de médico era tan ociosa semejante cuestión que no merecía discutirse. Diagnóstico diferencial, bazo flotante, catarro crónico, afección del píloro... Llegaba á tiempo.

En cuanto á si estaba ó nó en peligro la vida de Ivan Iliitch, ni una palabra.

Surgía la duda entre si era el bazo ó era el píloro lo fundamental; al cabo de la discusión sostenida en presencia de Iliitch, decidióse el doctor por el píloro, argumentando brillantemente, aunque con la reserva de que el análisis de la orina no diese otros datos, porque entonces sería preciso proceder á nueva consulta.

Lo mismo que hacía Ivan cien veces al día con los acusados, ¡y con cuánta habilidad! Tan admirable y fácilmente como el médico *recitó* su resumen, mirando con mirada avasalladora, por encima de sus anteojos, al reo.

Ivan sacó en consecuencia, oyéndole, que la cosa no marchaba como un reloj, y que al facultativo, y menos que al facultativo al mundo entero, maldito si le importaba que marchase ó no marchase.

La conclusión le produjo penosísimo efecto; miróse á sí mismo con lástima y piedad,

y se sublevó su ánimo contra los médicos, que con tamaña indiferencia atendían asunto de tan capital interés.

Pero se contuvo. Levantóse, echó una moneda sobre el tapete, y dijo, suspirando:

—No hay duda que los enfermos, de indiscretos pecamos á menudo; perdone... ¿mi enfermedad es grave, sí ó nó...?

Miróle severamente y de nuevo por encima de sus anteojos, el doctor, como diciéndole:

«Acusado: mandaré que le saquen de estrados si continúa apartándose de la cuestión».

—Le he dicho á usted —contestó,—lo que me ha parecido oportuno y conveniente... Un segundo reconocimiento confirmará ó modificará el diagnóstico.

Y el médico se inclinó.

Salió Ivan con paso perezoso, montó tristemente en el trineo, y volvióse á casa. Repasaba durante el camino las razones del doctor, queriendo aclarar toda aquella hojarasca científica, y traducirla al lenguaje llano, para ver si daba con algún indicio que conviniera á esta pregunta: «¿estoy enfermo, muy enfermo, ó no hay nada aún?»

Le parecía, sin embargo, deducir de todo

lo expuesto por el doctor, que la cosa iba de veras. Todo lo que veían sus ojos á lo largo de la calle parecíale triste: los *izvochtchiks* pasaban taciturnos; las casas y los comercios tenían un aspecto lúgubre. Su mal, sordo, implacable, le tiranizaba sin pausa ni descanso, y las palabras ambiguas del médico adquirían funesto sentido en fuerza de rodar por su mente. Era penosa la sensación que atormentaba á Ivan Iliitch, y tan rara, que le parecía oír el eco de su dolor, como si el paciente fuera otro y se hallara dentro de él.

Habló de todo esto, cuando estuvo en casa, á su esposa. Escuchábale ella con atención, cuando cortó el relato la hija, que entraba afirmándose el sombrero, dispuesta á callejear con su madre. De mal talante, se sentó para resistir la carga; pero ni una ni otra llevaron su paciencia hasta lo último.

—Bien, bien; estoy satisfecha—interrumpió Praskovia Federovna.—Ahora sólo falta que te cuides, que tomes con regularidad los medicamentos. Dame la receta; Guerassim irá en un salto á la botica.

Y salió, porque tenía que vestirse.

Había hablado Ivan sin tomar aliento,

mientras vió á su mujer delante; cuando estuvo fuera exhaló un hondo suspiro.

—¿Quién sabe?—se dijo.—Puede que no sea más que aprensión mía.

Aplicóse los remedios prescritos, y siguió también al pie de la letra las instrucciones indicadas más tarde, con arreglo al análisis de la orina. Pero sucedió que, precisamente después de tal análisis y de las enmiendas que impuso en el tratamiento, se acentuó el desorden. No se tildará al médico, porque ¿quién duda que sus consejos se interpretaron torcidamente? También acaso, ó por olvido ó por negligencia, no explicó con toda claridad lo que era preciso hacer, y aun resulta verosímil que se le hubiera quedado algo en el tintero.

Sea de ello lo que fuere, Ivan Iliitch no se apartaba un ápice de lo recetado, lo cual le tranquilizaba hasta cierto punto. Desde su visita al doctor, todo su afán era sujetarse á su régimen higiénico y curativo, seguir el curso de su dolencia, observar todas sus funciones orgánicas. Lo que más interés tenía para el enfermo era el estudio de los que discurrían á su alrededor, sanos ó morbosos. Fijábase en los valetudinarios, en los muertos, en los convalescientes; y sobre todo, si

se hablaba de alguna enfermedad parecida á la suya, aguzaba el oído, procurando reprimir su emoción, y hacía preguntas y preguntas y comparaba en silencio los síntomas de su mal con los del otro.

Aquel pícaro mal no disminuía; pero Iliitch se esforzaba en creer que iba mejorando. Podía forjarse tan candorosa ilusión mientras estaba tranquilo; pero al primer altercado con su mujer, al menor contratiempo en el tribunal, por una mala jugada al wist, despertábase el dolor dormido, señalando toda su intensidad, sañudo, cruel. Soportaba antes estas contrariedades con la esperanza de que la crisis se presentaría de un momento á otro, venciendo los obstáculos, y decidiéndose rápidamente por el triunfo; pero ahora el más leve tropiezo le aniquilaba y en la desesperación le hundía.

Decíase: «Empezaba á mejorar, y el tratamiento producía los efectos apetecidos, cuando esta maldita desgracia, ó este disgusto...» Y se revolvía colérico contra las cosas ó contra las gentes que le acosaban, que le ayudaban á morir.

Comprendía, en efecto, que la cólera le mataba, pero le era imposible contenerse.

Bien pudiera comprender que el irritarse

contra hechos y personas, que no le habían puesto en semejante estado, sólo servía para que su mal se exacerbaba; mejor fuera no hacer caso de semejantes pequeñeces. Pero nada de eso; conducíase del peor modo posible: que necesitaba calma y quietud demasiado lo sabía; no se le ocultaba tampoco el remedio para vivir tranquilo: y sin embargo, acalórabase por lo más fútil.

Hábale dado por leer tratados de medicina y por multiplicar las consultas: con todo ésto se agravaba su mal; aunque tan lenta y paulatinamente, que bien podía comparar sin diferencia visible su estado de la víspera con el de hoy. Sólo cuando se avistaba con los doctores le parecía que la cosa no podía ir peor y á más correr, con celeridad vertiginosa. Pero no por ello cortaba sus visitas al médico.

Ultimamente había visitado á otra celebridad que se expresó como las anteriores, si bien presentando en distinta forma sus preguntas. La nueva consulta no hizo más que aumentar la incertidumbre y el temor de Ivan.

Cierto médico estudioso y competente, amigo de uno de sus camaradas, diagnosticó con opuesto dictamen al de las eminencias

consultadas, y aunque no dejó de afirmar que el paciente curaría, sus hipotéticas palabras acabaron de confundirle, dejándole más perplejo que nunca.

Distintamente habló un homeópata, ordenando ciertos glóbulos que tragó Iliitch ocultamente durante ocho días. Pero al cabo de ellos, como no se encontrara mejor y hubiera perdido toda confianza en el régimen observado hasta allí, cayó su espíritu en negra y honda melancolía.

Contóle cierto día la mujer de uno de sus amigos un caso de curación obtenido empleando amuletos. Ivan escuchaba atentamente, y pesaba y contrapesaba en su entendimiento la posibilidad del hecho. Horrorizóse, pensando que hubiera podido caer en semejante preocupación.

—¿Hasta ese punto están debilitadas mis facultades mentales? decíase. En realidad no es tan triste mi estado; es una majadería tomarlo tan á pechos. Ni conviene ser pesimistas. Desde hoy me pondré en manos de un solo facultativo, y me someteré á un tratamiento único. No quiero atormentarme más, neciamente. Empleemos el mismo régimen hasta el verano. Después se verá. Se acabaron las dudas.

Era más fácil decirlo que hacerlo. El dolor al costado seguía importunándole vivo y pertinaz; aquel extraño gusto de boca no había medio de combatirlo; escapábasele, no sabía de donde, un hedor fétido, y perdía el apetito y las fuerzas á la par. Imposible equivocarse: algo terrible, insólito, extraordinario pasaba en su naturaleza; y sólo para él era clara, luminosísima, aquella crisis. Los que le rodeaban nada veían, si no es que se obstinaban en cerrar los ojos, en creer que no había cambiado sobre la tierra cosa alguna. Torturábale ésto más que su propia dolencia.

Los suyos, su mujer y su hija sobre todo, entregadas con ardor al visiteo, maldito si se enteraban, bien lo veía, de aquel misterio terrible. Impacientábanse, revolvíanse sordamente contra su aire sombrío y taciturno, y contra lo que tenían por importunas y voluntariosas exigencias, como si fuera su gusto sentirse mal y sufrir.

Por mucho que lo disimularan ellas, comprendía que era carga enojosa para las mujeres. Praskovia Federovna tenía su opinión formada acerca de la enfermedad, y á su opinión se atenía, hiciera ó dijese lo contrario.

—Ivan Iliitch—explicaba á sus amigas—no quiere sujetarse, como haría todo hombre juicioso, al tratamiento que se le prescribe... Hoy, por ejemplo, sorbe sus gotas, come lo que se le manda, y se acuesta temprano; pero mañana, á poco que me descuide yo, olvidará su medicina, comerá sollo (á pesar de tenerlo prohibido), y se entretendrá jugando al wist hasta la una de la madrugada.

—¿Y cuándo hice semejante cosa?—repliqué airado Ivan.—Sólo una vez en casa de Piotr Ivanovitch...

—¡Y ayer con Schebek!

—Porque me tenía desvelado el mal.

—¿Qué importa el motivo...? El asunto es que así no te curarás nunca ni dejarás de atormentarnos.

Estaba convencida Praskovia Federovna, decíalo á todo el mundo, sin ocultárselo por cierto á Ivan, que la tal dolencia no era más que pura invención de su marido, empeñado en amargar sus días. Ganas de fastidiarla, en fin. Comprendía él que hablaba sinceramente, pero no por eso sentíase mejor.

En la audiencia, antojábasele que sus compañeros observaban parecida conducta; que se le tenía por hombre al agua, esperando que su plaza quedara vacante luego con lue-

go. Gastábanle bromas sus amigos, hablando de sus lúgubres presentimientos, como si aquello tan espantoso, tan extraño que le roía las entrañas y le arrastraba irresistiblemente al fondo de no sabía qué abismo, no fuera más que motivo de burla y chacota; Schwartz, como nadie, con su buen humor, su exhuberancia de vida, y su aire distinguido, cosas todas que le recordaban lo que él mismo era diez años atrás, le ponía fuera de sí.

Presentáronse en su casa cierta tarde los amigos con intento de jugar una partida. Sentáronse; dióse cartas; los oros aparecieron juntos: habían siete; reteniendo dos de este palo su compañero, anuncia: «sin arrastre». ¿Qué más se necesitaba para sentirse alegre y satisfecho...? ¡Schelem...! (1) Pero sintiendo de pronto Ivan la punzada dolorosa, el gusto amargo, parecióle soberanamente ridículo regocijarse por el dichoso schelem.

Clavó la mirada en su compañero, Mikail Mikailovitch, quien repiqueteando sus dedos sanguíneos en la mesa, y absteniéndose de levantar las cartas, empujólas amable y com-

(1) Lo que significa hacer todas las bazas.

placientemente hacia él, Ivan Iliitch, como para que se diera el gusto de cortarlas.

«¿Pero qué se figura este tonto? ¿que no tengo fuerzas para alargar el brazo?» pensó Ivan.

Y sirve los triunfos, dando uno de más. Perdieron el schelem por tres bazas. Y lo terrible fué que mientras se irritaba Mikhaïlovitch, por el fracaso, permanecía él indiferente... ¿No era semejante impasibilidad un síntoma de los más espantosos?

Reflejóse de tal manera este pensamiento en su cara, que leyéndolo claramente los otros, y queriendo evitarle la pesadumbre, dijéronle:

—Podemos suspender la partida, si está usted fatigado. Descanse.

«¿Descansar? Nó; no siento cansancio; puedo acabar el rob (1) muy bien».

Quedaron todos silenciosos, graves. ¿Y quién era la causa de aquella situación embarazosa y sombría, sino él, Ivan? Claramente se le representaba, y lo peor era que nada podía hacer por evitarlo.

Retiráronse, después de cenar, los camaradas, y quedó solo Iliitch, con la certidumbre

(1) O robre. Es el juego á dos partidos.

de que estaba envenenada su existencia, y de que su estado influía fatalmente en la de los demás; ¡ay, qué triste! Lejos de combatir las pócimas aquel veneno iba infiltrándose en todo su sér.

Agobiado por estas lúgubres ideas; lleno de espanto, sin poder resistir aquel irritante dolor físico, no tenía más remedio que meterse en cama á menudo, para pasar desvelado la mayor parte de la noche. Y por la mañana era imprescindible levantarse de nuevo; vestirse, concurrir al tribunal, hablar, escribir... y si no salía, contar dentro de casa, una por una, veinticuatro horas, mortales, lentas en el correr, infinitas como su angustia. ¡Y vivir así, oh Dios, un día y otro día, al borde del abismo, sintiéndose resbalar en él, sin que nadie pudiera comprenderle ni compadecerle!

VI

Transcurrieron así unos dos meses. La víspera de año nuevo presentóse en su casa el cuñado de Ivan Iliitch. Praskovia Fede-

rovna estaba de compras, y su marido en el tribunal. Cuando regresó Ivan encontró á su pariente, hombre vigoroso y sanguíneo, desahaciendo el equipaje.

Levantó, al oír los pasos de Iliitch, la cabeza, y le contempló un segundo sin decir palabra. La mirada habló por él y con sobra de elocuencia. Abrió la boca el cuñado para soltar un «¡ah!» expresivo, pero se contuvo. El gesto completó la obra.

—¡Qué, me encuentras cambiado! ¿verdad?

—Sí... hay cambio, en efecto.

Y á pesar de cuantos esfuerzos hizo Iliitch para que continuara la conversación, el otro buscó una excusa para dejarle.

Al llegar Praskovia, el hermano corrió á sus habitaciones. Ivan dió vuelta á la llave y se contempló largo rato al espejo, ya de frente, ya de perfil. Cogió su retrato y lo comparó con la imagen que se reflejaba en el cristal. Sí, el cambio era notable. Arremangóse hasta el codo, examinó el brazo, volvió á bajar la manga, sentóse en el sofá, y permaneció más sombrío que la noche.

«¡No quiero...! ¡no quiero!»—se decía.

Levantóse bruscamente, se aproximó á la mesa, cogió un legajo y trató de revisarlo, sin poderlo conseguir.

Abrió entonces la puerta para dirigirse al salón. El gabinete contiguo estaba cerrado. Adelantóse de puntillas y prestó oído.

—No; tú exageras—decía Praskovia.

—¿Cómo que exagero? ¿No has visto que es un cadáver? Fijate en sus ojos vidriosos. ¿Pero, qué diablos tiene?

—¿Quién lo sabe? Nicolaïev (otro médico) ha dicho algo, no sé bien qué cosa. Lechtchetitski (el célebre doctor) ha opinado lo contrario...

Ivan se alejó, entró otra vez en su despacho, se acostó y se puso á reflexionar.

«El bazo... el bazo flotante...»

Recordó cuanto le habían dicho los médicos, cómo se desligó, cómo flotaba; haciendo un esfuerzo de imaginación procuraba cogerlo, detenerlo, fijarlo otra vez. ¡Se necesitaba tan menguado esfuerzo, según á él le parecía!

«Nó; volveré á casa de Piotr Ivanovitch.»
(El colega, amigo de uno de los médicos).

Tocó el timbre; hizo enganchar el caballo, y se preparó á salir.

—¿Dónde vas, Juan?—preguntó su mujer con un aire de tristeza, y tal expresión de bondad, que le dejaron confundido por lo insólito del caso.

Irritóle aquel acento piadoso, y miró á su mujer hosco y sombrío.

—Es urgente que vea á Piotr Ivanovitch.

Marchó, pues, en busca del amigo que trataba íntimamente al médico, y juntos se dirigieron á casa de éste, con la fortuna de encontrarle.

La visita fué laboriosa.

Pesando y contrapesando, poniendo aquí las conclusiones fisiológicas, y allá los anatómicos experimentos, el problema no podía ser más claro. El mismo Ivan se lo explicó satisfactoriamente.

Había algo en el píloro, eso sí; pero algo insignificante, nada, en resolución, lo que se llama nada, ¡vamos! una pequeñez. El estómago estaba bien, y lo que se presentaba en el orificio, no perjudicaba al estómago, naturalmente, sino en cuanto orificio de él era; pero podía combatirse la contrariedad: con reforzar la energía de un órgano, debilitar la actividad del otro... pues, ya la asimilación era segura, y por tanto restablecido quedaría el equilibrio.

Llegó tarde á comer. Estuvo animado y habló jovialmente, pero vacilaba en pasar á su despacho. Decidiéndose de súbito, entró y puso manos á la tarea. Pero por más que se

desojaba examinando papelotes, su pensamiento no perdía de vista lo importante, el magno é íntimo asunto.

Cuando dió de mano á sus estudios, ganóle por entero la preocupación del píloro. No se abatió por ello; encaminóse al salón para tomar el té. Tenía visitas. Se pasó la tarde charlando, oyendo cantar y tocar el piano; el juez de instrucción, el novio soñado para la hija, estaba entre los presentes. Ivan, según observó su mujer, estuvo más expansivo que de costumbre; pero sin que le abandonara su pensamiento fijo, su gran descubrimiento acerca de aquel píloro endiablado.

A las once, tras haberse despedido de los contertulios, se retiró. Desde que empezó su enfermedad dormía solo, en el gabinete inmediato á la alcoba. Acostóse, abrió una novela de Zola, pero sus imaginaciones pertinaces no le dejaban reposo para entretenir el espíritu con la lectura. No veía sino lo que importaba á la curación tan deseada del píloro... Asimilarse, segregarse, convalecer... y, fuerzas recuperadas.

«Sí; todo consiste en eso, en eso; pensaba: no hay sino ayudar á la naturaleza».

Recordó que era hora de tomar una po-

ción. Levantóse, tragóla de un sorbo, y se acostó boca arriba, observando si ejercía saludable influjo el remedio, y si le consolaba más ó menos activamente.

«Medicándose con regularidad, evitando toda contingencia de pernicioso efecto, seguro salir en bien. Estaba mejor... sentíase mejor... ¿quién le decía que no era notable el alivio?»

Para comprobarlo se tentó en el costado dolorido, sin que al tacto sintiera la más leve incomodidad.

«¡Vaya; cómo que ya no había tal asno ni tal carnero! Aquella *cosa* no estaba allí. Encontrábase bien, ¡caramba! ¡y tan bien! Indiscutible la mejoría.

Sopló la luz, y se echó del lado que peligraba...

«¿No lo decía? El píloro vuelve á sus funciones, asimilándose...»

De pronto el mal despertó ni más ni menos que como se revelaba siempre; provocativo, sordo, punzante, amenazador, pesado, tenaz, insufrible: ¡y otra vez la lengua pastosa! Flaqueóle el ánimo, perdió del todo la entereza, y se apretaba las sienes para resistir el vértigo.

«¡Dios mío! ¿aún? ¿todavía? ¡está ahí,

Dios mío...! ¡Y esto no acaba, no acaba nunca!»

Bruscamente, su pensamiento se modificó.

«¡El píloro! ¡el bazo...! Nó, nó: ni en el bazo ni en el píloro está la causa: está en la vida y... en la muerte. El mal no es el mal. Es la vida que se escapa... se escapa, sin que yo acierte á aprisionarla en las manos y retenerla. La vida que tenía yo aquí, en el pecho y que se vá, se vá, no hay remisión. ¿Para qué forjarse ilusiones? ¿No es evidente para todo el mundo, menos para mí, que me hallo moribundo, y soy casi un muerto que camina; que se reduce la cuestión á una espera de semanas, de días... de segundos quizás...? Donde irradiaba la luz, comienzan á esparcirse las sombras de la noche. Desde aquí, de este punto en que me he agitado hasta ahora, allá voy: ¿á dónde...?»

Cubriósele de frío sudor la frente: y respirando con fatigoso aliento, no sintió sino el glú glú de la sangre, determinando los latidos del corazón.

«Yo... dejaré de ser yo... pero entonces... ¿qué será de mí entonces? ¿Dónde, cómo me encontraré, cuando ésto haya acabado...? ¿Llega la Muerte...? ¡No quiero, nó...!»

Irguióse en el lecho, con invencible sobresalto; quiso á tientas encender la luz, y sus manos temblorosas hicieron rodar por el suelo la bujía. Cayó desalentado sobre la almohada.

«Que sea ó no... ¿qué más da? ¿qué importa?» Murmuraba, abriendo los ojos, sondando con sus pupilas pasmadas la tenebrosa obscuridad. «¡La muerte! Pues sí, *la muerte*; y lo ignoran ellos; ellos, que no quieren abrir los ojos á la evidencia, ni tener piedad de mí. Allá los tienes dispuestos á divertirse (oía á través de la puerta cerrada el eco de las risas y de los gorgoritos), indiferentes á lo que aquí ocurre. Y lo que aquí ocurre... ¡oh! ¡Pero si ellos morirán también... también! ¡Imbéciles! Yo antes, claro; pero ellos á poco, cuando les toque. ¡También! ¡también! ¡Y se ríen los estúpidos!»

La rabia le ponía á morir, martirizándole espantosamente. ¿Y puede ser que todos, todos, estemos amenazados de tan exasperantes torturas?

Se incorporó otra vez.

«Nó. Todavía nó. Digo que no ha llegado aún para mí el supremo instante. ¡A ver, reflexionemos, tengamos calma...!»

Y reflexionó.

«Sí; la cosa vino... vino... la enfermedad empezó... veamos, veamos. Un resbalón, un golpe en el costado, queriendo sostener el equilibrio, sin que nada aparentemente cambiara en mi naturaleza. Sí, recuerdo que sí; un dolorcito sordo... Después, *eso*, que no era *nada*, se agravó; y siguióse lo de la consulta, la melancolía, la irritación; y médico sobre médico, en tanto que yo resbalaba, resbalaba por la pendiente del abismo. Las fuerzas iban agotándose... y la cima más cerca... más cerca... más... más... hasta que... ¡héteme ya extenuado! Mis ojos están vidriosos. ¿Qué es ésto, sino la Muerte? La Muerte, que me pilla preocupado con el píloro, empeñándome en restablecer las funciones de los intestinos... ¿Pero sí, de veras se trata de la Muerte, Dios?»

Y el espanto otra vez, aniquilando sus energías. Jadeante, buscó, palpando, los fósforos. Clavó el codo con furia sobre la mesita de noche, y el helor del marmol le hizo daño, acabó de irritar sus nervios. Sublevóse contra el mueble; despechado, lo empujó con fuerza, echólo patas arriba. Desplomóse él, perdida casi la respiración, turbada la cabeza, creyendo que era llegada su última hora.

Retirábanse en aquel momento los huéspedes. Despidiéndolos estaba Praskovia Fedorovna cuando oyó el alboroto, y entró:

—¿Qué tienes?

—Nada; he tirado sin querer...

Fué la dama en busca de luz. Vió á su marido tumbado, respirando fatigosamente, como hombre que ha corrido una legua sin parar. Y la miraba con ojos fijos, abiertos, con pasmada pupila.

—¿Qué tienes, Juan?

—Nada... He... he... he...cho ca...a...er...

•¿Qué sacaba con hablar? ¡No había de comprenderlo!

Nada comprendía de lo que pasaba, efectivamente. Puso en orden la mesita; encendió la vela y le dejó solo. Tenía que despedir á los rezagados.

Cuando volvió, hallóle en la misma posición supina, la mirada vaga, errante.

—¿Qué tienes? ¿Estás peor?

—Sí.

Meneó ella la cabeza, y se sentó por breve espacio de tiempo.

—Dime, Juan; ¿no sería prudente que viniera Lechtchetitski? Es decir, ¿no haríamos bien en llamar al célebre doctor, sin reparar en gastos?

Sonrió él con irónica y amarga expresión.

—Nó—dijo.

Permaneció la mujer silenciosa unos segundos. Acercóse luego y depositó un ósculo en su frente. Sintió él entonces que la odiaba con toda su alma, y tuvo que esforzarse para no rechazarla con asco.

—Hasta la vista. ¿Dormirás, no es eso?

—Sí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO" 1918

Año. 1925 MONTREY, MEXICO

VII

Sentíase Iliitch desmayar poco á poco en brazos de la muerte; y le devoraba la incertidumbre, poblábasele de dudas el cerebro, y así no tenía paz ni tregua, y pasaba las horas presa de una desesperación sin fin.

En lo más íntimo de su sér estaba la evidencia de que se moría, pero le era imposible familiarizarse con *aquello*. No comprendía, no podía comprender cómo.

El ejemplo de silogismo estudiado en la lógica de Kiziveter: «Kay es hombre; todos los hombres son mortales: luego, Kay es mortal», habíale parecido toda la vida, que reza-

ba con Kay, pero de ningún modo que pudiera referirse á él mismo. No se trataba sinó de Kay, en cuanto á hombre; la generalidad, la abstracción del hombre, naturalmente: él no era Kay, ni era el hombre indeterminado; era un sér particular, particularísimo; era Vania, (1) con mamá y papá, con Mitia y Volodia, (2) con juguetes, cochero y niñera, y más tarde con katinka, con todos los goces y todas las amarguras y todos los entusiasmos de su infancia, de su adolescencia, de su juventud.

¿Era Kay el que respiraba con fruición los olores de almendro, que tanto gustaban á Vania? ¿Era Kay el que besaba la mano de mamá, y se regocijaba oyendo el roce de su vestido de seda? ¿Era tan galán y tan galante? ¿dirigía con tanto acierto las discusiones en estrados?

«Kay es, sí, mortal; ciertamente, es muy del caso que muera; pero ¡yo, Vania, Ivan Iliitch, sintiendo como siento y en la plenitud de mi inteligencia! Nó, en cuanto á mí se refiere, la cosa es bien distinta, y no me parece natural que acabe ésto. Sería inicuo».

Pensaba:

(1) Diminutivo de Ivan.

(2) Diminutivos de Mikhaíl y de Wladimiro.

«Si mi destino es morir como Kay ¿quién duda que no hubiera vivido hasta aquí ignorándolo? No me faltara la íntima convicción de ello. Repitiéramelo la conciencia á todas horas. Nada de eso he notado en mí nunca. Tanto mis amigos como yo veíamos claramente que lo dicho de Kay no guardaba relación alguna con nosotros. Y cuando más descuidado me veo, me sorprende la catástrofe. ¡Si es imposible! ¡Imposible! y sin embargo... ahí está la realidad abrumadora. ¿Pero cómo comprender... cómo?»

No podía, nó, comprenderlo, y se esforzaba en apartar de sí tan lúgubre y pernicioso idea, ocupando la atención en asuntos más firmes y prudentes. Todo inútil, le abrumaba aquel pensamiento, implacable, señoreándose de su espíritu; le perseguía tenaz.

Continuaba haciendo reflexiones con que persuadirse á sí propio de que no había motivo para amilanarse y evocaba los recuerdos y las imágenes que en los tiempos felices debilitaban ú obscurecían en su ánimo el sentimiento de la muerte: ni así sacaba á flote la esperanza de obtener alivio y consuelo: lo que antes mitigaba ó disipaba todo temor, no tenía ya la misma virtud. Vanamente agotaba los recursos de su entendimiento

para reproducir las perdidas sensaciones de su conciencia que se interponían entre el espectro y él.

Decíase:

«Volveré á enfrascarme en mis tareas: trabajando me sentía antes tranquilo y feliz».

Y haciendo un esfuerzo para acallar sus recelos y sus inquietudes, dirigíase otra vez al tribunal, sostenía animada conversación con sus colegas, sentábase como de costumbre, apoyando sus manos débiles en los brazos del sillón, y paseaba sus ojos distraídos por la multitud; en seguida, inclinándose hacia el asesor, examinaba las fojas del proceso, hablaba á media voz, y de improviso, levantando la vista, irguiendo el busto, pronunciaba las palabras sacramentales para declarar abierta la sesión. Sin ningún miramiento á la solemnidad del acto, el mal se insolentaba de repente, como si declarara abierta su sesión también, aunque para él solo. Ivan Iliitch hacía esfuerzos inauditos para alejar la fatídica idea, que continuaba, sin hacerle caso, su obra demoledora. Entonces *ella* (la muerte) se presentaba como una visión á sus ojos; la tenía delante, de pie, y le miraba. Procuraba mantenerse firme,

pero sus pupilas se velaban, entornábanse sus párpados, y no recogía en su pensamiento más que la duda, la perenne duda:

«¿No hay otra verdad que *ella* en el mundo?»

¡Lástima de juez tan discreto, tan sutil, tan distinguido! pensaban sus compañeros y sus inferiores, viéndole no sin pena y asombro como se embrollaba, como perdía el tino y la serenidad.

A duras penas conseguía recobrarse y dirigir hasta lo último las discusiones; después volvía á su casa con la triste evidencia de que inútilmente buscaba en las distracciones de su cargo, el olvido y la paz; no conseguía, nó, librarse de *ella*. Y lo peor era que *ella* le arrastraba á casa para obligarle á mirarla, erguida ante sus ojos, sin permitirle que ocupara su entendimiento en otra cosa alguna que en aquella contemplación ociosa, enervante, cruel.

Queriendo escapar de la torpe y estúpida pesadilla, buscaba algún medio de parapearse contra tan triste obsesión: conseguíalo á veces por brevísimos segundos; y sin que se desvaneciera del todo. *Ella* estaba allí, transparentándose en lo invisible, filtrándose á través de los obstáculos, como si nada

fuera poderoso para ocultarla y encubirla.

Entraba á lo mejor en el salón que había tapizado con sus propias manos; aquel salón de amargos y penosos recuerdos, que le costaba la vida, pues era evidente que del golpe recibido al caer arrancaba su enfermedad. Sobre la mesa reluciente descubría una raya, casi imperceptible hendidura, hecha con una de las cantoneras de bronce medio desprendidas del album. Cogía aquel precioso cuaderno, tan cuidadosamente coleccionado por sí mismo, y censuraba á su hija y á sus amigas, que con su incuria echaban á perder las puntas ó confundían los retratos. Poníalo todo en orden y ajustaba de nuevo el metal.

Luego se le antojaba transportar toda aquella instalación con sus albums, á uno de los ángulos de la pieza, junto á las flores; llamaba al lacayo, si no es que se presentaban su mujer ó su hija; y como opusieran algunas objeciones, protestaba el enfermo, irritábase. Todo lo llevaba en paciencia, no obstante, mientras no se acordara de *ella*, mientras *ella* no diera señales de sí.

En cierta ocasión, cuando más atareado estaba removiendo muebles, su consorte le dijo:

—Deja eso, hombre. Los criados lo arreglarán. Podrías hacerte daño otra vez.

Y tras estas palabras vino *ella*: filtróse por la campana de la chimenea; *la* vió él. Sí, era *ella*, la aparecida. Esperaba Ivan que se marchase, pero por mucho que se esforzaba en lo contrario, no hacía sino espiar su mal constantemente; y siempre lo mismo, ¡ay! siempre lo mismo; siempre aquel dolor punzante que le martiza sin remedio; y allí está *ella*; *la* ve, *la* distingue ahora detrás de las flores.

«Cierto que he perdido mi vida por un pedazo de tela, como en la batalla. ¿Y es posible? ¡Qué tremendo, qué espantoso, qué vil! No es posible, nó; ¡ah, no es posible; y, sin embargo, nada más seguro!»

Metióse en su cuarto, se acostó, y se encontró sólo con *ella*; frente á frente de *ella*. Negocios, no tenía ninguno que tratar con *ella*. No hacía más que mirarla, y se le helaba la sangre.

VIII

No se sabía cómo fué; ello sobrevino á los tres meses de enfermedad, peropasito á paso,

y tan insensiblemente que nadie lo notó. La cosa era que su mujer, y sus hijos, y sus amigos, y sus criados, y el médico, y él, mejor que ninguno, sabían que el interés que inspiraba el paciente á los demás, concentrábase en esta importantísima cuestión: ¿cuánto tardaría en quitarse de en medio; en librar de tan pesada carga á los vivos, y de la no menos enojosa de sus angustias y padecimientos á sí propio?

Ya casi no podía conciliar el sueño sino con ayuda del opio y gracias á las inyecciones de morfina; y aun así y todo, no tenía alivio su horrible desazón.

Las treguas que el mal le concedía eran breves, y sólo cuando el exceso del martirio le hacía caer en marasmo, aplanándole, casi entonteciéndole. Luego el dolor despertaba, rencoroso, más terrible que antes.

Se le propinaban, se le ingerían, mas bien, alimentos especiales, prescritos por el doctor: y aun siendo de escogida y cuidadosa mano, repugnábalos por insípidos el paladar. Hasta para las defecaciones se habían adoptado medidas higiénicas. Era aquello para él lo más horrible de su derrota; tortura indescriptible cada vez que se encontraba en tan penoso caso: no sólo por lo in-

mundo y mal oliente, sino porque ni valerse en tan críticas circunstancias podía.

Por fortuna, aun en tales quebrantos y desazones le deparó un consuelo el destino. Hallólo en Guerassim, su dispensero, á quien se le dió la comisión de tan pesada asistencia.

Era Guerassim mozo, robusto, vigoroso, de tan sana complexión como alegre carácter, y más fornido de lo que era frecuente ver en los de su estado. Causábale á Iiitch vergüenza, más que otra cosa alguna de su miserable situación, ver aquel hombre tan limpio, vistiendo pulcramente el traje ruso, conforme con el oficio que representaba, empleado en tan ruines menesteres.

Faltáronle al enfermo cierto día las fuerzas cuando quiso levantarse del orinal, para ceñirse los pantalones, y cayó con desaliento en la butaca, y se puso á contemplar asustado la descarnada piel, en que se transparentaban los órganos fibrosos, de muslos y piernas. Presentóse en aquel momento Guerassim andando con paso ligero y firme; luciendo botas recias, de burda costura, y exalando no sé qué perfume de brea, agradable, suavísimo; había en aquel tipo, incomparable frescor, gracia invernal. Vestía

una especie de mandil, poco menos que immaculado y una camisa de cretona, con las mangas remangadas sobre sus brazos musculosos, fuertes, desnudos. Sin mirar á su amo, y temeroso de ocasionar la más leve molestia al enfermo, reprimiendo visiblemente la alegría de vivir que se reflejaba en su rostro, llegóse á recoger el servicio.

—¡Guerassim!—moduló con debil acento Ivan.

Extremecióse el rústico, temiendo haber cometido alguna falta, y diligente, levantó su cara bonachona, su rostro sencillo, risueño, su tez juvenil que empezaba á cubrirse de bozo, su vivaracha cabeza.

—¿Qué manda el señor?

—Bien veo que esta tarea es pesada y enojosa, dispénsame; no puedo evitarlo.

—¡Ah, mi amo!—respondió Guerassim; y sus ojos brillaban, y sonriente, descubría unos dientes blanquísimos.—¿Qué me cuenta? Y aunque así fuese, ¿por qué nó? Está usted enfermo... y cuando uno está enfermo...

No supo decir más; en un abrir y cerrar de ojos hizo su tarea, salió tan ligeramente como había entrado, y á los cinco minutos volvió á presentarse con aquel su airoso andar.

Iliitch continuaba en la misma postura.

—Guerassim—dijo, cuando el doméstico hubo colocado en su puesto el orinal, limpio otra vez,—acércate; haz el favor de ayudarme.

Guerassim obedeció.

—Levántame. No puedo solo; me faltan las fuerzas, y he dicho á Dmitri que se retire.

El criado le cogió con puño fuerte, abrazándole, como si fuera una pluma, sin embargo; levantóle y le sostuvo en vilo suavemente, y con la mano libre sujetó los pantalones á la cadera; cuando iba á sentarle de nuevo, Ivan le rogó que le dejase sobre el confidente: y Guerassim, le llevó sin esfuerzo, como si le meciera, hasta el punto indicado.

—Gracias. ¡Qué hábil y diestro eres!

Sonrióse otra vez el mozo. Hizo ademán de retirarse; pero á Iliitch le consolaba tanto su presencia, que no se determinó á dejarle marchar.

—Espera; acércame, y te lo agradeceré, esa silla... nó, esa nó, la otra; pónmela ahí, á los pies... Me siento bien si los tengo en alto; mira tú.

Guerassim acercó la silla, colocóla conve-

nientemente, y arregló las piernas del enfermo con nimio cuidado.

Parecióle á Ivan, que experimentaba un ligero alivio... Consuelo sí.

—¿Crearás que estoy bien, patas arriba? Pónme ese almohadón bajo los pies.

Obedeció Guerassim. Levantó las piernas y colocó en su punto el apoyo que se le pedía. Y de nuevo Iliitch, mientras el rústico sostuvo en el aire sus pies, sintióse mejorado. Al soltarlos, el dolor le acometió con furia.

—Guerassim—continuó,—¿tienes mucho que hacer, ahora?

—Nada; lo que se dice nada.

—¿Conque nada, nó?

—Menos lo de cortar leña para mañana, que no corre prisa, todo lo demás está listo.

—Entonces, aguántame los pies un poco más arriba, ¿puedes?

—¡Que si puedo! ¡No faltaba otra cosa!

El cocinero levantó las extremidades del pobre moribundo, y á éste le pareció que todas sus molestias desaparecían.

—¡Y la leña! ¿qué haremos de la leña?

—No se preocupe usted. Tiempo habrá para todo.

Iliitch le invitó á sentarse. Conversaron

amigablemente, y ¡cosa rara! se le antojó que estaba mejor, mucho mejor, en tanto que el rústico cargaba sobre las manos el peso de sus piernas.

A partir de tal descubrimiento Ivan le llamaba frecuentemente, rogándole que aguantara sus pies sobre las espaldas, y entretenía el tiempo hablando con él.

Ingénuo, bondadoso, servicial, dábase maña el criado en complacerle, y lo hacía todo con suma delicadeza, como si cuidara de un niño, lo cual conmovía y cautivaba á Iliitch. Irritábale á éste ver plétóricos de vida, en la plenitud de sus fuerzas, sanos y potentes á los demás, y ésto mismo en Guerassim, lejos de molestarle, complaciale.

Lo que más le torturaba era la mentira, el grosero embuste, el convencionalismo torpe, por todo el mundo aceptado, de que estaba simplemente enfermo, moribundo nó; que debía tranquilizarse, y seguir un plan curativo, del cual resultaría, sin duda, algo bueno. Cuando sabía él de sobras, que de tales planes y tales regímenes no se alcanzaban sino padecimientos y dolores á porrillo, y en último trance, la muerte. El engaño, pues, el continuo mentir le fastidiaba. Sufría viendo que se le ocultaba cuidadosamente lo

que sabían todos, y como todos, él; sufría sintiéndose envuelto en la farsa brutal. En vísperas de su muerte, afigíale y le atormentaba de un modo cruel y atroz ver profanado aquel misterio tremendo y solemne, por el mundano alboroto de las visitas y el continuo tratar de compras y de festines: hablaban junto á él de telas... hasta del sollo y su condimento: y oyendo á los imprudentes hipócritas, él, Ivan Iliitch, estaba á dos dedos de gritar: «¡Basta de mentiras! Todos tenéis por seguro, y á mí tampoco se me oculta, que me muero. ¡Bastante habeis fingido ya! ¡Al diablo los embustes!» Pero no se resolvía á hacerlo; faltábale valor para imponerse. Lo capital era que él se moría, y con ser cosa tan terrible, los que le rodeaban, teníanlo por accidente pasajero, algo pesado y fastidioso, muy parecido á lo que ocurriría con uno, que al entrar en el salón, no olierá bien. Siempre aquel culto al decoro, siempre aquel salvar las apariencias, que había sido la preocupación de toda su vida, hasta que el dolor le postrara y rindiera. Y nadie, nadie tenía piedad de él, porque exceptuando á Guerassim, no había persona alguna decidida á compadecerle, y menos aún á hacerse cargo de su situación. ¡Sólo

Guerassim! ¿Con quién, por tanto, sino con el rústico, había de encontrarse tranquilo, á sus anchas? ¿Y cómo no sentirse relativamente gozoso, si despues de pasar noches enteras en vela, con los pies á cuestras del enfermo, Guerassim le decía:

—No se inquiete, Ivan Iliitch; que tiempo me sobra para descabezar un sueño.

Y más complacido aún, cuando en el colmo de la familiaridad añadía, tuteándole:

—Si no estuvieras enfermo, como estás, corriente; pero no estando sano como yo ¿por qué no he de servirte?

Guerassim era el único que no mentía; el único que se daba cuenta de lo grave de la dolencia; el único, en fin, que creyendo inútil todo disimulo, se limitaba á tener lástima del pobre señor.

Francamente exclamó cierta vez en que Iliitch pretendía que se retirase á descansar:

—Hemos de morir unos y otros: ¿qué importancia tiene lo que hago por ti?

Pretendía advertir con ésto, que la molestia no le causaba pesadumbre alguna; que hacía lo que hacía, buenamente; con entera voluntad de servir á un moribundo, ni más ni menos que como él deseaba que le sirvieran y cuidaran al verse él mismo, según se

habían de ver todos, en tan apurado trance.

A más de ésto, y aun quizás exacerbadas sus tristezas por la hipocresía de los suyos, lo que profundamente le acongojaba era que no le compadeciesen, que no lamentaran su desventura, que no le mimaran como á un niño delicado, enfermo. La compasión, los mimos, las caricias ¡cómo y cuánto las hubiera agradecido él! Era lo que más deseaba, sobre todo al pasar una crisis de agudos dolores, aunque no se atrevía á confesárselo á sí mismo: ¡que tuviesen piedad de él! ¡que le acariciaran como á una criaturita, cuyas angustias llegan al corazón! Sí: quería que le cuidasen, que le besaran, que lloraran viéndole desvalido, al igual que se hace para consolar á los pequeños. Bien sabía que era un respetable magistrado, con luengas barbas grises, y que por tanto era imposible excitar aquella ternura infantil; pero así y todo lo deseaba ardorosa, vehementemente. En la conducta de Guerassim había algo de aquellos alhagos, de aquellos dulzores, y de ahí que su presencia le consolara y mitigase.

Cuando más ansias sentía de llorar, cuando más deseaba ver lágrimas compasivas en ojos ajenos, se presentó su colega Schebek;

y en lugar de poner cara compungida y mimosa, Ivan mostróse grave, serio, pensativo, y arrastrado por la fuerza de la costumbre, dió su opinión discutiendo el alcance de una sentencia que dictara el tribunal de apelación, obstinándose en la disputa. Esta hipocresía en todo manifestada á su redor, que le arrastraba y envolvía á él mismo, envenenaba y amargaba, más que otra cosa alguna, más que su propio padecimiento, las postrimerías de Ivan Iliitch.

IX

Era por la mañana, lo que significa que Guerassim acababa de retirarse, y que el lacayo, Piotr, su relevo, extinguía la luz de las velas, corría las cortinas, y arreglaba la habitación sigilosamente. ¿Empezaba el día? ¿era el caer de la tarde? ¿un viernes? ¿un domingo? Poco importaba, puesto que siempre, invariablemente, ocurría todo de la misma manera: y despierta, la propia angustia, dolorosa, torturante, que no cedía un solo momento; la conciencia de una vida que se es-

capa y que no se ha apagado aún: y siempre igual, muerte espantable y maldita, la única realidad; y siempre el mismo y necio mentir. ¿Cómo darse cuenta, pues, de si transcurrían las horas, y con las horas tales ó cuales días de la semana? En el monótono agonizar perdíase la noción del tiempo.

—¿Manda el señor que le sirva el té?

«Es preciso que se le mande: necesita que su señor tome té todas las mañanas»; pensó.

—Nó;—repuso secamente.

—¿Quiere el amo que le acompañe al sofá?

«Tiene que arreglar el gabinete y le estorbo. Soy la suciedad y el desorden en una pieza»; siguió reflexionando.

Limitóse á decir:

—Nó; déjame.

El lacayo dió algunas vueltas por la habitación. Ivan extendió el brazo. Apresuróse Piotr á aproximarse.

—¿Qué manda usted?

—El reloj.

Piotr le entregó el cronómetro.

—Las ocho y media. ¿No se ha levantado la gente aún?

—No todos: Wassili Ivanovitch (el hijo) está ya camino del colegio, y Praskovia Fe-

derovna ha dicho que se le despierte tan pronto como usted la necesite. Si el señor lo manda...

—Nó ¿para qué? No vale la pena.

«¿Tomo el té?» pensaba al mismo tiempo.

—Ea, tráeme el té—dijo, resolviéndose, en voz alta.

Piotr se disponía á cumplir la orden; temiendo Ivan quedarse solo, meditaba: «¿qué haré para que no se vaya...? ¡Ah, sí; la medicina!»

—Piotr, espera: la medicina antes.

«¿Quién sabe? acaso me sentiré mejor».

Cogió una cucharilla y trasegó el líquido.

«Nó; es inútil confiar en la mejoría; necia y absurda toda confianza». Y porque le amargaba aquel gusto de boca que era imposible combatir: «vana toda ilusión que me forjo».

Después de un suspiro:

«No hay remedio, nó: no valen potingues. ¡Pero este dolor! ¿para qué tanto sufrir? ¿qué necesidad hay de que me atormente implacable, este estúpido dolor? ¡Que se calle, que se apacigüe siquiera un momento!

Oyéndole gimotear sollozos á duras penas contenidos, Piotr, que transponía la puerta, se detuvo.

—Nó, véte; veamos cómo llega ese té.

Piotr se puso en marcha. Cuando se vió solo Ivan, soltó el raudal de sus lágrimas; y suspiraba y gemía, nó porque le arrancasen los sufrimientos, con ser tanta su intensidad, dolorosos quejidos, pero porque eran sus tristezas y sus penas de las que no caben en el pecho y se desbordan. «¡Lo mismo siempre, segundo por segundo, lo mismo!» ¡Días interminables, noches sin fin!... ¡Que acabe ésto de una vez, pronto, pronto...! ¿Eh? ¿pronto? ¡Pero si ese pronto es la muerte... la sombra, la tiniebla, la obscuridad! «¡Nó, ah, nó! ¡Todo, Señor, todo menos la muerte!»

Volvió el lacayo sosteniendo sobre la bandejita el té, y quedósele mirando Ivan, trastornado, como idiota, sin darse cuenta de lo que tenía delante. Aquella terrible mirada, desconcertó al siervo, y su confusión notóla el enfermo, y le volvió á la conciencia de la realidad.

—¡Ah! ¿el té? Bueno, sí: déjalo en ese lado. Ayúdame ahora á vestirme; dame una camisa limpia.

Y procedió á lavarse la cara; fregoteóse pausadamente, pasándose á cada momento las manos por el rostro; se limpió los dientes; se peinó y se miró al espejo; asustóse al ver

sus cabellos, pegados á las pálidas sienes.

Cuando le mudaban de camisa, procuraba no bajar los ojos para no ver sus carnes delgaduchas; sentía miedo de contemplarse espectro vivo. Terminó el arreglo de su persona; púsose una bata, y se acomodó en un sillón, para tomar el té. Sintió momentáneo alivio; pero tan pronto como humedeció sus labios el líquido aromático, la pastosidad, el dolor agudo, volvieron á importunarle. Apuró de prisa, á tragos, la taza; recostóse extendiendo las piernas, y dejó salir á Piotr.

¡Ay, siempre, siempre lo mismo! Tan pronto como brillaba un rayo de esperanza, veíase sumido en un oceano de desesperación, que se desencadenaba contra él! ¡Y á todas horas el dolor implacable, á todas horas desolado, inquieto! ¡Y siempre igual; siempre igual! Languidecía horriblemente en aquel abandono estúpido. Llamar deseaba ¿pero á quién? Fuera quien fuese, delante de otros, todos extraños, la cosa iría de mal en peor.

«¡Si por lo menos me administrasen un poco de morfina! Morfina, para olvidar... Le diría yo al médico que arbitrara algún recurso. No es posible, nó, seguir de esta manera».

Una hora, dos, pasaron. Se oyó el tim-

bre. ¿Era el médico? Sí, efectivamente; el doctor. Pulido, rozagante, sanote, alegre, pareciendo indicar en su aspecto: «por mucho que os asuste la cosa, tened por cierto, que el remedio está en mi mano».

Sabe él que tal aire de seguridad y confianza no conviene allí; pero ¿qué importa? Lo ha plantado sobre su rostro de una vez, para todos, absolutamente para todos los casos, y le es imposible descomponerlo; está en la misma situación del hombre que, para hacer sus visitas, se pone al salir de casa, por la mañana, el frac.

Frotábase el buen doctor las manos festivamente, para tranquilizar á su enfermo.

—Le traigo á usted el frío. Hiela de firme. Deje usted que me caliente un poco.

Y claro, decíalo con expresión que podía traducirse, como si exclamara: «ya verá, ya verá en cuanto entre en reacción, si se arregla eso».

—¿Qué tal? ¿cómo estamos?

Ivan Iliitch comprende que el médico desea preguntarle como ván los asuntos, los domésticos, los que nada tienen que ver con la enfermedad; pero á su vez comprende el doctor que es inoportuna la pregunta, y se

limita á enterarse de cómo ha pasado la noche.

El paciente fija en su interlocutor una mirada interrogadora:

«¿Y no te avergonzará nunca el mentir con semejante descaró?»

Pero, aunque ésto se lee en sus ojos, el médico hace cómo si no se fijara en el terrible reproche.

Ivan replica en alta voz:

—Este padecer sin tregua es espantoso. El mal no cede, no acaba nunca. ¡Si á lo menos me diese usted algo para dormirlo!

—¡Ahí tiene usted lo que son los enfermos! Todos iguales... Se me figura que ya he entrado en calor. Hasta Praskovia Fedorovna, que es tan quisquillosa, se vería en apuro para reñirme: no hay miedo de que mi mano le enfríe á usted... De modo que... ¡buenos días!

Y en efecto, le dió un apretón.

Dejando en seguida su tono festivo y jovial, examina el médico gravemente al enfermo, le pulsa, comprueba la temperatura, auscúltale; y vuelta á los golpeitos sacramentales.

Cónstale á Ivan Iliitch que todo aquello no es más que astucia y marrullería. Pero

cuando el doctor, arrodillado, se cuelga sobre su flaco organismo, y aplica el oído aquí y allá, por esta parte y por la otra, practicando, con imponente seriedad, distintos movimientos de gimnasta ducho, se deja Iliitch embaucar, como le ocurría antes al oír los informes de los abogados; convencido, no obstante, de que procuraban desorientarle con falsos razonamientos y sabiendo el por qué de sus mentiras.

Continuaba, de rodillas, auscultándole el facultativo, cuando se oyó cerca de la puerta el rumor que al andar Praskovia producía la seda de su vestido, y el eco de su palabra desatándose contra Piotr por no haberle avisado la llegada del médico.

Entró y acarició á su marido, y se deshizo en protestas, probando que estaba hacía mucho rato de pie, y que sólo por una mala inteligencia no la había encontrado el médico allí, junto al paciente.

Ivan la contemplaba silencioso, examinándola con atención y reprochándole la limpieza de las manos, la frescura de la tez, lo mórbido de la garganta, la suavidad del cabello, y el brillo de los ojos en que parecía palpar la vida. Odiábala él con todas las

potencias de su espíritu, y aquel odio se exaltaba cada vez que la veía delante de sí.

No había cambiado la disposición de ánimo de Praskovia en lo que afectaba á la enfermedad de su esposo, y á la conducta de éste. Igual que el doctor había adoptado un patrón invariable para el trato con sus enfermos, tenía la dama un criterio fijo, propio, para medir el alcance de la dolencia. Si estaba Ivan malo, culpa suya era, y no de otro, por no portarse como debía, y se lo echaba en cara amistosamente. Imposible destruir en su alma esta convicción.

—Ha de saberse que no atiende á nada, ni hace caso de nadie; no toma las medicinas á tiempo y con regularidad; y le vería usted constantemente en una postura—los pies en alto,—que por fuerza le ha de ser dañosa.

Y contó cómo quería que le sostuviese horas enteras Guerassim.

Sonrió el médico entre afable y desdenoso. «¿Qué se le iba á hacer?—parecía decir.—Tienen siempre estos enfermos una extravagancia ú otra; pero se les puede dispensar».

Cuando terminó el reconocimiento consultó su reloj. Praskovia Federovna dijo en-

tonces á Ivan que, se opusiera ó nó, mandaría sin pérdida de momento en busca del famoso doctor para que celebrase consulta con Mikhaïl Danilovitch (el médico de cabecera).

—No digas que nó; te lo ruego... Lo hago por mí.

Y agregó esto último irónicamente, dando á entender que era lo contrario, ó sea, que por él lo hacía, con lo que estaba el enfermo en el caso de doblarse á su voluntad.

Nada respondió Ivan. Frunció el ceño. Convenciase de que cada vez más se complicaba aquella monstruosa mentira, en que le tenían enredado de tal modo, que ya casi érale imposible conquistar su independencia. No se preocupaba su consorte del paciente sinó en interés propio. Lo que en el fondo hacía por egoísmo, declaraba hacerlo, efectivamente, en provecho suyo; pero decíalo en tono que no dejaba lugar á dudas: para que comprendiera él que no había palabra de verdad en lo dicho, ó bien que era en verdad todo lo contrario.

A las once y media se presentó el célebre doctor, requerido por Praskovia. Comenzaron de nuevo las auscultaciones. Y en su presencia, ó apartándose al gabinete próxi-

mo, volvióse á la grave discusión del bazo y del píloro; y se cruzaron preguntas y respuestas, enfáticas, solemnes, en que para nada se metieron aquellos señores con la cuestión de muerte ó vida, única cosa que interesaba á Ivan Iliitch, único y pavoroso problema para él. Resultó de la luminosísima consulta que píloro y bazo funcionaban irregularmente; pero Mikhaïl Danilovitch y la celebridad caerían sin contemplaciones sobre los órganos refractarios, dándoles la orden de volver á su oficio.

Despidióse el célebre doctor con aire serio, pero no desesperanzado. A la pregunta que con timidez le hacían los ojos de Ivan, «¿si había probabilidades de mejora?» repuso que nada podía aventurarse aún, pero que sí; no tenían por qué desconfiar. La esperanza brillantó un punto las pupilas de Iliitch, y aquella mirada que dirigió al médico de tal modo movía á compasión, que sorprendiéndola Praskovia, rompió en sollozos cuando salió del gabinete para poner los honorarios en manos de aquel prestigio de la ciencia.

No duró mucho la confianza que alentaron los optimismos del doctor. Otra vez pesó en su ánimo la monotonía de las cuatro pare-

des, de los cuadros, y cortinas y tapices, y frascos y potes, que eran siempre unos, los mismos; y sintiéndose enfermo de cuerpo y de alma, sin alivio posible, abatióse de tal manera, que volvió á su gimoteo quejumbroso. Se le hizo una inyección y quedó amodorrado.

Atardecía cuando volvió en sí. Trajéronle la comida, y trabajo le costó tomar un poco de caldo. De nuevo la misma angustia, y la noche que avanzaba amenazadora.

A las siete, levantada ya la mesa, entró Praskovia vestida como para salir; marcadísimo el escote de la garganta y muy apretado el corsé y empolvadas las mejillas. Háiale dicho por la mañana que irían aquella noche al teatro, donde representaba Sarah Bernhardt, de paso por allí. Tenían un palco, porque Ivan se había empeñado en que lo adquiriesen. Pero no se acordaba de ello, y le extrañó ver á su esposa con aquellas galas. Disimulólo, no obstante, y recordando de pronto que él mismo había exigido que tomasen la consabida localidad, se conformó, calculando que el espectáculo proporcionaba á los hijos un goce estético é instructivo á la vez.

Satisfecha de sí misma Praskovia Fede-

rovna, pero turbada como si fuese culpable, sentóse, preguntándole por la salud, más por decir algo—bien lo notaba él,—que para adquirir nuevas noticias; ¿qué podía agregar el pobre? Soltó ella las palabras de cajón; esto es: que por nada del mundo iría aquella noche al teatro si no fuese que tenía el billete en el bolsillo, y más que eso, imposible dejar que salieran solos Elena, su hija, y Petrichtchev (el juez de instrucción prometido de Lisanka).

¡Y tanto como le hubiera gustado pasar la velada en su compañía! «Por lo menos, ya que es imposible, que se atenga á las prescripciones del doctor».

—Pues sí; Petrichtchev deseaba saludarte. ¿No te parece mal? También quería verte Lisa.

—Que pasen.

Entró su hija, ataviada también, luciendo el escote no sólo en el pecho, sino en los hombros: hombros que (como se esforzaba en lucirlos) eran su pesadilla. Alta, exuberante de vida, vendiendo salud; egoísta, como todos los enamorados, exasperábanle aquella enfermedad y aquellos sufrimientos, (incomprensibles para ella, porque en su carne son-

reía la primavera) que retardaban cruelmente su ventura.

Pasó, siguiéndola, Petrichtchev, de frac, peinado á lo Capoul; el pescuezo ancho y venoso, oprimido por un cuello de blancura inmaculada; no menos blanca la pechera de la camisa; amoldados los pantalones de punto, negros, á los muslos fornidos; calzada sólo una mano con el guante blanco, y en la desnuda el correspondiente clac.

En pos de ellos, se introdujo, encogido en su uniforme flamante, nuevo, enguantado, el pobre colegial, con ojeras amoratadas que bien sabía lo que indicaban Ivan Iliitch.

Miraba siempre con indefinible ternura el padre á aquel hijo, cuyo tímido y melancólico mirar inspirábanle compasión. Creía que, exceptuando á Guerassim, sólo Vassia se daba cuenta, acaso instintivamente, de la catástrofe y se condolía de su estado.

Sentáronse unos y otros; informáronse de si se sentía bien ó mal, y luego una pausa, que cortó Lisa, preguntando á su madre si llevaba los gemelos. Nó. Disputaron por quién los había perdido. Acusábanse mutuamente. ¡Bien se valían de la ocasión ambas mujeres, procurando matar el tiempo ó distraer el enojo!

Preguntó Petrichtchev á Ivan si había visto á la Sarah. Al pronto el enfermo no entendió la pregunta; luego repuso:

—Nó; ¿y usted? ¿ha ido usted á verla?

—Sí; en Adriana Lecouvreur.

Apresuróse Praskovia á decir, que hacía maravillas en cierta obra. Su hija le contradijo. Y en seguida hablóse de su arte; del gracejo con que representaba los papeles y de la emoción real que imprimía á sus representaciones. La eterna disputa.

Cuando más animado estaba el palique, fijóse Petrichtchev en Ivan y guardó silencio. Como él, miráronle los otros y también se callaron. Iliitch estaba furioso, se le adivinaba en sus pupilas centelleantes: irritábase aquella falta de atención, aquella indiferencia impía; ¿qué no darían ellos por reparar aquella torpeza incomprensible? No había medio. Y era preciso acabar con aquella situación enojosa, aunque nadie osaba ser el primero, agobiados por la pesadumbre de que el ambiente de hipocresía que respiraban todos iba á disiparse, para dejar paso á la realidad.

Lisa fué la decidida, la que, cerrando los ojos, se inmoló en nombre de los demás; sólo que deseando disfrazar los sentimientos

que á los presentes embargaban, no consiguió sinó descubrirlos en toda su desnudez.

—¡Si es que hemos de ir; en marcha!— dijo, consultando el reloj, regalo de su padre; y dirigiendo al novio un signo imperceptible, convencional para ambos, y acompañándolo de encantadora sonrisa, se levantó, sacudiendo y zurriando su vestido.

Pusiéronse los otros en pie, imitándola, dijeron «adiós» y se marcharon.

Viéndose solo, parecióle á Ivan que experimentaba ligero alivio: la mentira se marchaba en pos de ellos. Pero ¡ay! el dolor nó; allí quedaba, invariable y haciéndole compañía, el espanto invencible, el miedo á la soledad. Nada le interesaba ya; empeoraba á pasós de gigante.

De nuevo se sucedían los segundos, las horas, que se le antojaban siglos: siempre igual, siempre igual; á cada momento lo interminable, es decir la conciencia, la certidumbre atroz de un fin, que era de todo punto inútil querer evitar.

—Dí á Guerassim que venga—gritó á Piotr.

X

De regreso, muy tarde ya, entró su mujer, apagando el rumor de las pisadas. A pesar de estas precauciones la oyó él. Abrió los ojos, y volvió á cerrarlos instantáneamente. Trató ella de despedir al criado, para quedarse á velar.

Pero Ivan, le dijo:

—Nó; puedes retirarte.

—¿Sufres mucho?

—¡Qué importa!

—Tomá un poquito de opio.

Conformóse y lo tragó. Entonces se marchó Praskovia.

Permaneció hasta las tres en penosísimo letargo. Soñó que le metían violentamente en un saco negro, estrecho, inmedible, y que le empujaban, le empujaban, sin que pudieran hacerle entrar totalmente. ¡Y cómo padecía, sufriendo aquella espantosa operación! Sentía miedo; hubiera querido caer de golpe hasta el fondo, y á pesar de ello, se resistía; luchaba, defendiéndose, sin que su

obstinación sirviera sinó para atormentarle más... De pronto, roto el obstáculo, se hundió, se sumerge, entra en la boca del abismo... Y despierta entonces, y al abrir los ojos, ve al fiel vasallo, al humilde Guerassim, sosteniéndolo pacientemente, y dando cabezadas á sus pies. ¡Y aun aquella novedad le cansa! Aun aquello es monótono; lo de todos los días. Tendido él, sus piernas descarnadas, en alto, con el apoyo del robusto campesino. La misma luz opaca de siempre, y como una hora y otra hora, y un minuto y otro minuto, el padecer sin calma.

—Véte, Guerassim—murmuró.

—No estoy cansado; me quedo.

—Nó; digo que te vayas.

Apartó las piernas que descansaban sobre los hombros y la espalda del criado: recostóse, apretando la parte dolorida, apoyó en la mano la mejilla, y llenósele el alma de inmensa y triste piedad, compadeciéndose á sí mismo por aquel abandono en que le dejaban los suyos, cuando más pensosa era su situación.

Lloró como un niño desconsolado cuando, viéndose enteramente solo, no pudo contener su tristeza que se desbordaba en lágrimas. Lloró su soledad, lloró su desespero, lloró

la indiferencia de los hombres, que en olvido le tenían, cuando respiraba aún, y la derrota de Dios, que no esclarecía tan lúgubres tinieblas, en aquel instante supremo.

«¿Por qué me torturas cruelmente, y si tenías que torturarme, por qué me has creado, y si era preciso que me crearas, por qué has hecho el mundo así?»

No iban á responderle, claro; y no obstante lloraba porque no obtenía respuesta. Aquel nervosismo agravó el mal, pero no se movió, no llamó, como si su actitud de reto le mantuviera firme en el peligro.

—¿Más, quieres más? ¡Pues más! Hiere. Pero dime por qué. ¿Qué hecho yo para que así me castigues? ¿qué?

Callóse; y no sólo secó sus lágrimas, sino que contuvo su respiración, permaneciendo en actitud expectante: como si escuchara una voz íntima, inarticulada, misteriosa; como si oyera hablar á sus propios pensamientos.

—¿Qué deseas?— parecería que le zumbaban en la mente.

—¿Qué deseas? ¿qué deseas? ¿qué? Muy sencillo. Que termine este padecimiento. ¡Vivir!

Y de nuevo prestaba atención para escuchar la respuesta, y ésto sucedía de modo,

que dijérase que ya no le molestaba la horrible é incurable angustia de su mal.

—¡Vivir, eh! ¿conque vivir?—continuaba diciendo la conciencia.—¿Y cómo quieres vivir?

—Pues sí, vivir... como antes: vivir bien, cómodamente.

—¿Cómo antes? ¿bien? ¿cómodamente?—insistió la voz que repercutía en lo íntimo.

Repasó en su espíritu la historia de sus momentos más felices. Pero ¡qué raro! Todo, absolutamente todo, si se exceptúan los recuerdos de su infancia, lo veía distintamente que hasta allí, como al reflejo de otra luz que la que iluminara en plena salud su existencia. En lo más apartado, en aquellas mansas y tranquilas venturas infantiles, había—así se lo representaba el pensamiento,—no sé qué agradable encanto, y de tal modo, que volviendo á ser niño, tenía la convicción de que los inefables goces de la candorosa edad embellecerían la vida que ahora se agotaba. Pero, ¡ay! el hombre que tan dichoso fué en los primeros años, no existía ya: lo que flotaba en su imaginación era como el recuerdo de otro sér distinto.

Cuanto más metía las uñas en aquel periodo feliz, de que arrancaba el Ivan de hoy,

tanto más las inocentes satisfacciones del Ivan de antes, confundido ya en la línea vaporosa de los años, iban desvaneciéndose delante de sus ojos, y trocándose, por efecto de la sensación, en algo impuro y vil. No había remedio. Se alejaba de la infancia para caer en lo presente, para dar desde las alturas ideales en los rastreros y efimeros goces de la materia.

La línea divisoria estaba en los recuerdos de la Facultad. Allí, en la Escuela de derecho, aún encontraba su imaginación algo que tenía perfume, que era puro: la alegría sana, jovial; el compañerismo de la adolescencia; la fe en lo porvenir. Luego venía un claro; en las clases superiores los goces puros no eran tan intensos. A poco, durante su misión cerca del gobernador de la provincia á que fué destinado, resurgía la primavera: presentábase algo así como una eflorescencia de las primeras y más gratas ilusiones: el dedo del amor tocando en su alma. Pero, á partir de esto, ¡ay! todo era confusión y transtorno, y la dicha se iba debilitando, como un astro que se apaga y sólo nos alumbra cada vez con más débiles fulgores.

En la edad madura... el casamiento, aquel

casamiento convencional, sin poesía, sin la sugestión del cariño, tan cerca del desengaño... Los efluvios que exhalaba la carne perfumada, fresca, de su mujer; la voluptuosidad, terrible hipocresía del amor... Y muy luego, muy luego, la carrera paralizada, los apuros de dinero, las luchas de familia ase-diándole un año, y dos, y diez, y veinte... siempre lo mismo. ¡Cuánto más tiempo pasaba, más seca y estéril la existencia le parecía!

«Como si hubiera bajado la pendiente, en el punto y hora que creía remontarla. Esto es lo sucedido. Para todos subía, cuando la vida se deslizaba bajo mis pies... Y ahora, en su término estoy... ¡Me muero!

«¿Y qué significa eso de morir? ¿y por qué me cela la muerte? ¿por qué? ¡Ah, nó; imposible! La vida no puede ser cosa tan efímera y humillante, nó. Y si lo es, si es humillante y efímera, ¿por qué razón morir de tan terrible agonía? ¿por qué morir sufriendo? ¿Por qué no hiere nuestra conciencia hasta el supremo instante de morir, la convicción fatal de la muerte? Hay algo en este misterio, que no alcanza á explicarse mi espíritu».

Pensó bruscamente;

«¿Será porque no he vivido todo lo que podía alcanzar en duración mi cuerpo?»

Y á seguida:

«¿Cómo nó? ¿Por qué no vivir todo lo necesario, habiendo puesto de mi parte lo que hacía falta, siendo así que no me he apartado de lo que en conciencia he creído que era mi deber?»

Rechazó, pues, esta conclusión, que podía explicar el problema de la vida y de la muerte, por absurda.

«¿Qué pides, por tanto? ¿qué deseas? ¿Vivir? Bueno. ¿Y vivir cómo, en qué forma? ¿Cómo en el tribunal cuando el ujier anunciaba: *¡va á empezar el juicio... sala!* ¿Va á empezar el juicio? ¿El juicio para mí? ¡Pero si yo no soy culpable, no soy acusado!»

Y encolerizado, furioso:

«¿Por qué, veamos, por qué se me entrega á este juicio inapelable, misterioso?»

Apagáronse los gemidos; secáronse las lágrimas, volvióse cara á la pared, cerró los ojos y por largo rato sólo escarabajó esta idea en su cerebro: «¿por qué tan horrible tormento, por qué?»

Pero bien se desvivía en buscar la solución, examinándola por todos sus extremos, que la pregunta sin contestar quedaba.

Y aunque á modo de obsesión le asaltaba á cada instante el pensamiento de no haber vivido como era de ley que viviera, y que en esto estaba la causa de tal ruina, rechazábalo, pesando y contrapesando la indisputable corrección de sus acciones.

XI

Y así transcurrieron otros quince días. Ya no se movía Ivan del sillón. Obstinábase en no tenderse sobre la cama. Con el rostro á todas horas vuelto hacia la pared, cogía y soltaba, y cogía nuevamente sus pensamientos dolorosos, sus dudas insolubles.

«¿Qué hay en todo esto que á mí me pasa? ¿Es de cierto, de cierto la muerte?»

Y replicaba la voz íntima:

—Sí; la muerte es.

«Pero, si lo es ¿para qué sufrir tanto?»

—No hay razón, natural. Si no que... porque...

Y no pudo aclarar el caso, ni obtener otra respuesta.

Desde que se manifestaron los primeros

síntomas de la enfermedad hasta que consultó con el médico, tan pronto confiaba como desesperaba, según los impulsos y desmayos del dolor: y á partir de la visita, ora veíase agobiado con abatimiento triste, temiendo el peligro de una muerte tan espantable como misteriosa, ya la esperanza de curar le entretenía con el impensado é interesante estudio de sus orgánicas funciones. Así, en un momento dado no veía más que el bazo que irregularmente funcionaba, y al cual se podía meter en cintura, y de improviso surgían ante su imaginación, cuando más exaltada la tenía, todas las medrosas imágenes de la muerte.

Al principio las fuerzas estaban equilibradas; sucedíanse paulatinamente y con la misma intensidad los soplos que en su ánimo movían la esperanza y el desaliento; pero á medida que se agravaba la dolencia, perdíanse las ilusiones del bazo y se acentuaba el temor de una muerte cercana, próxima. Volviendo el pensamiento á lo que era tres meses atrás, equiparándolo á su presente naturaleza y fijándose en la tenacidad con que había corrido hacia la catástrofe, desvaneciase toda esperanza.

En los últimos tiempos de soledad y aban

dono, cuando pasaba los días con la cara vuelta contra el respaldo del sofá (y era terrible, en el centro de la ciudad populosa, cerca de su familia y de sus amigos aquella soledad á nada comparable, porque era inútil buscarla tan absoluta ni en los abismos del mar ni en la superficie de la tierra), Ivan Iliitch sólo vivía con los recuerdos de su pasado.

Los cuadros más sugestivos de su vida, reproducíanse en su imaginación. La evocación empezaba por las épocas más recientes, para remontarse á las lejanías de su infancia. Las ciruelas cocidas que acababan de servirle, recordábanle las ciruelas pasas, fruto francés, de su edad más tierna, con su gusto especial y el exceso de salivación que al llegar al hueso se producía en su boca; y estas sensaciones daban fuerza á una serie de imágenes y figuras del tiempo viejo: su niñera, sus hermanos, sus juguetes... «No hay que pensar en tales cosas... es muy penoso»; decíase Ivan, plantándose de un salto en la realidad del instante vivido.

«Estos botones que sujetan la tela al respaldo del sofá, y las arrugas del tafilete... este tafilete es caro y poco fuerte. Motivó una viva disputa acerca de su valor. Acuér-

dome de otro tafilete y de otra cuestión, cuando rompimos la cartera del padre y nos castigaron. Y mamá nos trajo un pastel».

Y de nuevo hizo un alto en las emociones de su infancia, y de nuevo se sintió dolorosamente conmovido. Esforzóse en apartar de su mente aquellos ensueños dulces y volver su atención á otras cosas.

Con tales recuerdos recrudescían en el pensamiento las fases distintas de su enfermedad. Y aquí también, cuanto más retrocedía, más intensidad de vida y de ventura encontraba, hasta el punto de confundirse las dos sensaciones en una.

«Así como mis tormentos aumentan incesantemente, del mismo modo mi vida no ha hecho sino empeorar de hora en hora», pensaba. «Un punto luminoso, allá abajo, á lo lejos, cuando empezaba á vivir, y después... siempre más obscuro, más obscuro, y siempre deprisa, deprisa, en razón inversa del cuadrado de las distancias de la muerte».

La imagen de la piedra cayendo con velocidad proporcionalmente acrecentada, grabábase en su cerebro. La vida, cadena de sufrimientos, vuela cada vez más rápida hacia su fin, el supremo dolor...

«Yo vuelo...»

Extremecíase, se agitaba queriendo resistir, aunque convencido de que toda lucha es inútil: y con ojos cansados de atisbar y que no podían cerrarse, contemplaba el respaldo del mueble, esperando la caída espantosa, el choque, la destrucción.

«Inútil resistir, se decía; pero, á lo menos quisiera saber la causa, el motivo... y hasta eso se me niega. Podríamos explicarlo, diciendo que no he vivido ordenada y convenientemente, pero nó; en absoluto es imposible aceptar semejante hipótesis». No había sino ver, pensaba, cómo había sido su vida espejo de corrección y rectitud.

«Nada; es imposible admitir tal absurdo», añadía, dejando vagar una sonrisa por los labios, como si alguien hubiera podido verle y dejarse entontecer.

«¡Imposible toda explicación, imposible! El tormento, la muerte... ¿por qué?»

XII

En los quince días siguientes sobrevino el acontecimiento tan deseado por Ivan Iliitch

y su esposa. Petrichtchev pidió formalmente cierta tarde la mano de Lisa. Pensando como le comunicaría la noticia, entró al día siguiente Praskovia Federovna en la habitación de su marido. Por desgracia, la noche anterior había empeorado el enfermo. Encontróle ella extendido sobre el mismo sofá, pero en diferente posición; en actitud supina, gimoteaba, mirando fijamente á lo alto.

Oyéndola hablar del medicamento volvió los ojos; leíase tal odio en sus pupilas, que no pudo menos de contenerse Praskovia.

—¡Déjame morir en paz, por Cristo!— murmuró.

Trató de retirarse la dama, pero en aquel momento se presentó su hija con la intención de darle los buenos días. La misma é implacable mirada cayó sobre la doncella, y á sus preguntas, interesándose por el estado de su salud, contestó él secamente que no tardaría en dejarles libres y tranquilos. Guardaron silencio las mujeres, y á poco salieron de la estancia.

—¿Pero, qué culpa tenemos nosotras?— preguntó Lisa á su madre.—¡Cómo si le hubiéramos puesto así! Compadezco á papá, cierto; pero ¿por qué nos martiriza de ese modo?

Puntualmente se presentó el médico. Ivan respondía con monosílabos «sí», «no», y siempre agresivo, irritado. Por fin, no pudiendo contenerse:

—Bien sabe que no me sirven para nada sus recursos. ¡Déjeme en paz!

—Podemos mitigar sus dolores—rezongó el otro.

—No; ni eso. ¡Vaya usted con Dios!

Retiróse el médico, y en el salón dijo á Praskovia que la cosa iba mal, y que no veía más remedio que el opio para facilitar algún alivio á la insufrible tortura.

Si; intolerables eran los padecimientos de Ivan Iliitch, razonablemente hablaba el doctor. ¡Pero cuánto más angustiosas sus tristezas! No en otra parte estaba ya su mal.

Sufría moralmente, y era inconsolable aquella pesadumbre, porque la noche anterior, fijándose en el rostro soñoliento, bonachón, de hinchados carrillos, de Guerassim, le asaltó este pensamiento:

—¿Qué será de mí, si en efecto esa vida de que me ufano, la vida consciente, no ha ido por el derecho camino que debía ir?

Y se puso á considerar que acaso lo que le parecía hipótesis absurda, inadmisibles, «que no hubiera vivido noblemente», podía muy

bien ser lo exacto; y que sus veleidades contra la existencia comodona, las protestas y rebeldías contra lo que la elegante sociedad tenía por sano y virtuoso, veleidades insensibles, tan pronto iniciadas como corregidas, rebeliones que ahogaba inmediatamente, podían ser como el instinto de la *verdad*; en este caso, todo, falseaba por su base: todo, su carrera, las delicias de su existencia apacible, la familia, los lazos sociales, las ventajas de la profesión, todo en fin, no era sino *mentira* brutal.

Trató de aferrarse á sus preocupaciones, defendiendo los principios; pero repentinamente vió claro, vió cuán livianas eran sus argucias. No, no había defensa posible.

«Y siendo así, dejo la vida con la conciencia de haber perdido sin remisión todos los tesoros que se me habían otorgado. ¿Pero entonces, cómo redimir el yerro?»

Se echó de espaldas, y se obstinó en repasar todos los accidentes de su vida.

Por la mañana, en cuanto vió al lacayo, á su mujer, á su hija, al médico, sus acciones, sus palabras, le confirmaron en la terrible y luminosa verdad que durante la noche había esclarecido su entendimiento. Veíase á sí propio reflejado en aquellas humanas figu-

ras, y en su conjunto hallaba el resumen de su misma existencia, compuesto de convencionalismos estúpidos, de hipocresías espantables, de mentiras atroces que echaban un velo sobre la vida y la muerte. Y esta certidumbre acentuó, multiplicándolos, sus dolores físicos. Lloriqueaba, agitadísimo, y en el colmo de la desesperación, desgarrábase las ropas: parecía que le oprimían, que le ahogaban. Y de aquí su rabia, su odio.

Se le administró una dosis considerable de opio. Quedó aletargado; pero á la hora de comer, la crisis volvió con más furia. Mandaba noramala á todo el mundo, y se removía y perneaba, presa de intolerable agitación.

Acercósele su mujer, y le dijo:

—Juan, amigo mío, hazlo por mí (¿por mí?) Ningún daño puede ocasionarte: al revés, se ha visto en muchas ocasiones que alivia. No quiere decirse que estés en trance desesperado. No significa eso, nó; ni tiene importancia alguna; hasta los que se hallan buenos y sanos aceptan con gusto.

Abrió él desmesuradamente los ojos.

—¿Qué dices? ¿la extremaunción? ¿Y por qué motivo? Déjame, no la quiero... ¡Y sin embargo...!

—Sí, querido: voy á dar órdenes para que venga el cura. ¡Es tan simpático!

—¡Excelente! ¡perfecto!

Llegó el sacerdote; administró al paciente, y se calmó Ivan, sintiendo que se apaciguaban sus dudas, y en consecuencia, sus tristezas; se encendió en su espíritu un relámpago de esperanza. Comenzó á pensar de nuevo en el píloro y en la posibilidad de curarlo. Recibió la extremaunción arrasados en lágrimas los ojos.

Después de la ceremonia se le recostó, y sintió leve y momentánea mejoría; la esperanza de vivir se apoderó otra vez de su ánimo. Reflexionó detenidamente acerca de la operación que le proponían como último recurso.

—¡Quiero vivir! ¡quiero vivir!—clamaba su pensamiento.

Vino su mujer á felicitarle, y soltó las palabras corrientes en tal caso. Añadió:

—¿No es cierto que te sientes mejor?

Sin mirarla, repuso:

—Sí.

El traje de Praskovia, su actitud, la expresión del rostro, hasta su acento, parecían decirle: «¡no es eso, nó! No has vivido ni vives aún más que en la mentira; no hay en

todo ello más que falacia, hipocresía, que oculta á tus ojos la vida y la muerte».

Y este pensamiento despertó el odio en su corazón, y con el odio se irritaron sus dolores, y con sus dolores sus angustias; apareció la certidumbre de un fin próximo, inevitable.

Algo insólito sucedía en su naturaleza.

Un clavo le taladraba las sienas; y oía tiros que recibía en las entrañas, destrozándoselas; faltábale la respiración.

Había cobrado al pronunciar aquel «sí» su fisonomía un aspecto de demonio, verdaderamente horrible. Diciendo «sí», mirando con fijeza lo que tenía delante de los ojos, volvióse con extraordinario ímpetu, con vigor incomprensible para su debilidad, y gritó:

—¡Marchaos todos! ¡todos! ¡Dejadme!

XIII

Entonces fué cuando empezó aquel grito agudo, indescriptible, que se estuvo oyendo en su boca tres días inacabables, y que aun

á través de dos puertas, helaba el alma de terror. Cuando apostrofó á su consorte, se vió ya completamente condenado, sin esperanza; inútil forjarse ilusiones; aquella vez no fallaba, era el agotamiento final, y el problema de la vida continuaba insoluble.

—¡Ou—ou—ou!—gritaba con distintas gradaciones de voz.

Y empezaba por clamar: ¡Ne Khotchou! (No quiero), y su grito se prolongaba apoyándose en la sílaba final: ¡ou—ou—ou...!

Tres días estuvo así. Se retorció en aquel saco negro á que le empujaba irresistiblemente una fuerza invisible, imponderable. Agitábase y forcejeaba como un condenado á muerte entre las manos del verdugo. Y á cada instante, á despecho de su desesperada resistencia, sentíase arrastrado hacia aquel fondo, que tanto terror le producía; sufriendo horriblemente porque le era imposible contrarrestar la fascinación del abismo, la pesadilla de aquel agujero negro en que caía, sin franquearlo. Impedíasele ¡ay! la obstinada idea de que su vida no había sido mentira cruel; y el empeño en justificarla según se había deslizado, le retenía como si colgara del aire, y le torturaba atrocemente.

De pronto le hirió en el pecho y en el

costado una fuerza que no sabía qué cosa fuese, ahogándole; le habían precipitado en el agujero negro, y en su fondo algo se iluminaba, esclarecíase. Pasábale como ocurre algunas veces en el tren, que cierra uno los ojos é imagina que va en dirección contraria, hasta que se reconoce bruscamente la dirección efectiva y real.

«¡Ah, no era ésto lo que yo esperaba! de-
cíase; pero no importa. Queda algo por
hacer, sin duda. Pero, ¿qué cosa?»

Y se calló.

Era hacia el fin del tercer día, una hora antes de agonizar. En aquel instante se deslizó furtivamente el colegial en el cuarto de su padre y se aproximó al lecho. El moribundo seguía gimiendo, agitando los brazos. Con la mano rozó la cabeza de su hijo; cogióse la el colegial, la llevó á los labios y se deshizo en lágrimas.

! Ocurría precisamente en el momento en que Ivan Iliitch veía aquel misterioso resplandor, y comprendía que estaba lejos de haber cumplido su misión en la tierra, aunque tenía tiempo de rescatar su vida; el momento, en fin, en que se preguntaba: «¿qué debo hacer para ello?» y atisbaba, aguzando el oído, mudo y silencioso, la respuesta. Fué

cuando sintió que le besaban la mano. Abrió los ojos y se fijó en su hijo. Movióle á compasión la vista de la tierna criatura. Luego, adelantóse su mujer; vió que tenía la mirada fija en él, y que las lágrimas resbalaban á lo largo de su nariz, humedeciendo las mejillas, y la boca entreabierta. Se apiadó asimismo de su cónyuge.

Pensó:

«Claro que les ~~hago~~ sufrir; me compade-
cen; vale más para ellos que muera».

Quería hablarles de ésto y no tuvo fuerzas para transmitir sus palabras.

«Al fin y al cabo ¿de qué serviría? Valen más las obras».

Fijó la mirada en su mujer y en su hijo, y murmuró:

—¡Amen...! Le tengo lástima... y tam-
bién tengo lástima de ti.

Quiso agregar: «¡Prostil!» (¡perdono!)
Pero dijo: «¡Proponstil!» (¡Dejadme morir!)
Y sin fuerzas para enmendar la expresión de su pensamiento, cayó su mano desalentada y triste, seguro él de ser comprendido por quien podía y debía juzgarle.

El problema que era su pesadilla, su obsesión, resolvióse en todas sus fases, con impensada sencillez.

«Les compadezco. La conmisericación se ha apoderado de mi espíritu. Quisiera que no sufrieran tanto como sufren; quisiera librarles de sus dolores, y librarme á mí mismo de los que me acongojan. ¡Qué bueno es pensar así, y qué cosa más fácil de entender! ¿Y mi mal, dónde se ha metido? ¿dónde estás, mi mal?»

Quedóse atento.

«¡Ah, sí; ya veo que te revuelves. Peor, eso es, peor que peor.»

«Pero y la muerte, ¿por dónde anda?»

Y escarbaba en el temor que le producía la tenebrosa idea inútilmente.

«¿Dónde está? ¿qué es morir?»

No había tal temor, porque no había tal muerte. El miedo desvanecido estaba.

Dónde él imaginaba hallar sombras, veía luz.

—¡Ah, eso es la muerte!—exclamó en voz alta.—¡qué dicha, qué inefable dicha!

Todo fué obra de un instante, del supremo y decisivo.

Prolongóse su agonía dos horas más. En su pecho, algo borbotaba aún, imprimiendo al cuerpo agotado, extrañas sacudidas. Después el estertor fué apagándose.

—¡Es el fin!—gritó alguien sobre su cabeza.

Oyó él estas palabras y las repitió mentalmente: «¡El fin...! ¡la muerte! NÓ; no hay muerte».

Hizo un movimiento de aspiración, que no acabó del todo, quedó rígido y murió.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1885 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1885 MONTERREY, MEXICO

Muerte del Príncipe Andrei

(La Guerra y la Paz.— Fragmentos)

**

Pálido y sombrío como todos los hombres de su regimiento, paseábase el príncipe Andrei á lo largo de la pradera, junto á un campo de maíz: atrás las manos, cruzadas, y el semblante inclinado sobre el pecho. En nada tenía que fijar su atención, ninguna orden necesitaba transmitir; todo iba como una seda, se hacía todo sin que interviniera él con sus avisos ó sus mandatos; recogíanse muertos y heridos, y después las filas se ce-rraban otra vez. Los soldados que se apartaban impetuosos, volvían á su puesto prontamente. El príncipe creyó al principio de la batalla que convenía alentar á sus hom-bres con el ejemplo, y se puso á recorrer la

línea; pero no tardó en convencerse de que aquellos muchachos cumplían valerosamente, sin necesidad de lecciones. Lo mismo que él, cuantos mediaban en la lucha esforzábanse por apartar de su mente la horrible situación en que se hallaban envueltos. Caminaba Andrei, hollando la tronchada hierba y fijándose maquinalmente en el polvo que levantaban sus botas; y cuando no medía á zancadas el surco marcado por los leñadores, entreteníase en medir y contar sus pasos, (preguntándose cuántos necesitaría para recorrer de un límite á otro y para andar así una legua) ó arrancaba los tallos de ajenjo que crecían en los bordes, deshaciendo entre los dedos las florecillas cuyo fuerte y acre aroma aspiraba con fruición.

Habíanse embotado en su cerebro las ideas de la víspera; sin pensar determinadamente en cosa alguna, concentraba toda su atención en el espantoso alboroto de la batalla, en el concierto que formaban los disparos de fusiles y cañones, uniéndose al estrépito de las granadas con su temeroso y lúgubre estampido. De cuando en cuando dirigía su vista al primer batallón.

«¡Ahí viene! ¡Otra que cae sobre nosotros!—gritaba la gente, oyendo silbar el

proyectil sin distinguirlo, entre la densa humareda—¡Una más, y ésa nos toca!»

Paróse el príncipe y abarcó de una ojeada las filas:

—¡Nó... pasa de largo!

Y continuó su marcha apresuradamente, para plantarse en dos saltos donde quería.

Un silbido agudo; una explosión. Abrió brecha en el áspero terreno una bomba y desapareció. Extremecióse inconscientemente Andrei, y de nuevo miró á sus hombres; habían caído no pocos, sin duda, pues la gente formó un remolino confuso delante del segundo batallón.

Gritó:

—¡Señor ayudante, impida usted que se agrupen!

Cumplió la orden el interpelado y se aproximó al príncipe; el jefe del batallón llegaba galopando á caballo, desde la parte opuesta.

—¡Cuidado! ¡cuidado!—gritaba entonces un individuo, con voz de espanto.

A dos pasos del príncipe Andrei, junto á la cabalgadura del jefe, comparable á un pájaro que abate en tierra su raudo vuelo, sin ruido casi, cayó una granada. El caballo se levantó sobre sus patas, presa de te-

rror, y sin importarle que le echaran en cara su cobardía, relinchó espantosamente; tumbóse en seguida cayendo de costado, y en poco estuvo que apeara por las orejas al comandante.

El ayudante le gritó:

—¡A tierra, échate á tierra!

Permaneció en pie el príncipe, vacilando. La granada daba vueltas como una peonza en las lindes del prado, junto á una mata de ajenjo, entre él y su ayudante.

—¿La muerte? ¿llega de cierto, de cierto la muerte?—pensó el príncipe mirando con indefinible sentimiento de tristeza la mata amenazada, y el humo que formando espirales se escapaba del negro proyectil.

Pensó:

—No puedo, no quiero, no es posible que muera; amo la vida, las hierbas de este campo, la tierra toda, el aire...

Se acordó de que estaban fijas las miradas en él:

—Señor ayudante, es una vergüenza que...

No pudo acabar; oyóse el ruido de la explosión, como estrépito de vidrios que saltan en pedazos por el aire, y al mismo tiempo sintióse el olor sofocante de la pólvora. El

príncipe dió un salto, levantó en alto los brazos, inclinóse hácia un costado, todo obra de un segundo, y cayó de bruces. Los oficiales corrieron precipitadamente en su auxilio; salióse del vientre un hilo de sangre que enrojecía la hierba. Los milicianos, advertidos con órdenes premiosas, acercaron sus camillas y se detuvieron á la zaga de los mandones. Andrei, que seguía boca abajo, contra la tierra el rostro, respiraba fatigosamente.

—¿Qué es eso? ¿por qué se paran ustedes?

Los rústicos se adelantaron, y cogieron al herido por pies y cabeza, pero gimió tan dolorosamente, que aquellos, contemplándose un punto con mirada de inteligencia, volviéronle á colocar sobre el duro suelo.

—¡Arriba con él, sea lo' que fuere!—gritó uno.

Izáronle de nuevo y le acomodaron en unas parihuelas.

—¡Ah, Dios mío...! ¡qué desgracia! ¡en el vientre!... No hay salvación... ¡Dios mío! ¡Dios mío!—oyóse exclamar á los oficiales, con compungido acento.

—Pasó rozando mis cabellos—dijo el ayudante.

Colocaron á pulso la camilla sobre los

hombros, y echó la gente por la senda practicable en dirección de la ambulancia.

—¡A ver, vosotros, si marcáis el paso!— tronó un oficial cogiendo por el hombro á uno de los camilleros que caminaba torpemente.

—¡Camina bien, tú, Fedor!—dijo el que les mandaba.

—Nó, pues él vá mejor que quiere—respondió festivamente el camillero de atrás, cambiando el paso y poniéndolo al unísono con el de sus camaradas.

—¡Excelencia! ¡Príncipe mío!—exclamó Timokhine, el jefe del batallón, sollozando, acercándose á la camilla.

Abrió Andrei los ojos, miró al que le hablaba, y los entornó de nuevo.

Condujeron al príncipe hacia el bosque, cerca de los carros para heridos y del improvisado hospital de sangre, compuesto de tres tiendas levantadas junto á un plantío de abedules. Los caballos, enganchados, comían pacientemente su cebada. Bajábanse los gorriones á picotear los granos dispersos; y los cuervos, atraídos por el olor de sangre, revoloteaban de árbol en árbol, graznando furiosos.

Alrededor de las tiendas, en un cuadro

relativamente extenso, aguardaban, sentados, tendidos, de pie, muchos hombres sucios de sangre, alteradas las facciones, horripilante la figura; y cerca, grupos de sanitarios y camilleros, que los oficiales podían á duras penas separar de los pacientes; sordos á la voz de los jefes, colgábanse sobre las angarillas, ó aterrorizados, mudos y sombríos, esforzábanse en explicarse la causa y la razón de aquel terrible espectáculo, que encendía el pasmo en su mirada, en sus ojos.

Dentro de las tiendas oíanse gritos de dolor, exclamaciones airadas, gemidos y sollozos. A intervalos, salía presurosamente un practicante en busca de agua, y á la par señalaba los heridos que debían ser introducidos, los cuales, mientras les llegaba el turno, gritaban con desespero, lanzaban juros y votos horribles, pedían vodka. Deliraban no pocos. Al príncipe, como jefe de regimiento que era, púsosele, saltando por todos aquellos infelices, en la tienda más á mano, y sus conductores hicieron alto para recibir órdenes.

Abrió Andrei los ojos, sin comprender palabra de lo que pasaba á su alrededor; la pradera, la mata de ajenjo, el campo de batalla, la peonza negra que bailoteaba verti-

ginosamente, despertaron con nuevas emociones en su espíritu. A dos pasos, apoyándose en el tronco de un álamo, atrayéndose la atención general con sus voces, veíase á un sargento alto, fornido, los cabellos negros, medio ocultos por el vendaje de la cabeza, en que había hecho blanco una bala. También estaba tocado en el pie. En torno escuchaban varios heridos y camilleros, formando grupo.

—Tan bien le hemos desalojado, que ha huído vergonzosamente, abandonándolo todo en su derrota...

Y añadió, chispeándole los ojos:

—¡Hasta el rey cayó prisionero...! ¡Ah, si llegan á jugar las reservas, muchachos! Ni rastro de ellos, ni el nombre queda... ¡tal como os lo digo!

Escuchaba el príncipe al narrador, como los demás circunstantes; mirábale con sus pupilas encendidas, relucientes, y experimentaba al oírlo no sé qué consuelo.

«Pero ya ¿qué me importa?—se dijo.—¿Qué me ha sucedido? ¿Y por qué estoy aquí...? ¿Por qué este vago temor de perder la existencia? ¿Hay, pues, en esta vida algo, que no he comprendido nunca, que no me explica aún?»

Uno de los cirujanos salió de la tienda. Llevaba las manos y el mandil salpicados de sangre. Entre el índice y el pulgar sostenía un cigarro, haciendo de modo que no se manchase. Levantó la cabeza por encima de los heridos; bien se veía que deseaba descansar de tarea tan penosa. Miró á diestro y siniestro, exhaló un suspiro y bajó los ojos.

—¡En seguida!—contestó al practicante, que le señalaba al príncipe Andrei.

Y mandó que lo metieran dentro.

Levantóse un sordo murmullo de protesta.

—¡A ver! ¡Hasta en el otro mundo son los señores los únicos que tienen derecho á vivir!—murmuró cualquiera de los heridos.

Tendieron al príncipe sobre una mesa, que el practicante acababa de limpiar; le pilló aún frotando con la esponja.

No pudo distinguir claramente el herido á todos los que se hallaban dentro de la tienda. Robábanle los sentidos aquellos intolerables dolores que padecía en el vientre, en el muslo y en la espalda, y le mareaban los ecos del continuo y angustioso gemir que de todos los ámbitos se levantaba. ¡Atroz, todo atroz! Cuanto impresionaba allí el ánimo confundíase en no sé qué sensación de carne humana, desnuda, sanguinolenta, llenando

casi, por lo amontonada, aquella mezquina tienda, de tan reducido ambiente. Acor-dóse de lo que había visto cierto día espléndido y brillante de Agosto en el lago del famoso paseo de Smolenck. Sí, sí; era-aquello como carne de cañón, y ya presentía á la vista de aquello el horror, la desgana, de que sobrecogido se sentía ahora.

Tres mesas se veían allí, dos ocupadas ya; depositado sobre la tercera el príncipe, permaneció abandonado breves minutos, lo cual le permitió examinar los tableros próximos. En el cercano, sentábase un tártaro, cosaco sin duda, á juzgar por el uniforme caído á sus pies. Le sujetaban cuatro soldados, y un doctor (calados sobre la nariz los anteojos) certaba en la carne de su espalda recia y musculosa.

—¡Oh! ¡oh! ¡ooh!—aullaba el tártaro; y de repente, levantando su ennegrecido rostro, como para aspirar el aire, aquel rostro de sién despejada, de nariz partida, de blanquísimos dientes, se desplomó.

Rodeaban la segunda mesa distintas personas; hallábase tendido allí un hombre alto y robusto, con la cabeza echada hacia atrás. El color de sus cabellos ensortijados y la forma de sus facciones no extrañaban al

príncipe. Cargaban todo su peso varios practicantes sobre aquel hombre para impedir que se moviera. En la pierna, blanca y redonda, notábase un intolerable temblor convulsivo, y en todo su cuerpo sacudidas epilépticas que iban á resolverse en sofocantes sollozos. Dos cirujanos, lívido, trémulo el uno, batallaban con la otra pierna horriblemente enrojecida.

Terminada la tarea con el tártaro, sobre el cual echaron un lienzo, el doctor de los lentes se dirigió, frotándose las manos, al príncipe Andrei.

Volvióse con viveza al fijarse en su rostro.

—¿No se le ha desnudado aún...? ¿En qué diablos piensa usted?—gritó furioso á uno de sus practicantes.

Llenaron la imaginación del príncipe los recuerdos de la más tierna infancia, mientras el practicante, con las mangas remangadas, iba desabrochando su uniforme. El médico inclinó la cabeza sobre la llaga, examinóla, y suspiró hondamente. Llamó después á alguien, y el espantoso y brusco dolor que Andrei sintió en el abdomen, hízole perder el conocimiento. Cuando volvió en sí habían ya extraído los fragmentos de sus costillas destrozadas; estaba hecha la primer cura de la

llaga, y en torno de la herida veíanse aún trozos de carne cortados. Le humedecían con agua el rostro. Abrió los ojos; el doctor se inclinó y le estrechó silenciosamente, y se alejó luego sin volver la mirada.

Después de tan insufrible tortura, experimentó inefable sentimiento de bienestar; tornaron las ideas á reproducirle los instantes más risueños y dulces de su vida: sobre todo los de su infancia, cuando le desnudaban y le acostaban en su camita, y la paciente niñera le arrullaba con sus cantos, para dormirlo; y hundiendo él la cabeza en los almohadones, sentíase dichoso no más que con tener conciencia de la vida: parecía haberse convertido todo aquel pasado en la realidad de ahora.

Los cirujanos seguían en torno del herido, á quién creía reconocer; sosteniéndolo, procuraban calmarle, confortarle.

—¡Ooo—ooo! Enséñemenla! ¡enséñemenla!—gemía loco de angustia.

Y también el príncipe, al oír los gritos, sentía ganas de llorar. ¿Por qué era? ¿Por qué le acechaba la muerte obscura, sin gloria? ¿por qué deseaba vivir? ¿por qué le enternecían aquellos cándidos recuerdos de la infancia? ¿O era acaso porque también él había

padecido horriblemente, y viendo sufrir á los otros, sintiendo las dolorosas quejas de aquel hombre, acometíale el deseo de derramar lágrimas tiernas, casi dulces?

—¡O—ooo!—Sollozó ardientemente como una mujer.

El médico que le ocultaba al herido se apartó, y pudo fijarse en su rostro.

—¡Dios santo! ¿qué veo? ¿Por qué le encuentro aquí?—pensó Andrei. En aquel desgraciado que acababa de sufrir la dolorosa operación de cortarle una pierna, reconoció el príncipe á Anatolio Kouragine (1). Sosteníanle casi en brazos, y le ofrecían agua en una copa, cuyo borde no alcanzaban á tocar sus labios hinchados, temblorosos. Kouragine gemía, abatido, entrecortadamente.

«Sí, es él, no me cabe duda: es él, ese hombre que casi me inspira compasión, y que está unido á mi vida por un recuerdo doloroso; ¿pero cómo es ese lazo?»—pensaba el príncipe sin poder darse cuenta exacta de sus sensaciones.

De pronto, surgió en su espíritu una memoria inesperada de su adolescencia, una imagen amorosa que le reflejó á Natacha,

(1) El oficial que tomaba injustamente por rival suyo el príncipe Andrei, celoso de Natacha.

tal como la había visto por vez primera en aquel baile de 1810, con su cuello gracioso, con sus manos delicadas y finas, con su rostro radiante, asustadizo, siempre pronto á teñirse de rubor. El apasionamiento, la ternura con que la adoraba, despertaron más ardientes y avasalladoras...

Y entonces vió claro qué clase de lazo era el que le ataba á semejante hombre, cuyos ojos, enrojecidos, turbados por las lágrimas, acababan de fijarse en él. Todo lo recordó ya el príncipe, y en su pecho inundado de inefable gozo, germinaron sentimientos compasivos de afectuosa cordialidad.

No pudo contener el llanto, sintiendo en su alma piedad de los hombres, de sí mismo, de sus debilidades y de las debilidades ajenas.

«Piedad para los hombres, amor á los humanos, amor á quien nos odia, amor á nuestros enemigos: ese amor que Dios ha predicado sobre la tierra; que la princesa María me inculcaba, y que no alcanzaba á comprender yo entonces; ahí tienes lo que te hace echar de menos la existencia, ahí tienes lo que habrías de profundizar aún, si conservaras la vida... Pero ahora es demasiado tarde, ya lo sé».

Siete días pasaron desde que recobró el sentido en el hospital de Borodino, después de la operación. La fiebre, la inflamación de los intestinos, que había interesado la herida, era forzoso que acabasen con él, según criterio del médico. Sorprendióle pues á éste que el séptimo día comiera algunos bocados de pan con apetito, y que acusara mejoría el estado general del enfermo. Había recobrado todas sus facultades mentales el príncipe Andrei.

La noche que siguió á la salida de Moscou fué angustiosa; se le dejó en su carruaje. Pero una vez en el pueblo, pidió el paciente que le transportaran á una casa, y que le sirvieran té. Con las fatigas del transporte volvió á quedar desvanecido. Se le acostó en su lecho de campaña, y permaneció mucho rato inmóvil, con los ojos entornados... Al cabo los abrió, y quiso tomar té. Admiraba al doctor verle recordar los más insignificantes accidentes de su vida; tomóle el pulso, y halló que era mucho más normal, lo que no le satisfizo, porque sabía que la muerte era inevitable; cuanto más se retar-

dara el desenlace funesto, más horroroso sería, y más tremendo el sufrir. Trajéronle una taza de la aromática infusión, y tragóla ávidamente; su mirada, fija en la puerta, descubría que se esforzaba en recordar, en comprender.

—¿No habría medios de procurarme un libro?—preguntó.

—¿Qué libro?

—El Evangelio.

Prometióselo el doctor, y le preguntó cómo se sentía. Respondió displicente, pero con acento seguro. Dijo que le pusieran una almohada bajo los riñones para aliviarle de las molestias que le atormentaban. El doctor y el ayuda de cámara levantaron una punta de la cubierta y se pusieron á examinar la horrible llaga, cuya fetidez producía náuseas. El exámen hizo fruncir el ceño al médico; curóle nuevamente, y con la angustia, se volvió á desmayar el príncipe; vuelto en sí, pedía delirando el libro que deseaba y decía que se lo dejaran debajo de su cuerpo.

Salió el doctor de la sala para lavarse las manos.

—¡Dios mío!—dijo al criado que vertía agua en la safa;—¡si serán estúpidos y cerriles! Un momento que me descuido y

véase lo que han hecho... ¡Y tan terrible como es ese dolor! ¡Me admira que pueda soportarlo!

En cuanto recobró el conocimiento, llegado que hubo al pueblecillo de Mitichtchi, y su memoria le reprodujo todos los pormenores de su dolencia, el príncipe recordó ante todo los espejismos de lisonjera felicidad que en la ambulancia, viendo sufrir bárbaramente al hombre odiado, habían levantado su ánimo. Y otra vez, confusos, indecisos, agitáronse en su mente los mismos pensamientos; recordaba que había experimentado una satisfacción íntima, dicha no gozada hasta entonces, y la idea de esta ventura, relacionábala con las predicaciones del Evangelio. Por creerlo así, se obstinaba en que se lo facilitasen.

Los atroces dolores que padecía al ser curado, la dificultad con que mudaba la posición en la cama, el manosearlo de aquí para allá, priváronle nuevamente de sentido, y no lo recuperó hasta media noche. Todo dormía junto á él. Oía el *cri-cri* de los grillos filtrándose por las puertas; cantaban y alborotaban en la calle; producían un eco fastidioso varios insectos zumbando sobre la mesa, sobre las paredes, sobre los cuadros;

una mosca pesada, dando vueltas al rededor de la luz que ardía junto á él, topaba en la llama con su trompa.

No tenía el espíritu despejado, nó; al que disfruta de excelente salud, le es posible reflexionar, sentir, acordarse de mil sucesos distintos casi momentáneamente; pararse á pensar esto ó lo otro; empeñarse en la evocación de tal ó cual motivo, en todo lo que por esta ó por aquella causa le preocupa, le conmueve, le seduce; sacudir lo que de pronto le tiene robado el pensamiento, para acoger con urbanidad lo que solicita su atención, y continuar inmediatamente el curso de sus reflexiones. Pero Andrei no disfrutaba entonces de la madurez de su juicio; y sus facultades morales, más activas, más agudas y sutiles que nunca, obraban con entera y salvaje rebeldía, independientemente de su voluntad. A un tiempo asaltaban su cerebro ideas incoherentes, imágenes diversas, contrarias, reñidas con todo freno de asociación; á lo mejor su pensamiento discurría profundo, claro, luminoso, como no lo habría hecho gozando el hombre de completa salud; pero de improviso turbábanlo extrañas é incomprensibles visiones, y ya no tenía fuerza su memoria para salir de aquel em-

brollo. El pensamiento quedaba perdido, confuso. «Oh, sí: goce inesperado, supremo, acaba de encender mi alma», decíase recostado en su lecho y mirando delante de sí, fijos los ojos, desmesuradamente abiertos, devorados por la calentura; «un goce como no lo sentimos en las más grandes dichas terrenas, goce puro, goce del espíritu, libre de toda influencia material, el goce más intenso del amor sin máculas. Le es dado á la humana criatura concebirlo, pero sólo en la omnipotencia de Dios puede ser fecundo, porque dimana de Él. ¿Qué le movería á preconizar esta ley de amor? Porque el hijo...» Bruscamente quedó cortado el hilo de sus ideas y (fuese delirio ó realidad) creyó oír un eco pertinaz que susurraba en sus oídos: «Y pi-ti, pi-ti, pi-ti». Y á poco: «Y ti-ti». Y luego: «Y pi-ti, pi-ti, pi-ti». Y otra vez «Y ti-ti».

A compás de este murmullo, veía surgir delante de sus ojos no sé qué raro palacete aéreo de sutiles cúpulas y de leves aristas. Y parecíale que necesitaba hacer un doloroso esfuerzo para conservar el equilibrio é impedir que el edificio se viniese abajo; no obstante lo cual, se derrumbaba, volviendo á elevarse lento y magestuoso, siempre á los

sones de aquellas cadencias indefinibles. «Y pi-ti... Y ti-ti.». «Ya surge... y se eleva, se eleva sin medida», pensaba; y atento el oído á la música, siguiendo con la vista el perfilado palacio, fijábase á hurtadillas en la vela medio consumida, y llegaban hasta él, á intervalos, los ruidos de los insectos persiguiéndose por el piso, y el zumbar del moscardón que revoloteaba sobre su almohada y corría rozando su rostro. Cuando la tal mosca le hería levemente, quemándole el cutis como si fuera hierro ardiendo, se preguntaba asombrado en qué consistía que, tocándolo con el ala, no se viniera abajo el edificio que se bamboleaba en el aire... Y más allá, próxima á la puerta, ¿qué figura imponente era aquella esfinge que le atormentaba con su presencia también? «¡Qué! ¿Acaso no es mi camisa tirada sobre la mesa? Aquellos son mis pies, la puerta está allí. Bueno, pero ¿por qué se estira, se alarga, se extiende todo, y todo oscila en mi redor?... Y pi-ti, pi-ti, pi-ti... Y ti-ti... ¡Cesa de una vez, suspende tu cantata, por Dios!»—Decía el príncipe Andrei á alguien, invisible, con suplicante acento... Y de pronto, otra vez sus potencias, sus ideas y sensaciones adquirirían más pujanza que nunca.

«¡Sí, el amor...!» pensaba de nuevo. «No el amor trivial, sin fundamento, sino el amor que he sentido por primera vez, cuando, moribundo, he visto delante de mí al enemigo, y á pesar de todo no le he odiado. He sentido, sí, ese amor que es pura esencia del alma, sin objetividad, y lo siento ahora, en este instante mismo... Amar al prójimo, amar á los enemigos, amar á todos y á cada uno de los seres, es amar á Dios en todas sus manifestaciones... Amar á un sér querido, es amar de otra manera: cosa de amor humano: pero amar al enemigo, es cosa de amor sublime, trasunto de Él. Esto explica mi arrobamiento, cuando comprendí que amaba á semejante hombre... Pero ¿dónde está? ¿Vive...? El amor humano en odio degenera; eterno es el amor divino. Nada puede agostarlo ni corromperlo, ni aun la misma muerte: ¡es esencia del alma...! ¡A cuántos no he odiado en mi vida...! ¿Y á quién he detestado más, ni á quién he querido con más ímpetu que á ella?»

Y volvió á representársele Natacha, nó enriquecida con todos sus encantos físicos; la Natacha ideal con cuyo sér se penetraba y con cuya alma se confundía, comprendiendo sus sufrimientos, su vergüenza,

su compunción. Ahora, súbitamente, veía cuán cruel había sido aquella triste ruptura.

«Si á lo menos pudiera verla; si pudiera contemplar una sola vez sus ojos, y decirle...»

«Y pi-ti, pi-ti, pi-ti... y ti-ti... y pi-ti, pi-ti, piti... ¡Brom!»—acabó la mosca golpeándole en la cara.

De nuevo se vió atraído á aquel mundo de alucinaciones en que, de cuando en cuando, soplaban un hálito de realidad, y en que ocurría algo extraordinario. El palacete no hacía más que surgir y desaparecer delante de sus ojos; la vela quemaba continuamente en su cárdena aureola, y la misma camisa con aspecto de mónstruo, de esfinge, le amenazaba junto á la puerta. En eso, algo rechinó, no sabía qué; colóse una bocanada de aire fresco en la habitación, y otra esfinge, blanca, vaporosa, se dibujó en el dintel; tenía el rostro pálido de Natacha; como las de Natacha brillaban sus pupilas: aquella dulce Natacha en que tenía fijo el pensamiento poco antes.

—¡Oh, qué delirio, qué delirio! ¡cómo me fatiga, cómo me enerva!—decíase Andrei, procurando apartar de sus ojos y de su mente aquella última visión.

Y sin embargo, la visión no se desvanecía, nó; veíala dirigirse hácia su lecho; parecía real. Hizo un esfuerzo poderoso, sobrehumano, para explicarse positivamente lo que estaba viendo, pero el delirio le venció. El monotonó murmurio continuaba, «y pi-ti... ti-ti»; oprimíasele el pecho, y la seductora é incomprendible imagen seguía con los ojos clavados en él. Reuniendo todas sus fuerzas para serenarse, hizo un movimiento brusco, zumbáronle los oídos, pasó un velo obscuro por su vista, y como hombre que desaparece en el seno de las olas, perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, Natacha, la Natacha real, de carne y huesos, la mujer que deseaba adorar con aquel amor puro y divino, revelado últimamente á su alma, estaba allí, de rodillas, junto á su lecho. Comprendió que tenía delante á la imagen viva, no soñada, á la verdadera Natacha. Y no le pasmó verla, sino que sintió su espíritu deliciosamente regocijado.

* * *

Contó Natacha á la princesa María, hermana del príncipe Andrei, cómo, desde el

principio, la fiebre y los horribles dolores, amenazaban con un desenlace fatal. Luego habían remitido, y últimamente pudo conjurarse el peligro de la gangrena, que era lo que más temía el doctor; cuando llegaron á Yaroslav prodújose la supuración, y el médico declaró que seguiría su curso regular; la calentura se presentó de nuevo, pero no temible ni peligrosa, según declaraba el facultativo.

—En fin, hace dos días—añadió Natacha, ahogando sus sollozos,—que *eso* ha sobrevenido inesperadamente... no me explico la causa; ya verá usted cómo le encuentra.

—¿Está muy debil? ¿Ha enflaquecido mucho?—preguntó la princesa María.

—No es eso sólo; algo peor verá usted... Es demasiado bueno para este mundo, María; no puede vivir entre nosotros, porque...

Abrió la puerta Natacha, dejando pasar delante á la princesa María; y ésta, ahogada en su propio llanto, por más que hizo para reprimirse, comprendió que no podría ver á su hermano sin romper en sollozos. Sabía perfectamente lo que significaban las palabras de Natacha, y qué era «lo sobrevenido á su hermano dos días antes», convencida de que aquella humildad y aquella ternura

manifestábanse como signos de muerte próxima. Surgió en su imaginación, al acercarse á la puerta, el rostro de su pequeño Andrei, tal como lo había conocido en su infancia, noble, tierno, afectuoso; (expresión ahora bastante rara en él) y ésto acababa de conmoverla. Constábale que la recibiría cordialmente, con palabras solícitas y dulces como las de su padre moribundo, y que, á pesar de todos sus esfuerzos, sería imposible sujetar sus lágrimas; sólo que no habiendo más remedio que pasar por aquel trance, entró resueltamente en el cuarto.

Los sollozos formábanle un nudo en la garganta; sus ojos miopes buscaban la fisonomía y los rasgos de su hermano; cerca, sus miradas se cruzaron. Hallábase él tendido sobre un sofá, entre almohadones, enfundado en su bata guarnecida con pieles; lívido, exangüe; veíasele en una de las manos, transparente, diáfana, el pañuelo, y con la otra acariciaba sus finos y largos bigotes.

Volvió la vista hacia las que acababan de introducirse. La princesa María moderó el paso; cesó de gemir, y sus lágrimas se enfriaron cuando vió la expresión de aquel rostro y tropezó con su mirada. Sobreco-

gióle inusitada timidez y se sintió culpable. «¿Pero sí, soy culpable?» se dijo. «Lo eres, porque estás llena de vida y no te faltan ilusiones, mientras que yo...» le respondió la austera mirada del príncipe Andrei; y en tal mirada profunda, sutil, dirigida á lo íntimo del corazón, leíase manifiesta hostilidad, cuando la levantó blandamente á su hermana y á Natacha.

Estrecháronse la mano, según tenían por costumbre.

—¡Hola, María! ¿cómo te has aventurado á venir?—le preguntó con acento que, al igual que su mirada, no parecían ya de esta tierra.

Habría amedrentado mucho menos á la princesa oír un grito de terrible desesperación.

—¿Has traído al pequeño?—añadió.

—¿Cómo estás?—preguntó María, sorprendida de sentir á la postre expedita la lengua.

—Al doctor es á quien hay que consultárselo, amiga mía—contestó él, procurando mostrarse cariñoso, y agregó con apagado acento, como si no pensara (lo cual se veía sin dificultad) en lo que estaba diciendo:

—Te agradezco, querida, que hayas venido.

Cogióle María una mano, y esta caricia le hizo arrugar imperceptiblemente el ceño. Quedó él silencioso, y ella no sabía ya qué decir. Se explicó lo que le había ocurrido á su hermano dos días antes. En sus palabras, en el sonido de su voz, en sus miradas frías y casi hostiles, sobre todo, leíase ese despegado de las cosas de aquí abajo, que tanto afecta á un sér vivo cuando lo sorprende. No le interesaban ya las cosas de la vida, nó; y no era porque flaquease su entendimiento para explicárselas, sino porque penetraban en él ideas superiores, algo, en suma, que los vivos no comprendían ni podían comprender, y que absorbían por entero su imaginación.

—¡Mira qué extraño capricho de la suerte! ¡reunirnos aquí!—exclamó, rompiendo el silencio y señalando á Natacha.—Me cuida ella, es mi enfermera.

La princesa María escuchaba, sin entender cómo su hermano, tan correcto, había podido hablar en aquella forma, delante de la que amaba y de la que, á la vez, era tan querido. Seguro de volver á la vida, no hubiera empleado aquel acento de frialdad

mortificante. La única explicación plausible era que miraba todo lo que se relacionara con lo porvenir indiferentemente, porque algo que no importaba á lo deleznable y perecedero, de interés más capital, se revelaba á su espíritu.

La conversación fría, incoherente, interrumpíase á cada momento.

—Andrei, quieres...—dijo de pronto la princesa con voz conmovida,—¿quieres ver al niño? No ha hecho más que preguntar por ti.

Por la primera vez sonrió casi imperceptiblemente el príncipe; pero su hermana, que tan estudiado tenía su rostro, comprendió, presa de pánico, que no era aquella sonrisa de gozo ni de ternura, sinó más bien ironía sutil con que la agasajaba por haber recurrido á este extremo medio para provocar el sentimiento que, poco á poco, se extinguía en su corazón.

—Sí; le veré con gusto... ¿está bueno?

Trájose al niño. Asustado al ver á su padre, que lo besó, no sabía qué decir, pero no derramó una lágrima. Tampoco lloraron los otros. En cuanto se fué, acercóse María á su hermano, y no pudiendo contenerse más

tiempo, le abrazó, prorrumpiendo en sollozos.

El príncipe la miró fijamente.

—¿Lloras por él, nó?

La princesa contestó con un signo que sí.

—María, ya sabes que el Evang....

Pero se calló, cortando la palabra.

—¿Qué dices?

—Nada; que no se necesitan lloros aquí—dijo, agobiándola con su mismo mirar severo.

Comprendía que su hermana lloraba porque el niño iba á quedarse huérfano, y se decía, tratando de mirar las cosas de un modo positivo, conforme con la opinión de aquellas gentes: «debe parecerles muy triste ésto, sí; y sin embargo, es bien sencillo. Las aves no siembran ni cosechan, pero las alimenta nuestro Padre celestial». Quiso repetir este versículo á su hermana. «Pero nó; se lo explicarían á su manera; no comprenden, no pueden comprender que todos esos sentimientos tan arraigados en su corazón, que todas esas ideas, tan importantes á su parecer, son lastre inútil; que no nos entendemos ya». Y se calló...

* * *

Había pasado dos veces ya el príncipe por la dolorosa y terrible agonía, por la angustia que produce el temor de la muerte; pero ahora, cuando al fin era inevitable, y tenía conciencia de ello, no le asustaba ya como le había asustado en el momento en que su vista, deslumbrada por los encantos y esplendores del bosque, de la pradera, de la campiña, de la atmósfera radiante, azul, vió llegar la muerte con la granada, aquel globo que volteaba en el aire vertiginosamente. En el hospital de campaña, luego que recobró los sentidos, habíase abierto, perfumándole el alma, el capullo del amor sublime, infinito, libertado por algunos segundos del yugo de la vida; libre y desprendido de las cosas terrenas, no temía la muerte, no pensaba en ella ya.

En aquellas horas de aislamiento y abandono, de pesadumbre y dolor, de pesadilla y delirio que siguieron á la catástrofe, cuanto más se detenía á reflexionar acerca de aquellos amores de pura esencia, que acababan de descubrirsele, tanto más se apartaba, aunque inconscientemente, de la vida mate-

rial. Amarlo todo y á todos, abnegarse por el amor, era no amar á nadie en concreto, era vivir una vida extra-terrestre ya. Y á medida que se identificaba con este amor, y se penetraba de él, iba desapareciendo el obstáculo terrible que separa á la vida de la muerte. Veía que se acababa; sentía aproximarse el fin con indiferencia glacial, clamando: «¡qué importa!»

Pero después de la noche pasada en Mitichtchi, cuando entre las vaguedades del insomnio se le apareció la joven que evocaban sus recuerdos, y estampó los labios suaves en su mano, cubriéndola de lágrimas; el apasionamiento, el cariño de la mujer, penetró de nuevo, insensiblemente en su alma, y otra vez le ató á la existencia. Confusas y placenteras imágenes deleitaban ahora su espíritu, y al recordar el incidente de la ambulancia, cuando reconoció á Kouragine, convenía en que se habían debilitado los sentimientos que exaltaron entonces su corazón. Atormentábale en su delirio el deseo de saber si vivía aún, pero no osaba preguntarlo á los que tenía cerca de sí.

La enfermedad siguió su curso ordinario, y *aquello que le sobrevino dos días antes* (como decía Natacha á la princesa), no era más que

el instante supremo, de lucha definitiva entre la vida y la muerte... Ésta era más fuerte, y aquel recrudecimiento de amor que acababa de sentir al ver á Natacha, no había sido sino implícito reconocimiento del último homenaje que otorgaba á la vida, y rebeldía postrera de su sér contra el terror de lo desconocido, de lo ignoto.

Ocurrió una noche. Dormitaba, agitado, (como solía pasarle casi siempre á la misma hora) por una fiebre ligera, que aclaraba las ideas en su cerebro. Sintió de pronto una sensación de dicha inefable.

—¡Ah!—pensó.—¡Acababa de entrar ella!

Era en efecto, Natacha, que iba á sentarse, con paso sigiloso, en el sitio de costumbre.

Acomodada en un sillón, de cara á él, amortiguaba con su cabeza la luz de la bugía. Trabajaba asiduamente haciendo media, desde el día en que el príncipe Andrei le dijo que nadie cuida mejor á los enfermos que las viejas manejando las agujas. Este movimiento monotonó ejercía, á su juicio, una acción sedante sobre los nervios. Los ágiles dedos de la joven corrían diestramente, y él contemplaba enternecido el perfil de aquel rostro meditabundo, inclinado sobre la la-

bor. De repente se le escapó á Natacha el ovillo de lana. Miró á hurtadillas, temblorosa, al enfermo, y extendiendo la mano delante de la bugía para tapar la luz, inclinóse con viveza, recogió el ovillo, y volvió á la misma posición. Miróla él silencioso, y vió como oscilaba su seno levantándose mansamente á compás del huelgo alterado. Uno de los primeros días habíale él confesado, que si recobraba la salud, daría eternamente gracias á Dios por aquella herida que acababa de reconciliarles; pero después no volvió á hablar del asunto.

«¿Y por qué ha de ser así?—meditaba con el oído atento al ligero rumor de las agujas.—¿Por qué nos reúne el destino, si está decretada mi muerte? ¿Se me habrá revelado la verdad de la vida para dejarme en la mentira envuelto? La amo más que á todo lo del mundo; ¿pero, qué hacer, si la quiero tanto?»

Y suspiró hondamente, como si gimiera.

Pareciéndole á Natacha que se quejaba, puso su labor sobre la mesa, inclinó la cabecita hacia el lecho, y viendo brillar los ojos del paciente, le dijo:

—¿No duermes?

—Nó; hace rato que te contemplo. Te he

sentido entrar. Nadie como tú me proporcio-
na esta calma tan dulce... tan dulce. ¡Pare-
ce que todo se ilumina á tu presencia! Casi
siento que me suben las lágrimas á los ojos:
¡tanta es mi ventura!

Natacha se acercó más aún, y en su rostro
reflejóse una alegría indescriptible.

—Te amo demasiado, Natacha, te amo
más que á todo en el mundo.

—Y yo...

Desvió la mirada un instante. En seguida
añadió:

—¿Y por qué demasiado?

—¡Por qué demasiado! Dime la verdad.
dime sinceramente lo que piensa tu alma.
¿Viviré? ¿cual es tú opinión?

—Estoy segura de ello, bien segura—con-
testó Natacha, estrechándole apasionadamen-
te las dos manos.

Callóse él. Después:

—¡Qué hermoso sería si así fuese!—aña-
dió besándole la mano.

Natacha se sentía dichosa, deliciosamente
inquieta; pero acordándose de que aquella
emoción podía ser fatal al enfermo, exclamó,
sobreponiéndose:

—No has dormido; procura descansar, te
lo ruego.

Estrechóle de nuevo él la mano, y la jo-
ven volvió á sentarse. Dos veces levantó la
vista, y tropezando con su mirada, puso toda
su atención en lo que hacía, esforzándose
en sujetar sus ojos. A poco cerró el herido
los párpados y se durmió.

No fué el sueño largo ni profundo. Des-
pertóle bañado en sudor frío.

Y comenzó á pensar (como lo hacía duran-
te los últimos momentos) en la vida y la
muerte, y más en la muerte, porque se sen-
tía á ella más próximo.

«¡El amor! ¿Y qué es el amor?—reflexio-
naba.—El amor se opone á la muerte; amor
es vida; todo lo que entra en mi compren-
sión, por el amor me lo explico. Todo es,
todo existe, sólo porque amo... Dios es amor,
y la muerte no es más que la vuelta de una
partícula de amor—yo—al principio univer-
sal y eterno».

Estas ideas le parecían consoladoras, aun-
que vagas; tenían algo de concreto, pura-
mente personal é ideal; la experiencia falta-
ba. La duda volvía á perturbarle, á ponerle
agitado y nervioso. Tornó á dormirse.

Se vió en sueños acostado dentro de la
misma habitación donde se encontraba aho-
ra, pero no herido, sino disfrutando de

perfecta salud. Gentes vulgares, indiferentes, desfilaban por allí. Y hablaba y discutía con ellas, dispuesto á seguir las, no sabía donde, pensando, no obstante, que perdía el tiempo en pequeñeces, cuando otros más graves asuntos solicitaban su atención; y sin embargo, seguía hablando, con palabras que escuchaban los otros admirados; palabras brillantes, pero huecas, vacías de sentido... Poco á poco desvanecíanse las figuras, y todo su interés se concentraba en la entreabierta puerta del cuarto... ¿Conseguiría cerrarla prontamente? *Todo* depende de eso. Levántase, se apresura, pero sus piernas no corren; bien ve que es inútil, que no llegará á tiempo; redobla sus esfuerzos, y vá á romper el paso, cuando siente que le ahoga y paraliza una angustia terrible... Es el terror de la muerte: detrás de la puerta está *ella*. En el momento en que se arrastra pesadamente, *aquello* tan terrible empuja por la otra parte, intenta entrar... Y algo sobrehumano—la muerte,—echa abajo la puerta, puerta que es preciso sostener á todo trance. Coge él, en efecto, las maderas, agita sus energías, pero no puede salirse con la suya... Flaquea, se debilitan sus ánimos; movida por *lo terrible*, la

puerta se abre y se cierra otra vez... Pero *ella* vuelve á empujar desde fuera; es vano ya oponer los últimos y sobrenaturales esfuerzos que hace; se abren las dos hojas silenciosamente, y entra *ella*, y *ella*, es la muerte. Y el príncipe Andrei está muerto.

Pero apenas muere, el príncipe Andrei se acuerda de que está dormido... Y no ha hecho más que morir, y hace un esfuerzo, y despierta.

—«¡Era la muerte, sí...! He muerto y me he despertado. Morir, es despertar».

Iluminó este pensamiento como un relámpago su espíritu; el velo que hasta entonces le ocultaba lo desconocido, acababa de descorrérsele. Sentíase aligerado, libre de la fuerza que le oprimía, y aquel alivio no dejó á su alma ya.

Movióse al despertar, y Natacha se acercó y le preguntó qué tenía. No entendiendo la pregunta, nada respondió; pero fijó en la joven una mirada singular. Esto era lo que sobrevino dos días antes de llegar la princesa.

A partir de aquella crisis, la fiebre tomó un carácter pernicioso, y contra lo que opinaban los médicos, Natacha no podía forjarse ilusiones, viendo los síntomas mortales,

que se multiplicaban en el herido con espantosa intensidad.

En aquel mismo despertar comenzó para el príncipe la resurrección de su vida; sin emociones horripilantes, sin incidentes, con apacible y gradual agotamiento se deslizaron los últimos días, las últimas horas.

La princesa María y Natacha, que no le abandonaban un momento, dábanse cuenta de la situación. No lloraban, no estaban inquietas, aguardando resignadamente el desenlace; pensaban ahora intuitivamente que sus atenciones no eran para él ya, (no existía, habíase alejado de ellas), sinó para su memoria más viva aún, su cuerpo. Sus sensaciones eran tan intensas é impetuosas, que el aterrador espectáculo de la muerte, no las conmovía; juzgaban inútil avivar su pesadumbre. No sollozaban, no gemían ni al lado ni apartadas de él; no hablaban del moribundo, porque impotentes para expresar lo que sentían las palabras eran. Veíanle los dos apagarse, sumirse lentamente en el misterio, convencidas de que era preciso que ocurriese así.

Confesó, comulgó el enfermo, y se despidió de los suyos. Cuando le presentaron á su hijo, rozó sus labios por sus mejillas, y volvió

el rostro, no porque sintiera pesar alguno, sinó suponiendo que era todo lo que esperaban de él. Rogáronle que bendijera al niño, y obedeció, y luego fijó una mirada en los circunstantes, como interrogándoles «si quedaba algo más por hacer». Exhaló, finalmente, el último suspiro en brazos de la princesa María y de Natacha.

—Todo ha terminado—exclamó su hermana pocos minutos después, sintiendo que el cuerpo se enfriaba.

Natacha inclinó la cabeza sobre el muerto, miró sus ojos oscuros, yertos, sin vida, los cerró, y aspiró de sus labios lo único que quedaba de él.

—¿Se ha ido? ¿á dónde?—se preguntó,—¿dónde está ahora?

Depositóle en el ataúd, y se aproximaron para darle su último adiós. El corazón del niño estaba aplanado por un asombro enervante. Lloraban todos.

Lloraban también Natacha y la princesa María, no sólo de angustia y dolor, sino sobrecogidas ante el misterio tan sencillo y solemne de la muerte.



LA IGLESIA Y EL ESTADO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

I

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

La religión y la fé, son el fin oculto de la vida humana; son las que dan energía, fuerza, y las que imprimen á la vida su dirección. Esta significación es descubierta por todo hombre, es la base sobre la cual descansa la vida. Los esfuerzos de la humanidad entera le ayudan materialmente en esta labor, la más importante de todas. A esta labor continúa, á estos resultados crecientes, la humanidad ha convenido en llamarlos revelación. La revelación es por tanto, la que ayuda la voluntad del hombre para descubrir el fin oculto de la vida; esta definición explica implícitamente las relaciones del hombre con la fe.

Partiendo de lo expuesto, ¿hay algo más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

absurdo que ver á los hombres que se precian de bien intencionados, remover todo lo existente para obligar á sus semejantes á tal ó cual forma de revelación, considerada mejor que otra; verlos poseídos por esta idea fija hasta tenerla realizada, hasta que aquellos que son objeto de su ardiente solicitud consienten en aceptar las fórmulas precisas que les recomiendan sin variación ninguna, y en fin, verles mutilar, maldecir, asesinar á los disidentes, cuantas veces pueden hacerlo con impunidad? ¿Hay algo más absurdo que ver una clase de hombres así proscripta, perseguida hasta la muerte, hacer lo mismo cuantas ocasiones se presentan para ello, y á su vez anatematizar, torturar, degollar hombres y mujeres refractarios á sus ideas? Todos se maldicen solemnemente, se encarnizan unos contra otros, se exterminan en nombre de un principio en el cual todos los hombres deben creer.

Quede el principio confundido ante tan manifiesto absurdo, ante contradicción tan evidente, que sin embargo, no trae aparejada en sí la destrucción de toda creencia. Muchas veces me he preguntado, ¿cómo es posible que los hombres guarden la fé en condiciones tan extraordinarias y á la vez

sean víctimas de tan groseros engaños? La cosa es incomprensible y constituye una prueba irrefutable de la verdad del principio filosófico que actualmente prevalece en el mundo, á saber: que toda fé es decepción, y que todo lo que crea es superstición. Considerando las cosas desde este punto de vista en general, también yo me sentí impulsado á creer que todos los dogmas son ilusorios.

Pero persistiendo en la investigación he tenido que reconocer que, en el fondo de tantas creencias engañosas, y muy por debajo de la superficie, hay algo que es eternamente verdadero, positivo y que no miente.

II

¿Cómo, por qué y á quién puede ser necesario que una tercera persona no sólo crea, sino que proclame su fé en la doctrina que usted y yo consideramos verdadera? ¿Vive el hombre? Puesto que vive, conoce la significación de la vida, ha definido sus relaciones con Dios y ha descubierto la verdad de las verdades. La expresión de estas relaciones puede variar según los pueblos, las costum-

bres, las épocas; pero persisten en su esencia, siendo una sola y misma cosa, pues todos nosotros somos hombres y hermanos. ¿Qué motivo, qué pasión, qué necesidad justifica el que me empeñe en que un individuo determinado exprese lo que juzga cierto y defina sus relaciones con la divinidad, precisamente en los mismos términos que yo?

No puedo obligarle á cambiar su creencia violentamente, valiéndome de la astucia, y de la superchería (pseudomilagros). Si su creencia es su vida, si la proposición es tal que merece respeto, y está bien fundamentada, ¿cómo habíamos de pensar seriamente en privarle de todo ésto, y proponerle otra cosa en su lugar? También podría extirparle el corazón con la excusa de sustituirlo por otro mejor.

Esto podría hacerse si la creencia no fuera sino una palabra vana y vacía de sentido, y no la base sólida del humano existir.

Pero esta intervención es igualmente imposible por otra razón: no es admisible engañar á un hombre ú obligarle y hacerle creer en lo que no cree, porque el que cree (es decir, aquel que ya ha determinado y regulado sus relaciones con Dios y que comprende, por consiguiente, que la fé es la relación del

hombre con Dios) no podría determinar las relaciones de otro hombre con Dios, sobre todo por la astucia y la violencia.

Esto, lo repito, es imposible, y sin embargo, es lo que ahora á ojos vistas se hace, lo que se practicó siempre y en todas partes desde tiempos remotos.

Aclaremos el concepto:

La cosa es imposible, y sin embargo, algo parecido se perpetró y se perpetra aún. Los hombres obligan á sus hermanos á hacer pública ostentación de una fé que sólo aceptan éstos á regañadientes; tal fingimiento no es más que impostura. Una creencia real no puede ser impuesta á nadie. La aceptación de esta creencia por otros no puede ser el resultado de consideraciones extrínsecas, tales como la violencia, la astucia y la codicia.

Lo que los hombres propongan por medios violentos y aceptan por temor ó por codicia, no es fe, sino falsificación de la fe. Y esta falsificación era la base sobre que alentaban las sociedades antiguas.

III

¿En qué consiste esta apariencia ó falsificación y en qué se funda? ¿En qué medida

influye sobre el mixtificador y el engañado? Dejando aparte el brahmanismo, el budhismo y el islamismo, me limitaré á hablar del cristianismo, porque es la creencia que conocemos mejor y la que nos es más grata é indispensable.

En el cristianismo todo el edificio de esta superchería se apoya en la interpretación fantástica de la significación del fin y de la misión con que se ha instituído la Iglesia, interpretación que no se basa en terreno firme y cuyo absurdo es la primera cosa que salta á la vista del que se pone á estudiar los orígenes del cristianismo. Entre todas las nociones y todos los términos impíos que se han forjado, no los hay más impíos que aquellos que se refieren á la Iglesia. Ninguna otra idea ha engendrado nunca males tan considerables, ninguna otra se mostró tan cruel, tan irreconciliable enemiga de las enseñanzas de Cristo, como la Iglesia.

En el fondo, la palabra «ecclesia» significa simplemente comunidad, y tal sentido tiene en los Evangelios. En las lenguas de todos los pueblos modernos, la palabra «ecclesia» significa una casa donde se reza, y aun cuando la mala intención eclesiástica dura desde hace mil quinientos años, en ninguna

otra lengua se ha encontrado distinta significación á la palabra «ecclesia».

A juzgar por las definiciones de los sacerdotes, quienes no podrían subsistir sin este amaño, la palabra de que se trata parece constituir una fórmula algébrica que sirve de prefacio, y que significa ésto: «Todo lo que la Iglesia proclame será desde ahora la verdad, la pura, la simple, la absoluta verdad; si pretendéis rehusarla como indigna de fe, os quemaremos, os maldeciremos y os causaremos toda clase de mal».

Esta declaración es un sofisma útil para alcanzar ciertos fines, y no lo admiten sino ciertos círculos interesados en que prevalezca. No solamente en el pueblo, sino también en lo que se llama «la buena sociedad», entre las personas que poseen educación y una inteligencia cultivada, por más que hayan estado saturados de las doctrinas del catecismo, en vano buscamos esta noción. Aparentemente, pierde uno el tiempo, tómake un trabajo inútil examinando seriamente las conclusiones contenidas en las líneas arriba expuestas; lo hago, sin embargo, únicamente para las personas numerosas é influyentes que sostienen á todo trance estas pretensiones como muy importantes, y no quieren

aceptar que la declaración de principio en cuestión es falsa, engañosa, perniciosa en absoluto.

IV

Cuando se define «la Iglesia» diciendo que es una asamblea de verdaderos creyentes, no se modifica en definitiva el conjunto de nuestras ideas; de igual modo que si afirmo que un coro de iglesia es un cuerpo compuesto exclusivamente de verdaderos músicos, sólo falta que explique lo que por «verdaderos músicos» entiendo.

De averiguación en averiguación venimos á concluir que la teología toma por verdaderos creyentes á los que aceptan las enseñanzas de la Iglesia, es decir, á los que están cobijados por el manto de la Iglesia.

Sin detenernos á considerar que por lo menos hay un centenar de profesiones de fe de tal especie, diremos que la definición de que se trata no define realmente nada, y deja las cosas en igual estado que estaban, ni más ni menos que la definición del coro de iglesia. Pero, examinando el asunto con

más detención, llegamos á ver la cola de la serpiente, que se oculta detrás de tal símbolo, exuberante de palabras huecas.

La Iglesia es, en verdad, la verdadera Iglesia, es una é indivisible, compuesta de pastores y de un rebaño, y todos esos pastores designados por Dios enseñan esta única doctrina: «¡Valedme, Dios mío! Todo cuanto enseñan mis colegas y yo mismo, todo es la pura verdad».

No es otro el procedimiento. Encima y debajo de ésto, nada hay. La hipocresía está por entero contenida en la palabra «Iglesia» y en el sentido que se le da, y la principal significación del engaño consiste en el hecho de afirmar rotundamente que existe una clase numerosa de gentes que, fanáticos, con vehemencia morbosa, tratan de que los demás acepten lo que ellos creen irrefutable.

¿De dónde proviene este deseo insensato de adoctrinar á sus hermanos? Verdaderamente, si tales gentes poseyeran la verdad, sabrían que la creencia es tan sólo el sentimiento de la significación oculta de la vida misma, que establece las relaciones de cada individuo entre sí mismo y Dios, y que la fe no puede, por consiguiente, ser enseñada; comprenderían, en suma, que lo que logran

que penetre en el cerebro ajeno y lo que hacen penetrar en la ajena conciencia no es la fe, sino apariencia de fe. A pesar de esto, persisten en enseñar su doctrina. ¿Por qué lo hacen? La contestación es clara: Porque los sacerdotes necesitan pan y huevos, y el obispo desea manjares delicados y traje de seda.

Esta respuesta es incompleta también. Indica casi exactamente lo que estimula fuertemente á cometer el fraude; pero si tratamos de explicar por qué un hombre se decide á degollar á otro hombre, contra quien no tiene resentimiento alguno, ni sombra siquiera de malquerencia, reconoceremos inmediatamente que tal explicación cae por su base, adolece de falta de sentido.

Deberíamos, en efecto, admitir que aquel de estos dos hombres que condena á muerte á las gentes, lo hace porque recibe una recompensa, y esta explicación no sería mucho más satisfactoria que la que consiste en afirmar que cuando un arzobispo llena de heno los sacos y asegura que son reliquias de santos, no le mueve á hacerlo sinó el deseo de recibir sus treinta mil rublos anuales. En este último caso, como en el precedente, los actos examinados son harto horribles, y

tan contra naturaleza, que no pueden ser explicados por un móvil sencillo, aparentemente insignificante. El clero explicará su conducta presentando toda una serie de argumentos, sacados los más de la tradición histórica. «Es necesario, dirá, que cierta clase de gentes sufran la última pena; las gentes en cuestión han sido ejecutadas en todas las épocas de la historia del mundo, podría decirse desde que el hombre apareció en la tierra. Si no hago yo *ésto*, otro lo hará en mi lugar; con la ayuda de Dios lo haré mejor que nadie».

El arzobispo usará lenguaje análogo:

«El culto exterior de Dios, afirmará, es una necesidad. Desde que el mundo ha sido creado, las reliquias de los santos fueron veneradas por los hombres piadosos. Las reliquias guardadas en los subterráneos de los santos monasterios también se veneran de igual modo; el pueblo va en peregrinación á los santuarios que las guardan. Si no me estuvieran á mí encomendados estos objetos, si no fuera yo el jefe espiritual de esta diócesis, otro lo sería en mi lugar. Espero, pues, con la ayuda de Dios, disponer de un modo más santo que otro lo haría de los

fondos allegados por medio de este fraude impío».

V

Para comprender hasta qué punto la creencia así propagada y predicada desnaturaliza la fe, es preciso remontarse hasta el manantial del cristianismo, y notar cuidadosamente lo que en él puede descubrirse. No trataré aquí de nuevos descubrimientos históricos ó críticos, sino simplemente de lo que sabemos todos acerca del cristianismo.

Si llegamos hasta la fuente de la doctrina cristiana, los Evangelios, contrastamos la virtualidad de un principio que excluye por completo el culto exterior, que le condena, que repudia de la manera más clara y positiva todo proselitismo. Cuanto más nos alejamos de las primeras edades del cristianismo, más nos aproximamos á la época presente, y más marcada se ve la desviación de las enseñanzas aceptadas y su apartamiento de los simples principios sustentados por Jesucristo.

Esta desviación ha empezado á producirse

en vida de los apóstoles, favorecida particularmente por San Pablo, que se sentía inclinado al proselitismo y que se entusiasmaba con las predicaciones. Cuanto más se ha propagado el cristianismo, más se acentuaron tales divergencias, hasta el momento en que adoptó, como métodos que forman parte integrante de su doctrina, el culto exterior, la enseñanza regular y la predicación, que Jesucristo había condenado con tanta profundidad como energía.

En aquellos tiempos primitivos, sin embargo, la palabra «Iglesia» comprendía á todos los que compartían esta creencia, que miro aún como exclusivamente verdadera y que lo ha sido hasta que se trató de definir tal símbolo, ateniéndose al valor de las palabras. La fe no admite definición oral ni escrita. Se empezó á hacerlo cuando la aparición de los primeros cismáticos, en el reinado de Constantino, en el concilio de Nicea. Era entonces una simple noción que no había rebasado los límites de la fase embrionaria de su evolución.

Desde la época de Constantino y del concilio de Nicea, tomó cuerpo y se constituyó semejante utopía, para convertirse en fuente de engaños. De allí tomaron origen una

larga serie de imposturas imaginadas por los arzobispos, en lo que concierne á las reliquias; por los simples sacerdotes, en lo que se refiere á la Eucaristía, las maravillosas imágenes de la Virgen, etc. Imposturas que nos asombran y nos escandalizan ahora, y que no pueden ser explicadas de un modo satisfactorio sinó por el afán de un lucro vergonzoso, codiciado y obtenido por sus autores. Esta superchería viene de antiguo y no fué ciertamente imaginada por particulares cuyo solo vicio consistía en ser poco escrupulosos y tener un amor desordenado á las riquezas y al lucro.

Las causas que originaron esta impostura son torpes. «Por sus frutos las conoceréis». Son el odio, el orgullo humano, un mal incomparablemente mayor que todos los demás: la alianza impía de los cristianos con el poder temporal.

El emperador Constantino, personificación de este poder, que en tal época, según las naciones paganas, alcanzara la gloria del poderío humano, dió ejemplo á todos sus súbditos, convirtió al pueblo, ayudó á perseguir á los herejes, y en un concilio ecuménico, estableció un dogma cristiano, «único verdadero é indivisible».

De esta manera se estableció el dogma cristiano católico para todas las edades y todos los países.

Se impuso tan naturalmente, que aun hoy por hoy, el pueblo cree en los efectos saludables de un acontecimiento tan magno. Y no obstante, interpretado á la luz del más sencillo razonamiento no obscurecido por las prevenciones teológicas, el resultado de este acontecimiento fué que la mayoría de los cristianos abjurase su fe. Fué aquel el momento de la división de las aguas, aquel en que la cohorte y la hilera de los cristianos se dividieron á derecha é izquierda y volvieron al paganismo.

Carlomagno y Vladimiro lograron que volvieran á completar las filas los vacilantes.

En cuanto á los pueblos, continuaron andando por igual dirección. La hipocresía eclesiástica ha consentido en la adopción del cristianismo por el poder temporal, acto que no era ni deseable ni útil, sino para quienes, interpretando la letra del cristianismo, no llegaban á comprender su espíritu.

En fin, la consagración del poder del Estado por el cristianismo es una impiedad, es más que una impiedad: la ruina del cristianismo mismo.

VI

Después de mil quinientos años de unión sacrílega entre el pseudocristianismo y el Estado, urge que la humanidad haga esfuerzos supremos para olvidar todos los sofismas especiosos que en tan largo período han falseado, desnaturalizado y corrompido las enseñanzas de Cristo, queriendo probar con argumentos sutiles la legalidad y la santidad del Estado y la posibilidad de que sea verdaderamente cristiano. De estos sofismas, resalta el hecho brutal de que estas palabras «Estado cristiano» tienen igual significado que podrían tener los términos «hielo caliente», «brasa helada». Sólo es posible uno de esos dos extremos, ó bien no hay Estado ó bien no hay cristianismo.

Para comprender exactamente la verdad de lo expuesto, precisa que nos desembarcemos primero de las nociones falsas que se han hecho penetrar en nuestro espíritu desde la infancia, y que nos hagamos esta pregunta: ¿Cuál es el fin y el objeto de las pretendidas ciencias, de la historia y de la ju-

risprudencia que se nos enseñan con tanta solicitud como si contuvieran los secretos de la longevidad y de la dicha?

En realidad, estas ciencias no tienen base científica, sólo contienen una apología disfrazada, pero laboriosa, de la violencia y de la fuerza brutal.

Dejando á un lado la historia de todas las otras naciones, echemos una ojeada sobre la del Estado que primero se alió al cristianismo.

En Roma, cubil de ladrones y bandidos, poderosamente establecidos, muchos hombres se enriquecieron gracias al robo, al asesinato, á toda suerte de violencias, y llegaron á ser tan poderosos, que subyugaron naciones enteras. Estos bandidos y sus descendientes, guiados por sus jefes, comunmente llamados Césares, mataron y saquearon poblaciones con el fin de satisfacer sus vicios.

Uno de los herederos de esos jefes de bandidos, llamado Constantino, habiendo leído gran número de libros y satisfecho sus pasiones desatadas en una vida de placeres, llegó á esta conclusión: que prefería ciertos dogmas cristianos, á sus antiguas creencias; es decir: la misa á los sacrificios humanos, un solo Dios y su hijo Jesucristo al culto de

Júpiter, de Venus y de Apolo. En su consecuencia, dió órdenes para que esta creencia fuera introducida y propagada entre el pueblo que le obedecía.

«Sabéis que los príncipes de los gentiles ejercen una dominación sobre ellos... Pero no ocurrirá lo mismo entre vosotros... No matarás; no desearás la mujer de tu prójimo: no juntarás tesoros... No juzguéis, no resistáis al mal», dice el Evangelio.

Nadie fijó su atención en estos preceptos, pero lo que se ha dicho por aquellos cuyo deber era hacer resaltar los principales dogmas de Jesucristo equivalía prácticamente á esto: «¿Queréis llamaros cristiano y continuar al mismo tiempo siendo un jefe de bandidos, y herir, incendiar, guerrear, cometer todos los excesos, vivir en molicie lujuriosa? Todo esto es hacedero».

Los Césares añadieron pues el cristianismo á sus necesidades y á sus vicios, arreglándolo de un modo tan cómodo, que pedir más hubiera sido gollería.

Fueron, sin embargo, bastante sagaces para prever que, leyendo el Nuevo Testamento, el pueblo advertiría á veces que la nueva creencia exigía algo de quienes la abrazaban, á saber: una vida cristiana; y no

sólo templos y frecuentes visitas á esos templos. Previeron el caso, y lo resolvieron añadiendo y quitando á la doctrina cristiana cuanto creyeron necesario para que el pueblo pudiera continuar llamándose cristiano viviendo como pagano, y sin notar que había contradicción entre su profesión de fe y sus actos.

Por una parte, era evidente que Jesucristo vino exclusivamente con el fin de rescatar á todos los hombres, y por otra parte, el hecho de la muerte de Cristo daba á Constantino el derecho de vivir en armonía con sus gustos. Más aun, bastábale arrepentirse y tragar un trozo de pan y un vaso de vino, para creer que tenía la salvación siempre dispuesta y que todo le sería perdonado.

No quedó todo ahí. Los cristianos bendijeron entonces y consagraron el poder y la influencia de Constantino como jefe de ladrones, declarando que era el elegido de Dios y le ungieron con los santos óleos. En cambio, Constantino, por su parte, organizó á gusto de los cristianos el reclutamiento del clero, reglamentó la naturaleza de las relaciones de cada hombre con Dios, y ordenó que su decreto fuera leído y releído á todos para que les sirviera de guía. Todos quedaron sa-

tisfechos, y el dogma, así arreglado y dispuesto, ha triunfado en la tierra, pues otros jefes de bandidos han imitado á Constantino, han introducido igual dogma entre sus súbditos, han sido ungidos por los santos óleos, ya que todo eso estaba hecho conforme á la voluntad de Dios. ¡Cuántas veces un malvado ha conseguido saquear y asolar, matar miles y miles de hombres que en nada le ofendieron, se le ha ungido y consagrado solemnemente con los santos óleos, pretendiendo que era evidentemente un hombre de Dios!

En Rusia, el asesinato de los maridos y la prostitución personificada fueron la esencia divina; en Francia, lo fué Napoleón. En cuanto al clero, no sólo emanaba de Dios, era de origen divino y poco le faltaba para ser Dios, ya que el Espíritu Santo había querido descender hasta él. Por otra parte, el Espíritu Santo también alienta junto al Papa é ilumina las decisiones de nuestro muy Santo Sínodo y de sus funcionarios.

Cada vez que el ungido del Señor, es decir, el jefe de esos bandidos concebía el deseo de herir á su propio pueblo ó á un pueblo extranjero, se preparaba en seguida agua bendita para él, se rociaba con ella la

cruz, (esta cruz que Jesucristo llevara y en la cual muriera porque repudió á los bandidos), los sacerdotes la levantaban en alto, bendecían á aquel hombre y le enviaban á asesinar, á ahorcar y á decapitar en nombre de Cristo crucificado.

VII

Todo fué bien y prosperó mientras las dos potencias, la Iglesia y el Estado, estuvieron de acuerdo; pero bien pronto riñeron y se injuriaron, dirigiéndose recíprocamente los epítetos de bandidos y ladrones, que es lo que realmente eran. Entonces, el pueblo empezó á prestar atención á aquellas injurias, y poco á poco, dejó de creer en los derechos del Señor, en los receptáculos vivientes del Espíritu y aprendió á designar á todas esas gentes por sus verdaderos nombres que mutuamente se daban con tanta libertad: bandidos, pícaros y asesinos.

Esta digresión, relativa á los bandoleros, no tiene gran relación con el fondo del asunto. Sólo la he hecho porque son estos bandidos los que empezaron por desmoralizarlo

todo, y se convirtieron más tarde en embaucadores de profesión.

La cuestión principal es la evolución que experimentaron esos embaucadores, los pseudocristianos. Degeneraron de lo que eran ó de lo que habrían podido ser á consecuencia de su unión contra natura con los bandidos. No podía ocurrir de otro modo, puesto que abandonaron la línea recta desde el instante que consagraron al primer rey y le aseguraron que, empleando la violencia, podría ser campeón de la fe, que, por su esencia, es toda paciencia, humildad y abnegación para con todos.

Esto no es la historia de una iglesia fantástica, sino la de la Iglesia, tal como ha sido realmente, desde que los sacerdotes cayeron bajo el dominio de los emperadores y de los reyes. Su historia es una larga serie de vanos esfuerzos por parte de los miembros infortunados de esta jerarquía para mantener intacta la verdad de la doctrina de Jesucristo, al tiempo que la predicaban, usando de la mentira y alejándose de ella por sus actos.

La significación, la razón de ser del clero, está basada en la de la doctrina que pretenden enseñar. Esta doctrina habla de humildad, de abnegación, de pobreza, de amor; y

se predica y propaga por medios violentos y por la mentira.

A fin de que quedara algo que enseñar á los individuos del clero, les era absolutamente necesario permanecer unidos en algunos puntos (es decir, no repudiarla formalmente) á la doctrina de Cristo; y á fin de estar, por otra parte, en actitud de defender su unión ilícita con el poder temporal, los sacerdotes se vieron obligados á recurrir á las más ingeniosas invenciones para disimular la esencia de la doctrina. A tal efecto, cambiaron el centro de gravedad, que alejaron de los principios esenciales en el sentido de la forma y de la manifestación interiores.

Todo esto lo ha hecho el clero, es decir, los que eran una de las primeras causas de este dogma falsificado que predica la Iglesia. La fuente misma de tal engaño es la unión de la casta clerical que existe con el nombre de Iglesia, con esta forma de violencia conocida por el nombre de poder temporal.

La razón que motiva que los hombres se muestren tan ardientes en enseñar su religión á los otros, es que, enfrente del verdadero dogma, resultarían apóstatas: de ahí proviene que traten de reemplazar el verda-

dero dogma, por el que han adoptado, cuya ventaja consiste en lavarles de su crimen. Así, pues, la verdadera religión puede existir en todas partes, exceptuando, como se comprende, allí donde una religión falsa tiene bajo su yugo á los hombres, es decir, cuando domina la religión aliada á la violencia, la religión de Estado.

Así resulta que todos los cismas y herejías pueden poseer la verdadera fe, atendiendo que nunca se encuentra en la religión que va unida al poder temporal.

Esto puede parecer una paradoja, pero sin embargo, nada hay tan verdadero. Los términos de religión «ortodoxa», «católica», «protestante», aceptados por todos, no significan otra cosa que la alianza de la religión con el poder temporal, es decir, creencia de Estado ó falsa religión.

VIII

La idea de una Iglesia no estuvo en auge durante los dos primeros siglos del cristianismo, sino como uno de los infinitos argumentos secundarios, uno de los argumentos

menos concluyentes aducidos por los dialécticos en el calor de la controversia.

Pablo apoyaba su enseñanza en la autoridad directa de Dios: «Como por revelación me ha hecho saber ésto, es un misterio». Otro fundaba sus aseveraciones en la autoridad de Lucas, y todos declaraban: «Nuestras nociones religiosas son verdaderas y la prueba está en lo numerosa que es nuestra asamblea, nuestra *Ecclesia* ó Iglesia».

Pero únicamente á partir de la época del concilio de Nicea, convocado por Constantino, es cuando la gran mayoría de los adeptos de la doctrina de Jesucristo fueron llamados á aceptar una impostura absoluta y razonada.

La concepción de una Iglesia no fué desde entonces, como antes, un argumento leve, esgrimido para corroborar otros argumentos, también débiles. Para ciertas personas la Iglesia se identificó con el poder. Unida al poder temporal, empezó á obrar como éste. Está probado que toda forma de religión que se alía al poder secular, cesa, por el solo hecho de esta alianza, de ser una religión para convertirse en una impostura.

¿Cuál es la doctrina enseñada por el cristianismo, si entendemos por esta palabra la

enseñanza de una cualquiera ó la de todas las Iglesias cristianas? Poco importa el modo cómo se haga el examen, ni el criterio que empleemos para pasar por el tamiz esta doctrina y clasificarla, puesto que se hunde por virtud de su propio peso específico.

En primer lugar tenemos el dogma de la Trinidad, luego el de la Eucaristía, con ó sin vino, bajo la forma de pan con ó sin levadura. En segundo lugar, tenemos el código de los preceptos morales, ordenando la humanidad, la pobreza y la pureza del cuerpo y del alma, prohibiéndonos juzgar á los demás, impulsándonos á libertar á muchos hermanos de la esclavitud y de las cadenas y á vivir en paz con todos los hombres.

Estos dos cuerpos de doctrina, á pesar de los esfuerzos infatigables de los predicadores y doctores del cristianismo para aliarlos, no se han combinado jamás; siempre han permanecido tan distintos uno de otro, como lo son una gota de aceite y una de agua.

La diferencia entre estos dos aspectos de la doctrina de Jesucristo, es harto marcada para que pase inadvertida.

Cada cual puede verla y considerar los resultados obtenidos por cada una de esas partes, en la historia de las naciones, y si-

guiendo la naturaleza de estos resultados, sacar deducciones propias sobre la cuestión de saber cuál es la más importante de estas dos enseñanzas, ó si puedo hablar así, cuál es la más verdadera de ambas.

Si consideramos desde tal punto de vista la historia del cristianismo, quedaremos asustados al ver lo que descubrimos.

Desde el principio hasta el fin, llegando hasta la época presente, á cualquier lado que volvamos los ojos, cualquiera que sea el dogma que escojamos, desde el primero, el de la divinidad de Jesucristo, hasta el último, relativo á la manera como deben juntarse dos dedos para persignarse, ó ya sea el dogma de la Eucaristía, con ó sin vino, los resultados de todo el trabajo intelectual empleado en tratar de explicar los dogmas, se llama, sin excepción: maldad, odio, terrores, destierros, suplicios, hogueras y matanzas.

Si ahora atendemos al punto moral de la doctrina cristiana, desde la estancia de Jesucristo en el desierto, cuando trató de entrar en comunión con Dios, hasta la costumbre que consiste en dar panes á los penados de Siberia, veremos que los resultados obtenidos constituyen toda nuestra

riqueza de ideas modernas en cuanto á bondad, conteniendo todos los acontecimientos alegres, consoladores, todos los modelos que embellecen las páginas de nuestra historia y la cual, sin ellos, sería estéril.

Era natural que los que no tenían claramente á la vista esos dos aspectos del cristianismo, pudieran equivocarse fácilmente; casi era imposible que no se engañaran.

Engañarse acerca de tal punto, es muy excusable para todos aquellos que viviendo y trabajando honestamente, según sus luces, se han hallado comprometidos en esas luchas estériles, sin ver que con tales dogmas no servían á Dios sino al diablo, que olvidaban lo que el mismo Jesucristo había dicho: que vino para destruir y dispersar todos los dogmas.

Otra clase de gentes, cuyo error puede excusarse, es la de aquellos que, habiendo heredado la tradición relativa á la importancia de estos dogmas, tenía el espíritu falseado por la educación intelectual ó irracional que recibieron y, por lo tanto, eran incapaces de descubrir su error.

Son excusables también los ignorantes que no dan ninguna significación á los dog-

mas y los miran como conjunto de palabras huecas.

Pero los que conocemos la verdadera significación del Evangelio, los que repudiamos todos los dogmas, los que vemos los frutos que estos dogmas han producido en todos tiempos y lugares, no tendríamos excusa si nos extraviáramos.

El dogma de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, ¿es indispensable? ¿Qué resultados ha producido su promulgación? Odio, injurias, burlas. ¿Cuáles han sido sus ventajas? Absolutamente ninguna. La enseñanza contenida en el hecho de que Jesucristo no quisiera condenar la mujer adúltera, ¿produjo beneficios ó daños? ¿Cuáles fueron los resultados? Millares y millares de hombres y de mujeres se enternecieron y tal recuerdo exaltó sus sentimientos de humanidad.

Otra consideración hay que debe prevalecer: ¿Hubo alguna vez unanimidad de opiniones en materia de dogmas? Inútil parece decir que nunca existió tal unanimidad.

Por otra parte, ¿hay alguna divergencia de criterio por lo que toca á la obligación de dar limosna á los menesterosos que piden caridad? Absolutamente ninguna. Sin em-

bargo, son las primeras enseñanzas—los dogmas,—los que se ponen en tela de juicio por unos, se desechan por otros, se aceptan fríamente por aquellos; son estos dogmas, digo, lo que el clero estima como parte esencial de la religión. Por lo que hace á los preceptos morales, acerca de los cuales todos los hombres están de acuerdo en que son absolutamente necesarios, que contribuyen á la salvación de los hombres, los sacerdotes, no atreviéndose á desecharlos, no han tenido sin embargo el valor de declarar que forman en esencia la única doctrina de Jesucristo, puesto que el reconocer y consagrar la redentora doctrina cae como anatema, como tremenda condenación sobre su cabeza.

FIN

